





Abby Green

La elección del sultán

La elección del sultán
Abby Green

La elección del sultán (2012)
Título original: The Sultan's choice (2012)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 2140
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Sadiq Ibn Kamal Hussein y Samia Binte Rashad al Abbas

Argumento:

Ella no era como el sultán había creído

Elegida como esposa para el sultán, Samia no tenía otra opción que aceptar el matrimonio. Y, en contra de sus mejores intenciones, mientras su nuevo esposo la liberaba lentamente de sus galas de novia descubrió que sus inhibiciones desaparecían.

A Sadiq le sorprendió la naturaleza apasionada de su esposa. La había elegido por ser tímida y apropiada. Pero descubrió que Samia no lo era en absoluto… ¡Era decidida, exigente y desafiante!

Capítulo 1

—No me caso con ella por su aspecto, Adil. Me caso por la multitud de razones por las que será una buena reina de Al-Omar. Si sólo buscara belleza me habría casado con mi última amante. No necesito la distracción de una mujer.

La princesa Samia Binte Rashad al Abbas, que estaba sentada afuera del despacho privado del sultán de Al-Omar, en su casa de Londres, se puso rígida. Estaba hablando por teléfono y no le habían informado aún de su llegada. La secretaria, que había salido un momento, había dejado la puerta entornada. Por eso Samia podía escuchar la voz grave del sultán y sus impactantes palabras.

—Puede que lo parezca, pero cierta gente ha especulado con que cuando llegara el momento de elegir esposa sería conservador. Sería una lástima que perdieran sus apuestas —dijo la voz con un deje profundamente cínico.

A Samia le ardían las mejillas. Suponía que al otro lado de la línea habían comentado que era, como poco, aburrida. Incluso si no hubiera oído la conversación, Samia ya sabía que el sultán de Al-Omar quería pedir su mano. No había dormido en toda la noche y había acudido allí con la esperanza de que todo fuera un error. Oírle decir que estaba a favor del plan y que, además, lo consideraba cosa hecha, era traumático.

Sólo lo había visto una vez, ocho años antes, en una de sus legendarias fiestas de cumpleaños en B'harani, capital de Al-Omar. Su hermano Kaden la había llevado con él antes de que fuera a Londres a terminar sus estudios, para intentar ayudarla a superar su timidez crónica. Samia había sido una adolescente patosa de cabello ingobernable, que aún usaba las gruesas gafas bifocales prescritas cuando era niña.

Tras un embarazoso momento, en el que había hecho volcar una pequeña mesita antigua cargada de bebidas y conseguido que los ojos de todos se clavaran en ella, había huido en busca de un santuario, que encontró en la biblioteca. Puso freno a ese recuerdo, aún más embarazoso que el anterior, al oír al sultán.

—Adil, entiendo que, como abogado mío, quieras asegurarte de que hago la elección correcta. Te aseguro que cumple todos los requisitos y puedo conseguir que el matrimonio funcione. La

estabilidad y reputación de mi país son lo primero, necesito una esposa que me ayude en ese sentido —dijo el sultán.

Samia se retorcía por dentro. Él se refería a que no era como sus mujeres habituales, no le cabía ninguna duda. Samia no quería casarse con ese hombre, y no iba a quedarse allí sentada esperando a que la humillación la abofeteara.

El sultán Sadiq Ibn Kamal Hussein colgó el teléfono. La claustrofobia y una desagradable sensación de impotencia lo llevaron a levantarse e ir a la ventana, desde la que se veía una bulliciosa plaza en el corazón de Londres.

Retrasando el inevitable momento, Sadiq volvió a su escritorio y a las fotos de la princesa Samia de Burquat. Era de un pequeño emirato independiente situado al norte, en el golfo Pérsico. Tenía tres hermanastras más jóvenes, y su hermano mayor era el emir reinante desde la muerte de su padre, hacía doce años.

Sadiq arrugó la frente. Él también había sido coronado joven, y sabía cuánto pesaba el yugo de la responsabilidad. No por eso creía que el emir y él fueran a hacerse amigos, pero si la princesa accedía al matrimonio, serían cuñados.

Suspiró. Las fotos mostraban a una mujer delgada de complexión media. En ninguna de ellas se la veía claramente. Las mejores eran del verano anterior, a su regreso de un viaje en barco con dos amigas. Pero incluso en las fotos de prensa estaba entre dos chicas mucho más guapas y altas, y una gorra de béisbol escondía su rostro.

Lo más importante era que ninguna foto procedía de la prensa amarilla. La princesa Samia no formaba parte de la realeza árabe que iba de fiesta en fiesta. Era discreta y tenía un respetable empleo como archivera en la Biblioteca Nacional de Londres. Por esa razón, y muchas otras, era perfecta. No quería una esposa de pasado dudoso, ni con esqueletos en el armario. Por eso había hecho que investigaran a Samia a fondo.

Su matrimonio no sería como el de sus padres. No sería un campo de batalla regido por la ira y los celos. Él no hundiría el país en un vórtice de caos, como había hecho su padre, por estar obsesionado con una mujer que odiaba cada momento de estar

casada con él. Su padre había perseguido a su madre, que estaba enamorada de otro, y para conseguirla había pagado a su familia una dote inconmensurable. La continua tristeza de su madre había hecho que Sadiq sintiera la necesidad de alejarse de ella en lo posible.

Necesitaba una esposa tranquila y estable que lo complementara, le diera herederos y le dejara concentrarse en dirigir el país. Y, sobre todo, una esposa que no lo ocupara emocionalmente. Por lo que había visto de la princesa Samia, era perfecta.

Con sensación de fatalismo, puso las fotos en un montón y las colocó bajo una carpeta. No tenía más opción que seguir adelante. Sus mejores amigos, un jeque y su hermano, acababan de casarse. Si seguía soltero mucho tiempo, empezarían a tacharlo de inestable.

No podía evitar su destino. Era hora de conocer a su futura esposa. Llamó a su secretaria.

—Noor, haz pasar a la princesa Samia.

No hubo respuesta inmediata y Sadiq sintió un pinchazo de irritación. Estaba acostumbrado a que sus órdenes se obedecieran al instante. Fue hacia la puerta. La princesa ya habría llegado, y no podía retrasar lo inevitable más tiempo.

Capítulo 2

Samia ponía la mano en el pomo de la puerta cuando oyó ruido y una voz detrás de ella.

—¿Te marchas tan pronto?

La voz era grave y profunda, con un leve acento seductor, ella se maldijo por no haber salido un segundo antes. Pero había titubeado porque su buena educación se resistía a dejar al sultán plantado. Ya era demasiado tarde.

Se dio la vuelta lentamente, preparándose para el impacto de ver de cerca a uno de los solteros más famosos del mundo. Ella trabajaba entre libros polvorientos, su estilo de vida no podía ser más distinto del de él.

Todo pensamiento coherente se disipó al verlo. Alto y de espalda ancha, llenaba el umbral de la puerta del despacho. Tenía la típica tez oscura de un nómada del desierto y penetrantes e inusuales ojos azules, cuya mirada parecía estar traspasando a Samia. Un traje oscuro cubría un metro noventa de cuerpo musculoso. Era un bello ejemplar de hombre, dirigente de un país de incalculable riqueza. Samia sintió un leve mareo.

—Siento la espera —señaló el despacho con la mano—. Por favor, ¿puedes entrar?

Samia no tuvo más remedio que ir en esa dirección. Su corazón latía desbocado cuando pasó a su lado y captó un aroma evocador e intensamente masculino. Fue directa a la silla que había junto al escritorio. Se dio la vuelta y vio al sultán cerrar la puerta, sin dejar de mirarla.

Cada molécula de su cuerpo parecía vibrar de energía. La elegancia sensual de sus movimientos adquirió un tinte más sexual cuando se acercó a Samia, que sintió un cosquilleo en el vientre.

Su rostro parecía severo hasta que, de repente, una sensual sonrisa curvó su boca. A Samia se le aceleró el pulso.

—¿Ha sido por algo que he dicho? —preguntó. Samia lo miró sin entender—. ¿Ibas a irte? —aclaró.

—No… claro que no —Samia se sonrojó. «Mentirosa»—. Lo siento… sólo…

Odiaba admitirlo, pero se sentía intimidada. Aunque había elegido una vida tranquila y evitaba llamar la atención, ya no era

tan tímida. Sin embargo, allí se sentía como un ratoncito.

Sadiq la calló con un gesto de la mano, sintiendo lástima por su obvia incomodidad. Había sentido una descarga eléctrica al oír su voz. Grave y sedosa, no encajaba con su apariencia. La miró de arriba abajo, y comprobó que era tan insignificante como habían predicho las fotos. Llevaba un traje pantalón y una blusa abotonada hasta arriba que no hacían nada por su figura. De hecho, era imposible saber si tenía figura.

Sin embargo, el instinto masculino de Sadiq le advirtió, mediante un cosquilleo en la espalda, que no debía apresurarse en su juicio. Se metió las manos en los bolsillos.

Samia, que notó que sus mejillas se encendían, deseó bajar la vista para mirar el pantalón tensado sobre la entrepierna. Pero consiguió contenerse.

Él se limitaba a mirarla. Samia, consciente de que estaba roja como un tomate, hizo acopio de valor y alzó la barbilla. Le dio un vuelco el corazón cuando él le ofreció la mano.

—Nos hemos visto antes, ¿verdad?

Eso era justo lo que ella había temido.

—Sabía que nos habían presentado, pero no recordaba dónde. Y luego me vino a la cabeza…

A ella se le paró el corazón. Rezó en silencio para que no mencionara el horrible momento que ella tenía grabado en su memoria.

—Tuviste un desafortunado tropezón con una mesita de bebidas, en una de mis fiestas.

Samia sintió tal alivio al comprobar que no recordaba la escena de la biblioteca, que dejó que la enorme mano de largos dedos envolviera la suya. El contacto resultó fuerte, cálido e inquietante, y tuvo que hacer un esfuerzo para no retirar la mano como si la hubiera pinchado.

—Sí, me temo que ésa era yo. Una adolescente muy patosa —le pareció que sonaba jadeante.

—No me había dado cuenta de que tú también tenías los ojos azules —él seguía sujetando su mano—. ¿No solías usar gafas antes?

—Me operé con láser el año pasado.

—¿Tu tez es heredada de tu madre inglesa?

Samia, pensando que su voz era tan espectacular como él,

asintió con la cabeza.

—Era medio inglesa, medio árabe. Murió al darme a luz. Fui criada por mi madrastra.

—¿Tu madrastra murió hace cinco años?

Samia asintió y apoyó la mano en el respaldo de una silla. Desvió la mirada para que él no captase la amargura que reflejaban sus ojos cuando pensaba en su madrastra. La mujer había sido una tirana porque siempre se había sabido una segunda opción respecto a la adorada primera esposa del emir.

Samia miró al sultán y le dio un vuelco el corazón. Era demasiado guapo. Se sentía anodina y descolorida a su lado. ¿Cómo era posible que pensara siquiera un segundo que ella podía ser su reina? Recordó que él había dicho que quería una esposa conservadora y sintió pánico de nuevo.

—Por favor, siéntate —señaló la silla que ella agarraba como un salvavidas—. ¿Qué quieres tomar? ¿Té o café?

—Café. Por favor —Samia habría preferido algo más fuerte, como whisky.

Sadiq fue hacia su silla, al otro lado del escritorio. En ese momento apareció su secretaria con una bandeja de refrigerios. Cuando se marchó, el sultán intentó no fijarse en cómo temblaba la mano de la princesa al echarse leche en el café. La chica era puro rubor y nervios, pero lo miraba con un matiz desafiante que le parecía extrañamente atractivo. Estaba acostumbrado a mujeres muy seguras de sí mismas, y le parecía una mezcla intrigante.

Casi le daba lástima verla llevarse la delicada taza a la boca. Como ella evitaba su mirada, podía estudiarla a su gusto. Tuvo que admitir que en realidad no era anodina. Su cabello era rubio rojizo y el sol que entraba por los ventanales le arrancaba destellos rosados. Lo llevaba recogido en una trenza que descansaba sobre uno de sus hombros. Algunos rizos se habían escapado y enmarcaban su rostro, que tenía forma de corazón.

Parecía tener unos dieciocho años, aunque él sabía que en realidad eran veinticinco. Su tez era lo bastante pálida como para haber justificado la pregunta sobre su ascendencia.

Lo sorprendía haber recordado con tanta claridad cómo volcaba la mesa. Le había dado pena, allí de pie, roja como un tomate y tragando saliva. Otro recuerdo rondaba su memoria, pero no

conseguía fijarlo.

Unas pestañas larguísimas escondían sus ojos. Tenía que admitir que no era en absoluto lo que había esperado. Sintió la urgencia de inspeccionar esos ojos aguamarina con más detenimiento.

—Princesa Samia, ¿vas a decirme por qué estabas a punto de marcharte?

La mirada de Samia se enfrentó a la del sultán. Estaba tan acalorada que tuvo que contener el impulso de desabrochar el primer botón de la blusa para sentir aire fresco en la piel. La estaba mirando como si fuera un espécimen de laboratorio. No podía ser más obvio que ella le dejaba completamente frío.

—Sultán… —calló cuando él alzó la mano.

—Sadiq, por favor. Insisto.

—De acuerdo, Sadiq —tomó aire—. La verdad es que no quiero casarme contigo —vio que él tensaba la mandíbula y sus ojos destellaban.

—Creía que lo habitual era esperar a la propuesta de matrimonio antes de rechazarla.

—Y yo creo que lo normal es hacer la propuesta antes de asumir que va a ser aceptada —Samia cerró los puños.

Los ojos de él destellaron peligrosamente y se sentó en la silla. Samia se sintió amenazada.

—¿Escuchaste mi conversación?

—No pude evitarlo —Samia volvió a sonrojarse—. La puerta estaba entreabierta.

—Bueno, te pido disculpas —dijo Sadiq con brusquedad—. No estaba destinada a tus oídos.

—¿Por qué no? —Samia, rindiéndose al pánico, se levantó y se situó detrás de la silla—. Al fin y al cabo, estabas discutiendo los méritos del enlace, ¿por qué no discutirlos aquí y ahora conmigo? Decidamos si soy lo bastante tradicional y poca cosa para ti.

Un leve oscurecimiento de los pómulos del sultán fue la única indicación de que el comentario había hecho mella. Exceptuando eso, no parecía que la actitud de Samia lo afectara. Ella cerró las manos sobre el respaldo de la silla. Él volvió a sentarse, contemplándola.

—Hubieras oído la conversación o no, ya sabrías que un matrimonio entre nosotros tiene que basarse en aspectos puramente

prácticos.

—No te preocupes —a Samia la sorprendió el deje amargo de su voz—. No me hago ilusiones.

—Esta unión beneficiará a nuestros países —en sus ojos chispeó un brillo especulativo. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa—. Me resultaría difícil creer que siendo de nuestra parte del mundo, donde priman los matrimonios de conveniencia, esperases una unión por amor —dijo con desdén, como si fuera algo impensable.

—No. Por supuesto que no —Samia, sintiéndose enferma, negó con la cabeza. Una unión por amor era lo último que habría esperado o querido. Había visto cómo el amor devastaba a su padre tras perder a su esposa. Había soportado su silencioso dolor cada vez que la miraba, porque ella había sido la causante de su muerte.

Había visto cómo eso influía en todo, amargando a su siguiente esposa. El amor también había causado destrozos en su adorado hermano, volviéndolo duro como la roca y extremadamente cínico. Hacía muchos años que se había jurado no rendirse a una fuerza tan destructiva.

El sultán, satisfecho con la respuesta, se recostó y abrió las manos con gesto interrogativo.

—Entonces, ¿qué puedes tener en contra de este matrimonio?

«¡Todo! ¡La atención! ¡El ridículo!», pensó Samia, apretando las manos sobre el regazo.

—Simplemente… no lo había visto como parte de mi futuro —creía haberse diluido lo suficiente para evitar ese tipo de intereses.

—Pero siendo la hermana mayor del emir de Burquat, ¿cómo esperabas poder evitar un compromiso estratégico? Es sorprendente que hayas conseguido evitar el matrimonio tanto tiempo —dijo Sadiq.

A pesar de lo que le desagradaba la indiscutiblemente masculina afirmación, Samia sintió un pinchazo de culpabilidad. Su hermano podría haber sugerido varios pretendientes con anterioridad, pero no lo había hecho. Siempre había sabido que Kaden podía pedirle una unión estratégica algún día. La oferta de Sadiq habría resultado irresistible, ya que catapultaría Burquat al siglo XXI y le proporcionaría la estabilidad económica y el desarrollo que tanto necesitaba.

Aunque odiara admitirlo, sí pertenecían a un mundo que veía el matrimonio de una forma mucho más pragmática que occidente. Era inusual que un gobernante se casara por algo tan frívolo como el amor. Los matrimonios tenían que basarse en sólidos vínculos familiares, alianzas estratégicas y lógica política. Especialmente los matrimonios reales.

Esa visión práctica que dejaba de lado el amor tendría que haberle resultado atractiva. No corría el peligro de enamorarse de alguien como Sadiq, y él nunca se enamoraría de ella. Sería un matrimonio muy distinto del que había visto mientras crecía. Sus hijos no serían maltratados ni insultados por envidia y malicia.

El sultán se puso en pie y Samia volvió a sentir pánico. Maldijo a la especie de ratoncito asustado en el que se había convertido en su presencia. En la biblioteca tenía a treinta empleados a su cargo y estaba acostumbrada a enfrentarse a su hermano, un hombre cortado por el mismo patrón autoritario que el sultán. Sin embargo, él la había convertido en gelatina en unos minutos.

Él paseó por la habitación, como si no pudiera quedarse quieto y Samia recordó que sentía pasión por los deportes extremos y de riesgo. Tenía el honor de haber participado en la prestigiosa carrera mundial Vendée, siendo el marinero más joven que lo había hecho en toda su historia. Samia, aficionada a la vela, lo admiraba por ello.

Era un hombre formidable en todos los sentidos. Siguiendo la tradición de su linaje, había estudiado en el Reino Unido y en Estados Unidos, y se había adiestrado en la exclusiva academia militar real de Sandhurst. Tenía una flota de helicópteros y aviones que pilotaba con regularidad. Además, tenía la reputación de ser uno de los playboys más despiadados del mundo, que elegía y descartaba a las mujeres más bellas como si fueran meros accesorios.

Y todos los años celebraba la mayor y más lujosa fiesta de cumpleaños, en la que recaudaba una cantidad obscena de dinero para obras benéficas. Sabía a ciencia cierta que era muy alabado por su recaudación de fondos porque, para su vergüenza, la noche anterior había pasado horas buscando información sobre él en Internet.

—¿Vas a insistir en rechazar mi oferta de matrimonio y

obligarme a buscar esposa en otra parte? —preguntó él, enarcando una ceja.

Samia notó el deje incrédulo de su voz. Era obvio que no había esperado dificultades. Eso le devolvió parte de su confianza en sí misma.

—¿Qué ocurriría si dijera que no?

Él apoyó las manos en las caderas y Samia contempló cómo la camisa se tensaba sobre sus abdominales. Vio la sombra de una hilera de vello a través de la seda y se le secó la boca. La asombró su reacción, pues ningún hombre había tenido ese efecto en ella antes. Era como si llevara toda la vida dormida y empezara a recuperar los sentidos allí, en esa habitación. Desconcertante.

—Lo que ocurriría es que el acuerdo entre tu hermano y yo peligraría seriamente. Tendría que evaluar si tu siguiente hermana es adecuada.

—Pero Sara sólo tiene veintidós años —Samia se puso pálida. Sara, además, tenía miedo hasta de su sombra, pero no lo dijo. Como hermana mayor, se erigió en defensora—. No es apropiada para ti.

—Según tú, es norma en tu familia —Sadiq le lanzó una mirada glacial—. Aun así, la tendría en cuenta. Pero no estaría obligado a mantener mi oferta de ayudar al emir en la prospección de vuestros pozos petrolíferos. Él tendría que buscar ayuda extranjera, lo que conllevaría muchos retos políticos que no creo que Burquat pueda permitirse en este momento.

Samia intentó ignorar la escena que estaba pintando y sonreír con cinismo, pero sintió un cosquilleo en los labios cuando él los miró.

—¿Estás diciendo que tu participación en este enlace es altruista? Por favor, no insultes a mi inteligencia, nadie hace algo por nada.

—Claro que no —él inclinó la cabeza con un brillo distinto en los ojos—. A cambio recibo una esposa muy apropiada, tú o tu hermana, eso depende de ti. Una valiosa alianza con un reino vecino y un porcentaje de los beneficios del petróleo, que depositaré en un fideicomiso para nuestros hijos.

«Nuestros hijos». Samia sintió un extraño vacío en el vientre cuando oyó esas palabras.

—Burquat necesita una alianza con un país árabe vecino, Samia. Lo sabes tan bien como yo. A punto de revelar al mundo la mina de oro que posee, se encuentra en una posición muy delicada. Casarte conmigo garantizará mi apoyo. Tu hermano y tú contaréis con mi protección. Además, estamos a punto de firmar un histórico tratado de paz; nuestro matrimonio supondría una garantía adicional.

Samia ya había oído a su hermano decirle casi las mismas palabras. No sabía si el sultán hablaba en serio con respecto a su hermana, pero prefería no tener que comprobarlo. Tampoco quería investigar el dardo que suponía que le resultara tan fácil pasar de ella a su hermana. Ni quería que la eligiera a ella, ni que eligiera a otra. Patético.

Sentía que el control de su vida empezaba a escapársele de las manos. Sin embargo, ya no podía justificar encerrarse en la biblioteca para huir de años de maltrato psicológico por parte de su madrastra. A pesar de que su madrastra ya no existía, abandonar la seguridad de su entorno la aterrorizaba.

—¿Qué te hace creer que seré una buena esposa, adecuada para ti? —preguntó.

El sultán se apoyó en los talones y metió las manos en los bolsillos del pantalón. A ella le pareció muy alto, moreno y amenazador.

—Eres inteligente y no has vivido en el ojo público, como otras. Creo que eres seria y te importan las cosas. Leí el artículo que escribiste en Archivist el mes pasado y me pareció brillante.

Samia se sintió más humillada que complacida por su investigación. Haber publicado un artículo en el Archivist reforzaba lo aburrida que era. No necesitaba que le recordase la disparidad existente entre ella y él, ¡un playboy! Sentía náuseas al pensar en la atención que atraería si se casaban. La exposición solía conllevar humillación.

—Aparte de eso, eres una princesa de una de las familias reales más antiguas de Arabia, nacida para ser reina —continuó Sadiq—. Si algo le ocurriera a tu hermano, le sucederías en el trono. Si estuviéramos casados no tendrías que soportar esa carga sola, y yo me aseguraría de que Burquat mantuviera su condición de emirato.

Samia palideció. Sabía que era la siguiente en la línea de sucesión, pero Kaden parecía tan invencible que nunca se había

planteado lo que eso implicaría. Sadiq tenía razón; su situación era muy delicada. Aunque conociera la teoría de dirigir un país, la realidad era algo muy distinta. Por otro lado, sería difícil encontrar un esposo que garantizara la autonomía de Burquat. Al-Omar era un reino grande y rico, y el hecho de que el sultán no viera la necesidad de incrementar su poder anexionando un país pequeño estaba muy a su favor. Samia no había esperado eso.

Temiendo que él captara su torbellino interior, se volvió hacia la ventana, que daba a unos cuidados jardines. Se sentía abrumada. En la vida de todas las personas había un momento en el que había que tomar una decisión difícil y esencial, y ella se enfrentaba al suyo. Aunque cada vez estaba más claro que en realidad no tenía opción.

—Necesito tiempo para reflexionar —dijo, volviéndose hacia el sultán—. Ayer sólo me planteaba regresar a Burquat para supervisar la renovación de la biblioteca nacional, y ahora… podría convertirme en reina de Al-Omar —miró sus ojos azules—. Ni siquiera te conozco.

Un destello de irritación oscureció los asombrosos ojos del sultán. Samia supo lo que iba a decirle a continuación.

—Tenemos toda la vida para conocernos. Yo necesito casarme y tener herederos. No dudo, princesa Samia, que naciste para ayudarme en esa tarea.

Samia intentó simular que sus palabras no la afectaban. Él hablaba así porque había decidido que sería buena esposa y no estaba dispuesto a aceptar un no por respuesta. Le recordaba mucho a su autocrático hermano.

Sabía que había muchas mujeres que la pisotearían para ser las receptoras de esas palabras. Deseó que una de ellas estuviera ocupando su lugar en ese momento.

—Es que… —se detuvo—. Necesito algo de tiempo para pensar en esto.

El rostro de Sadiq se contrajo y Samia tuvo la sensación de que lo había irritado en exceso. De repente tuvo miedo de que… ¿Eligiera a su hermana? ¿Que le dijera que se fuese de allí? Eso era lo que deseaba, sin embargo, le daba pánico.

Pero una máscara de educación ocultó la expresión de Sadiq, que habló con voz suave.

—Muy bien. Te daré veinticuatro horas. Espero que vuelvas

mañana a la misma hora para comunicarme tu decisión.

Sadiq estaba de pie ante la ventana de su sala de estar privada, tres plantas encima del despacho en el que se había reunido con la princesa Samia. Observaba la ciudad de Londres bañada por la luz crepuscular. Las últimas flores del verano perfumaban el ambiente. De repente, echó de menos el intenso calor de su hogar, la sensación de paz que sentía sólo cuando sabía que el vasto desierto de Al-Omar estaba a unos metros.

Lo irritó comprender que la indecisión de Samia lo obligaría a pasar más tiempo del que deseaba en Europa. Frunció el ceño. Una mujer ocupaba su mente y, por primera vez en su vida, el hecho no iba unido a la expectación de acostarse con ella. Aun así, hacía mucho tiempo que la expectación no dominaba las relaciones con amantes, solía ser una mezcla de expectación y mucho cinismo.

Profundas arrugas marcaron su frente. No sabía cuándo había admitido que acostarse con mujeres se había convertido en algo manido y cínico. Temía que mucho antes de haber asistido a las bodas de sus amigos en Merkazad.

Ver a sus amigos entregar el corazón le había provocado pánico, removiendo un sentimiento que llevaba años aplastando a base de cinismo y frialdad. Tal vez lo que había visto en las bodas de Nadim y Salman fuera lo que había acelerado su decisión de casarse; el instinto de protegerse y la necesidad de demostrar que nunca volvería a sucumbir al amor.

Aún recordaba el día en que había abierto su alma y su corazón a una mujer que se había reído de él en su cara. Y la terrible humillación que había sentido.

Casándose con alguien como la princesa Samia estaría a salvo de esos hirientes episodios, porque no había riesgo de que se enamorase de ella. Tampoco lo dominaría la lujuria. Era demasiado pálida, demasiado anodina. Se le encogió el estómago… Era raro, pero no podía olvidar sus enigmáticos ojos color aguamarina. No era ninguna belleza, pero distaba de ser fea. Siempre había sabido que elegiría una esposa capaz de cumplir el papel requerido de ella, y que fuera atractiva sólo sería un lujo añadido. Su responsabilidad para con el país importaba más que esas frivolidades.

Hizo una mueca. Ya había estado con suficientes bellezas de fama mundial. Era hora de transformar su lujuria en energía para mejorar un país que no tenía rival en riqueza y estabilidad económica. Una esposa como Samia le permitiría centrarse en eso. No lo distraería con sus encantos y, como no era coqueta, ni se molestaría en intentarlo.

Relajó el rostro y dedicó su atención al canal de noticias financieras de la televisión. A pesar de los titubeos de la princesa, estaba seguro de que al día siguiente le daría la respuesta que esperaba. La alternativa era inconcebible.

Capítulo 3

Veinticuatro horas después

—No voy a casarme contigo —dijo Samia.

Sadiq, que ya estaba pensando dónde comprarle un vestuario completo para que se deshiciera de esos trajes tan poco favorecedores, la miró boquiabierto e interrogante.

—He dicho que no quiero casarme contigo.

La voz grave y sensual, pero firme, le provocó un cosquilleo. Sadiq cerró la boca. La princesa estaba sentada ante él como una monja, con el pelo recogido y luciendo un traje parecido al del día anterior, pero de un azul más oscuro. Ni una pizca de maquillaje resaltaba sus pálidos rasgos o sus ojos aguamarina. En ese momento, vio las pecas que salpicaban su delicada nariz patricia.

No sabía cuándo era la última vez que había visto pecas en una mujer. Todas sus conocidas las ocultarían, considerándolas una imperfección. Sintió el impacto de la sorpresa; no recordaba la última vez que alguien le había dicho que no y se había molestado tan poco para impresionarlo. La princesa Samia alzó la barbilla y en ese instante captó su innata grandeza. Aunque no hiciera alarde de ella, no podía esconder su sangre real.

Miró su boca y se descubrió preguntándose cuán carnosos y suaves serían esos labios relajados, después de un beso. ¿Rosados y fruncidos, pidiendo otro beso?

Samia veía la incredulidad que reflejaba el rostro del sultán. Por eso había repetido sus palabras. Estaba temblando como una hoja. Había pasado toda la noche en vela, consciente de que no tenía elección.

Pero al estar ante Sadiq y ver en su rostro la certeza de que iba a aceptar, algo en ella se había rebelado. Era su única oportunidad de evitar la unión, así que había desechado el sentimiento de culpabilidad. La idea de casarse con ese hombre le resultaba tan amenazadora que tenía que hacer algo, por egoísta que fuera.

—Hay una diferencia entre no casarte conmigo y no querer casarte conmigo —apuntó Sadiq con voz sonora—. Lo primero implica que no hay discusión posible, lo segundo no. ¿De cuál hablamos, Samia?

Estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en la mesa y las puntas de los dedos unidas. Ella intentó evitar su penetrante mirada, oírlo decir su nombre la había acalorado, se desmadejaba sólo con estar delante de él.

Ese día no la había hecho esperar. Había estado ante la ventana como un espectro, alto, oscuro e impresionante. Parecía indolente, como si estuvieran hablando del tiempo. No llevaba corbata y el botón superior de la camisa, desabrochado, revelaba la bronceada columna de su cuello. La camisa arremangada mostraba unos antebrazos musculosos, más propios de un atleta que de un jefe de Estado.

Samia, inquieta, se levantó para poner más distancia entre ellos. Le resultaba imposible concentrarse mientras la miraba así. Se sentía como si estuviera bajo la lente de un microscopio.

—Discusión… —dijo, con la respiración acelerada—. Sin duda alguna, discusión.

Fantástico. Era incapaz de formular una frase a derechas y se atrevía a plantear una discusión con un hombre que tenía fama de ser imbatible en ellas. Caminó unos pasos, sintiendo que el traje la oprimía. Samia siempre había sido muy consciente de la carencia de atractivo, y se sentía cómoda con ropa anodina que la ayudara a pasar desapercibida. Pero eso había cambiado en las últimas horas.

—Mira, sé que necesitas una esposa, y sobre papel yo podría parecer la candidata ideal…

—Eres la candidata ideal —la interrumpió Sadiq, conteniendo su irritación. Era la única candidata. La única a la que había vuelto tras vetar y analizar a muchas. Y cuando decidía algo, conseguía su objetivo. El fracaso no era una opción.

Samia se encogió al ver su mirada de ira.

—¡No lo soy! Te lo demostraré —buscó con desesperación algo que decir—. ¡No salgo por ahí!

—Una cualidad encomiable. A pesar de lo que puedas creer, no soy un hombre muy social.

Samia desechó el dato. Ese hombre no encajaba con una velada tranquila junto al fuego.

—¿Te parece encomiable que no tenga una vida? No es algo a celebrar, sino a evitar. ¿Cómo voy a ser tu reina si hace años que no asisto a una fiesta? En los círculos que frecuentas hay fiestas

semanales. No sabría qué hacer, ni qué decir.

Samia dejó de hablar porque el sultán se había movido y estaba sentado al borde del escritorio. Tragó saliva al sentir una oleada de calor.

—Por supuesto que sabrías qué hacer y decir. Has sido educada para saberlo. Aunque estés falta de práctica, recuperarás la destreza rápidamente.

Samia se tragó una negativa airada. Se pasó la mano por el pelo, un gesto habitual cuando estaba agitada. Notó que la coleta se soltaba, pero la ignoró y lo miró de frente.

—No me quieres como esposa. No me gustan las fiestas. Se me traba la lengua cuando estoy con más de tres personas, no soy sofisticada ni pulida —«como el resto de tus mujeres», pensó para sí.

Sadiq la observaba con fascinación creciente. No era sofisticada ni pulida, y eso lo atraía por su rareza. Estaba desnudando su alma ante él, revelando una mujer muy distinta de la que describía. Estaba de acuerdo con lo que decía, excepto en que no fuera la esposa adecuada.

—Sin embargo —farfulló—, has pasado la mayor parte de tu vida en una corte real, y toda tu existencia estaba abocada a este momento. ¿Cómo puedes decir que no estás preparada para esto?

Samia notó que su largo cabello empezaba a destrenzarse. Su termostato interno estaba a punto de explotar. Temiendo desmayarse o convertirse en un charquito, se abrió la chaqueta. Antes de que pudiera impedirlo, Sadiq le quitó la prenda y la dejó sobre la silla. Atónita, no protestó

—Necesitas una persona acostumbrada a las reuniones sociales sofisticadas. Yo he pasado mi vida yendo de biblioteca en biblioteca —dijo.

La antiquísima biblioteca del castillo real de Burquat siempre había sido su refugio para escapar de su madrastra, Alesha.

—Necesitas a alguien que se enfrente a ti —dio unos pasos y se volvió hacia él—. Tuve tartamudez crónica hasta los doce años. Soy patológicamente tímida. En la adolescencia asistí a terapia cognitiva del comportamiento, para intentar superar mi timidez.

No le dijo cuántos insultos y vejaciones había tenido que sufrir por parte de su madrastra, que le decía que no llegaría a nada y

nunca sería reina si era incapaz de mantener una conversación sin sonrojarse o tartamudear.

Sadiq se había levantado y acercado mientras Samia hablaba. En ese momento bajaba la vista hacia ella, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ya no tartamudeas. Apuesto a que tu terapeuta, si era bueno, te diría que estabas pasando una etapa habitual en la adolescencia. Muchos niños tartamudean y suele deberse a un incidente ocurrido en su infancia.

Samia parpadeó. Era como si él se hubiera introducido en su cabeza y visto uno de sus primeros recuerdos, cuando intentaba atraer la atención de su madrastra, tartamudeando de ansiedad. Estaba segura de que él nunca había pasado por algo así. Sin embargo, había repetido casi con exactitud las palabras de su terapeuta. Estaba tan sorprendida que se le cerró la garganta.

Sadiq estaba cada vez más intrigado. La trenza se había deshilado y caía por su espalda. Sus dedos anhelaban tocar ese pelo sedoso, fragante y algo salvaje. No cuadraba con su aspecto modoso.

Al estar tan cerca de ella, notó por primera vez la disparidad de alturas. Era mucho más baja que las mujeres a las que estaba acostumbrado, y sintió una sorprendente sensación protectora. Sin chaqueta, era obvio que era menuda y delicada, pero también fuerte y atlética. Veía el tirante blanco del sujetador a través de la blusa, que llevaba remetida en los pantalones. No creía haber visto nunca a una futura amante tan discretamente vestida. Rectificó el pensamiento de inmediato: ella iba a ser su esposa, el sexo sería puramente funcional. Si disfrutaba con él, mejor que mejor.

Ella había desabrochado el botón superior de la blusa, dejando a la vista su esbelto cuello, hasta el hueco de unión entre las clavículas. Estaba rosado y levemente húmedo, como si tuviera calor. Sintió el deseo de apartar la blusa y tocarla. Veía claramente la curva de sus senos, más redondos y llenos de lo que había imaginado, subiendo y bajando con cada respiración.

Lo conmocionó sentir la inconfundible chispa del deseo encenderse en él. Volvió a mirar los ojos aguamarina que, de repente, parecían tan oscuros como el mar de Arabia un día tormentoso. Algunos rizos sueltos enmarcaban su rostro, dándole un

aspecto mucho más suave y femenino. De hecho, en ese momento parecía casi… bella.

Samia se sentía impotente ante el escrutinio de Sadiq. Ningún otro hombre la había mirado de forma tan explícita, descansando la vista en sus senos. Sin embargo, no se sentía insultada, un calor lánguido recorría sus venas. Estaba atrapada en una burbuja de calor y sensaciones, por eso había tenido que desabrocharse el botón superior, le faltaba el aire. Y él la miraba como…

—Dices que necesito a alguien que se enfrente a mí, y eso es lo que llevas haciendo desde ayer —apretó los labios—. Hace mucho que nadie se niega a cumplir mis deseos. La gente suele abrumarse e inhibirse a diario en mi presencia, por el concepto que tienen de lo que soy, pero no percibo eso en ti —siguió antes de que ella pudiera replicar—. Tú y yo somos iguales, princesa Samia.

Samia palideció. Ni en un millón de años aceptaría que ese hombre y ella eran iguales. Eran completamente opuestos.

—No somos iguales —refutó—. En absoluto.

—Sé que tienes un reducido grupo de amigos muy leales —apuntó él, ignorando sus palabras.

—Eso dice más de quién soy y de mi entorno que ninguna otra cosa —alegó ella, recordando un doloroso episodio sucedido en la universidad—. Siempre me dio miedo que la gente buscara mi amistad por interés —vio que él no se inmutaba—. ¡Soy aburrida! —exclamó, desesperada. Él enarcó una ceja con expresión incrédula.

—Una persona aburrida no cruza el Atlántico con otras dos mujeres, en un catamarán fabricado con materiales reciclados, para concienciar al mundo sobre el medio ambiente.

—¿Sabías eso? —Samia lo miró desconcertada.

—No sé si fue la cosa más descabellada o la más valerosa que he visto —dijo él, severo.

Ella se sonrojó intensamente, complacida por haberse ganado la admiración de ese hombre.

—Me preocupa el medio ambiente… Las otras dos chicas eran amigas de la universidad y no podían conseguir los fondos necesarios solas… Pero cuando yo me involucré… —su voz se apagó por modestia. No quería darle la impresión de que ella había sido imprescindible para el proyecto.

—Cuento con un equipo medioambiental en Al-Omar al que le irá muy bien tu apoyo. Suelo estar demasiado ocupado con otras cosas para prestarle la atención que merece —se balanceó sobre los talones, mirándola—. Puede que algunas situaciones sociales te intimiden al principio, pero te acostumbrarás. No puedes negar que, habiendo crecido como princesa en una corte real, conoces perfectamente el protocolo y la política de palacio. Eso es muy valioso para mí; no tengo ni tiempo ni ganas de adiestrar a una esposa en esas lides.

Samia parpadeó. Por mucho que quisiera, no podía negarlo. Conocía el protocolo real al dedillo, por pura cuestión de supervivencia. Estaba tatuado en su psique desde su nacimiento.

—Quiero establecer un vínculo sólido entre Al-Omar, Merkazad y Burquat. Vivimos una época inestable y necesitamos apoyamos. Casarme contigo dará pie a una fuerte alianza con tu hermano. Con Merkazad ya la tengo. Tu padre reinó aislando a Burquat de otros países, y no para bien. Por suerte, tu hermano quiere corregir ese error. No creo que tengas razones para pensar que no estás capacitada para ser mi reina y, al tiempo, garantizar la futura estabilidad de tu país.

Samia tragó saliva, fascinada por sus brillantes ojos azules. Él tenía razón. No podía negar su linaje ni su sangre. Aunque hubiera estado oculta en una biblioteca polvorienta los últimos años, siempre había sido consciente de que se debía a su país. A diferencia de la gente de la calle, no podía permitirse el lujo del egoísmo personal. Tenía obligaciones y responsabilidades que cumplir.

Como si percibiera su rendición, Sadiq se acercó. Samia sintió una oleada de calor y supo que su rubor no era vergüenza ni timidez, sino algo muy distinto. Era el ardor del deseo. Le pareció humillante no ser inmune al efecto que el sultán parecía provocar en todas las mujeres.

—Yo… —tragó saliva para aclararse la voz. Él estaba tan cerca que sólo veía esos iris color azul oscuro, que parecían absorberla en una vorágine de deseos nuevos para ella. Batalló consigo misma para centrarse—. Acepto lo que dices. Son todos puntos válidos.

—Sé que lo son.

Samia sintió la calidez de su aliento y captó su viril olor a

sándalo y especias. El recuerdo de ese olor le había hecho perder muchas horas de sueño la noche anterior.

Sadiq puso el pulgar sobre su labio inferior y tiró de él. Ella sintió el impulso de sacar la lengua y probar su sabor. Casi se le paró el corazón.

—Así está mejor. No tendrías que estar tan tensa. Tienes una boca preciosa.

«¿Una boca preciosa?» Nadie había utilizado ese adjetivo con ella nunca. Samia se sintió como si le hubiera echado encima un cubo de agua fría. Dio un paso atrás, rompiendo el hechizo. Obviamente, el hombre pretendía aplacarla con falsos halagos. Durante medio segundo había creído estar en una burbuja sensual con el sultán de Al-Omar, que había cortejado y hecho el amor a algunas de las mujeres más bellas del mundo.

Samia, con el rostro llameante, volvió la cabeza e intentó recuperar el control. Suspiró con alivio al percibir que él se apartaba un poco.

—Samia, es inevitable —su voz sonó tensa—. Más vale que te rindas ahora, porque yo no lo haré. No hasta que aceptes.

Ella tragó saliva y sacudió la cabeza. Tenía la garganta seca. ¡Había estado a punto de atrapar ese dedo con la boca como una hurí! Oyó un suspiro y, de reojo, vio que él miraba su reloj.

—No sé tú, pero yo tengo hambre. He tenido un día muy ajetreado.

Samia lo miró y la tensión del ambiente se relajó cuando su estómago emitió un sonoro gruñido. Había estado tan nerviosa las últimas treinta y seis horas que apenas había comido.

Sadiq curvó los labios, se acercó y alzó su barbilla con un dedo, desbocándole el pulso.

—Puedes estar segura de que no descansaré hasta que accedas a ser mi esposa. Entretanto, podemos empezar a conocemos mejor. Y comer.

Sin darle tiempo a contestar, Sadiq agarró su chaqueta y la hizo salir del despacho. Tras un breve intercambio con el mayordomo, la condujo a un impresionante comedor.

En las paredes oscuras se alineaban retratos de los exóticos antepasados de Sadiq, luciendo ropa occidental. Una enorme y brillante mesa de roble, puesta para dos, dominaba la habitación.

Sadiq apartó una silla y Samia, sintiéndose muy débil, se sentó. Poco después, el mayordomo llegó acompañado de más personal de servicio, para ofrecerles platos diversos. Samia eligió sin pensarlo siquiera. Cuando estuvieron solos de nuevo, se mordió el labio y empezó a hablar.

—Sadiq…

—El pescado es buena elección —intervino él, sirviéndole una copa de vino blanco—. Una especialidad de nuestro chef, Marcel, que solía trabajar en el Ritz de París.

Samia aceptó la copa y notó que la melena le caía por el hombro. Siempre había lamentado que su cabello no fuera manejable como el de sus hermanastras, que habían heredado la exótica tez oscura dé su madre. Kaden se parecía a su padre, así que ella era la única de tez clara.

Se sentía desnuda con el pelo suelto, expuesta en cierto modo. Lo inquietante era que eso no la incomodaba. Sadiq le sonrió y a ella se le contrajo el estómago. Sabía que no podría resistirse si él hacía gala de su encanto.

Durante la siguiente hora y media, mientras degustaban una comida deliciosa, él consiguió sacar a Samia de su caparazón. Ella pensó que tal vez había empezado a ablandarse cuando él mencionó la travesía a vela. O quizás cuando le había quitado importancia a su tartamudez de adolescencia, manifestando empatía en vez de rechazo. Lo cierto era que estaban hablando cordial y tranquilamente.

La había desarmado hasta el punto de hacerle olvidar quién era él; su poder y su cargo. Era innegable que su procedencia los vinculaba y se entendían bien. Ella no había esperado encontrar en él ni un atisbo de humildad ni que tuviera la capacidad de relajarla así. Ya tomando el café, lo miró a los ojos, increíblemente azules en contraste con el tono oliváceo de su piel.

—Eres muy bueno, ¿sabes? —le dijo, envalentonada por la comida y la copa de vino.

—¿Bueno? —arqueó una ceja—. ¿En qué sentido?

—Cautivando a la gente —Samia tuvo que concentrarse. Se sentía como si hablara con una estrella de Hollywood, no un jefe de Estado.

Él encogió los hombros y, durante un instante, Samia vio un

destello de frialdad en su expresión. De inmediato, el cálido burbujeo que sentía se disipó. Había sido una tonta al no darse cuenta de que todo era una actuación para que aceptara sus planes de matrimonio. Por supuesto que estaba cautivándola, y ella había picado igual que habría hecho cualquier mujer con sangre en las venas.

—Tengo que levantarme temprano mañana —dijo. Miró su reloj sin ver la hora—. Aún estoy instruyendo a mi sucesora.

—¿Te gusta trabajar en la biblioteca? —preguntó Sadiq, inclinándose hacia delante.

—Sí —repuso ella, desafiante—. Y una reina que disfruta rodeada de libros no es una reina para ti.

Sadiq tuvo que controlar el súbito impulso de besarla para borrar la rebeldía de su rostro. La había tenido en la palma de la mano durante la comida, y lo sabía. También era consciente de que había infravalorado su atractivo en gran medida.

Ella había florecido antes sus ojos, como un capullo que, tras estar oculto en un rincón oscuro, se expusiera al sol. Había sido asombroso. Le había recordado a un diamante amarillo en bruto, una joya única. Y había pasado de sentir un leve pinchazo de deseo a sentir lujuria.

Pero acababa de volver a cerrarse como una ostra. Los labios volvían a estar apretados, los ojos bajos. Hizo una discreta señal al personal de servicio y se levantó. Lo satisfizo ver que Samia parecía confusa, como si hubiera esperado que la contradijese. Ella se puso en pie, con cierta inseguridad, y Sadiq volvió a sentir una oleada de instinto protector, incomprensible para él.

En ningún momento se había sentido protector respecto a la última mujer con la que había estado, considerada la más bella del mundo durante tres años seguidos. Si visualizaba su imagen, sólo recordaba que su deseo por ella se había desvanecido mucho antes de lo que habría querido admitir. Sin embargo, la mujer que tenía delante, más bonita que bella, estaba teniendo un efecto incendiario en su libido.

Fueron hacia la puerta. Una vez allí Samia se volvió hacia él. Era obvio que no esperaba que insistiera, y su ciego optimismo casi le dio lástima. Le dio su chaqueta, escrutándola.

—Sabes —musitó—, puede que tengas razón. Tal vez no seas la

esposa adecuada para mí.

Sintió algo parecido al júbilo cuando Samia no pudo ocultar su reacción instintiva de protesta.

Ella abrió la boca pero no pudo decir nada. Para su vergüenza, en vez de alivio sentía el absurdo deseo de contradecirlo, de asegurarle que podía ser esa esposa. Intentó ocultar su confusión.

—¿Quieres decir que si saliera por la puerta, no me detendrías? ¿No insistirías en este tema?

—No creerás en serio que voy a dejarte marchar sin más, ¿verdad? —Sadiq esbozó una sonrisa digna de un tiburón.

Samia comprendió, con ira, que estaba jugando con ella. Agarró el pomo de la puerta e intentó abrirla, sin éxito. Lo miró, exasperada.

—Si la puerta funcionara, saldría y no podrías impedirlo —Samia se sentía humillada, sabía que él había captado su reacción inicial.

—La puerta funciona perfectamente, Samia. Quería ver cómo reaccionabas si olías la libertad, y tu rostro me ha dicho cuanto necesito saber.

Samia, como un animal acorralado, probó el pomo de nuevo y la puerta se abrió. Inspiró profundamente y cientos de luces destellaron.

Los paparazzi.

Oyó una maldición en árabe y unos enormes guardaespaldas se materializaron de la nada para contener a los fotógrafos. Unos fuertes brazos la rodearon y tiraron de ella. Samia, pegada contra el cuerpo de Sadiq, volvió a entrar en la casa.

—¿Estás bien? —Sadiq se mesó el cabello—. Lo siento. A veces, si saben que estoy en casa, esperan fuera. Los guardaespaldas no pueden evitarlo.

Aún sentía la impronta de sus firmes senos. Era delicada y había encajado en su cuerpo como una pieza de rompecabezas. Una sensación novel para un hombre que solía relacionarse con mujeres casi de su altura.

Estaba allí de pie, con las mejillas encamadas, sexy e inocente, sin tener consciencia de su atractivo. Eso lo encendía aún más, porque estaba acostumbrado a mujeres que explotaban al máximo su supuesto atractivo.

—Lo sabías —lo acusó ella.

—¿Qué quieres decir?

—Has dicho que sabes que esperan afuera. Voy a salir en los periódicos contigo, saliendo de tu casa —Samia estaba temblando como una hoja.

—Vamos al despacho —Sadiq la agarró del brazo—. Estás conmocionada.

Una vez allí, Sadiq la obligó a sentarse y le sirvió un vasito de brandy.

—Toma un sorbo. Te sentirás mejor.

Samia, odiando ser tan vulnerable, bebió y tosió un poco. Observó a Sadiq servirse una copa y sentarse frente a ella. La luz de la habitación realzaba aún más su espectacular atractivo; sintiendo un terrible anhelo en el vientre, dejó la bebida y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Me había olvidado de los paparazzi. No pretendía ponerte en esa situación —afirmó él.

Samia tragó saliva y su enfado se disipó. Sabía que decía la verdad. Un hombre como él no necesitaba recurrir a esas medidas. Se puso en pie.

—Mira, gracias por la cena... Yo... —calló cuando Sadiq se levantó. Abrió las manos con gesto suplicante—. Lo que acaba de ocurrir demuestra lo inapropiada que soy. Es la primera vez que me enfrento a los fotógrafos. Necesitas a alguien que sepa manejar esas situaciones.

Sadiq hizo una mueca, eso era exactamente lo que no quería. Estaba más seguro que nunca de que la quería a ella, y por razones que iban más allá de lo práctico y mundano. Se acercó y Samia, al ver el brillo triunfal de sus ojos, supo que daba igual lo que dijera. El había notado su debate interno, la había manipulado con destreza y sabía que había ganado la partida.

—Sé que dudas sobre tu decisión, Samia. Deja que resuelva el conflicto por ti. Accede a ser mi esposa porque, sencillamente, no hay alternativa. Eres de sangre real y antiguo linaje. Naciste para este papel y nada de lo que hagas o digas podrá cambiar eso. Oponerte es luchar contra el destino, contra mí y contra tu hermano.

Sacó una caja de terciopelo del bolsillo de la chaqueta, sin dejar

de mirarla. La abrió y desveló una sortija antigua de gran sencillez: una piedra cuadrada montada en oro, inusual y bella.

—Es un zafiro amarillo. Perteneció a mi abuela paterna; se lo regaló mi abuelo en uno de sus aniversarios de boda.

Sadiq no le dijo que al verla había pensado de inmediato en la sortija que, por fortuna, estaba en Londres, en una caja de seguridad, con otras joyas de la familia. Había devuelto a la tienda el anillo de diamantes que había pensado darle; sin saber por qué, de repente le había disgustado la idea de ofrecerle un anillo impersonal, aunque fuera adecuado para una boda de compromiso.

Samia alzó la vista y Sadiq tomó su mano. La miró a los ojos y ella se sintió como si fuera ahogarse y desaparecer. Inconscientemente, apretó los dedos alrededor de los suyos y los ojos de Sadiq se iluminaron.

—Princesa Samia Binte Rashad al Abbas, ¿me harás el gran honor de ser mi esposa y reina de Al-Omar?

Capítulo 4

En ese momento, mientras las palabras de Sadiq flotaban en el aire, una imagen destelló en la mente de Samia.

Estaba oculta en la biblioteca del castillo, maldiciéndose por su torpeza, tras haber volcado la mesita con bebidas. De repente, un hombre había entrado en la habitación. No la había visto porque apenas había luz.

Samia, conteniendo el aliento, vio que era alto, moreno y de aspecto poderoso. Sin embargo, no sintió miedo. Él fue hacia una ventana, que daba a uno de los bellos patios interiores y se quedó inmóvil y silencioso como una estatua, sumido en una intensa melancolía.

Suspiró con fuerza, bajó la cabeza y se pasó la mano por el pelo. Samia se sintió profundamente conectada con él, sentía su dolor y se hacía eco de su aislamiento. Sin pensar en lo que hacía, respondiendo al impulso de actuar, Samia ya se levantaba cuando entró otra persona: una mujer alta, rubia y escultural, bellísima.

El hombre se dio la vuelta y Samia vio que era el carismático sultán al que había conocido unas horas antes. Las sensaciones de melancolía y soledad desaparecieron. Vio como los ojos azules se iluminaban y endurecían al observar a la mujer. En lugar de vulnerabilidad, reflejaban la coraza de un hombre sexual y seguro de sí mismo. Samia supo que había sido testigo de algo muy privado y que él odiaría saber que había sido visto.

La mujer fue directa hacia él y se enroscó alrededor de su cuerpo. Samia, sin saber por qué, deseó que el sultán la rechazara con desdén. Hipnotizada, contempló como la apoyaba contra la pared y la besaba con pasión. Samia no pudo contener un gemido de sorpresa.

Dos rostros se volvieron hacia ella y Samia salió corriendo de la habitación, avergonzada de haber presenciado la escena como si fuera una voyeur.

En ese momento, mirando esos mismos ojos azules, se le encogió el estómago. Sólo recordaba la vulnerabilidad que había visto, o creído ver, en el sultán aquella noche, y la conexión que había sentido. No podía borrar esa imagen del lado secreto del hombre que tenía ante sí.

Consciente de que él no descansaría hasta que aceptara, dejó que la calma descendiera sobre ella. Sadiq tenía razón, no podía luchar contra el destino, contra su hermano y contra él. Rechazó la posibilidad de que el recuerdo pudiera influir en su decisión; se negaba en redondo a la idea de que Sadiq y ella pudieran conectar en un nivel emocional.

Su decisión se basaba en lo inevitable, lógico y práctico; era el peso de su linaje lo que la había puesto en esa situación.

—Yo… —sonó ronca—. Sí. Me casaré contigo.

Durante unos segundos no hubo reacción. Después, Sadiq le puso el anillo en el dedo, agachó la cabeza y lo besó con labios cálidos y entreabiertos. Ella sintió la tensión del deseo en el vientre. Tenía la cabeza muy cerca de su pecho…

Cuando él se enderezó, Samia vio su rostro carente de expresión. Tras conseguir su objetivo volvía a ser el adusto soberano, carente de encanto y dulzura. Misión cumplida. No había vuelta atrás para Samia, había sellado su destino y elegido el camino que seguiría el resto de su vida.

El corazón le dio un vuelco al comprender lo que acababa de hacer. Apartó la mano y retrocedió, intentando parecer tan poco afectada como él. Sintió el peso de la sortija en el dedo.

—Tengo que madrugar, si no hay nada más…

—No, ahora mismo no —los labios de Sadiq se curvaron levemente—. Le pediré a mi secretario que prepare una agenda y te la envíe mañana. Serán tres semanas muy ajetreadas hasta que se celebre la boda en Al-Omar.

—¿Tres semanas? —gimió Samia. Toda pretensión de calma se esfumó ante esa aterradora idea. Había supuesto que la boda tendría lugar en un futuro aún lejano.

—Tres semanas, Samia —afirmó él con seriedad, escoltándola a la puerta—. Tiempo suficiente para dejar tu trabajo y prepararte para la boda. Estaré en contacto. La semana que viene se publicará una nota de prensa. Convendría que dieras a tu hermano la buena noticia antes de entonces.

La mañana siguiente, Samia se escapó cinco minutos a un rincón privado para mirar la revista que había comprado de camino a la

biblioteca. Contuvo el aliento al ver la foto. Ella parecía un conejo deslumbrado por los faros de un coche, con ojos enormes y el pelo alborotado. ¡Y ese traje! Parecía una secretaria mal vestida, no la prometida del sultán. En su cabeza resonó la voz desdeñosa de su madrastra, criticando su incompetencia. Era como para llorar. Sadiq, tras ella, con rostro severo y las enormes manos en su cintura, diminuta por contraste, era la viva imagen de un bello ángel vengador.

Prometida. Se le encogió el estómago. Esa mañana había dejado el anillo de compromiso en casa. Aunque seguía sin acabar de creer lo ocurrido, una larga conversación telefónica con su hermano la noche anterior y percibir su alivio al saber que contarían con la colaboración de Al-Omar, la habían ayudado a aceptar la realidad.

La extraña sensación de ecuanimidad que había sentido al aceptar la propuesta de Sadiq se había evaporado. Iba a ser la boda de la década y la gente se cebaría con ella al ver que no se parecía en nada a la larga lista de amantes del sultán. También la aterrorizaban otros aspectos del enlace, como el físico. En ese sentido, estaba tan lejos de Sadiq que imaginaba que él buscaría al menos una amante para sentirse satisfecho.

Era tan inocente y pura como las esposas vírgenes que dirigentes como Sadiq habían exigido durante milenios. Había tenido una mala experiencia en la universidad. Un chico había intentado propasarse tras un par de citas y cuando le había parado los pies, le había gritado: «Sólo quería llevarte a la cama para ganar una apuesta, por ser quien eres, ¡me alegro de no haberlo conseguido! ¡La vida es demasiado corta!».

Desde ese momento, ella había reprimido todo atisbo de sexualidad, para evitar críticas y atenciones.

Rechazó el doloroso pensamiento y pensó en la llamada que había recibido de Sadiq esa mañana, antes de salir hacia el trabajo.

—He concertado una cita con una experta en compras este fin de semana. Necesitarás un ajuar y vestidos para la boda. Las festividades durarán tres días.

—¿Tienen que ser tres días? ¿Por qué no podemos casarnos aquí, en una ceremonia civil con un par de testigos? —Samia se había sentado, empezando a sentirse aterrorizada por el futuro.

—Porque soy un sultán y tú una princesa a punto de convertirse

en reina —había soltado una risa irónica y Samia había deseado golpearlo—. Desde esta mañana tendrás dos guardaespaldas y te trasladarás en uno de mis coches. Aunque la noticia no sea pública aún, ya hay sospechas.

—Pero… —había intentado protestar, sintiendo que perdía su libertad, pero él lo había impedido.

—No es negociable. Desde este momento estás bajo mi protección. Es demasiado peligroso que vivas como hasta ahora. Vas a casarte con una de las mayores fortunas del mundo, además de tener acceso a ricos yacimientos petrolíferos.

Samia pensó que, al menos, podía estar segura de que Sadiq no se casaba con ella por dinero. Pero iba a perder el anonimato para siempre.

Cinco días después

Sadiq estaba en la zona de espera del probador privado de una de las boutiques más exclusivas de Londres. Se habían llevado a Samia, para que se probara conjuntos diversos, mientras él era atendido por un ejército de bellas mujeres, que no cesaban de demostrarle su interés.

Una rubia le ofreció una selección de periódicos. Como tardaba en irse, Sadiq le dio las gracias con voz seca. En otro tiempo se habría planteado la posibilidad de acostarse con ella. Pero eso se había terminado para siempre.

La idea no le provocó la sensación de claustrofobia que había esperado. Tenía que admitir que su resolución de ser fiel no se debía tanto al hecho de estar a punto de casarse, como a que la curiosidad y el deseo habían desaparecido.

No había vuelto a ver a Samia hasta esa mañana. Había decidido acompañarla porque no la creía capaz de escoger conjuntos adecuados, a pesar de que había contratado a una estilista experimentada para que la asesorara.

Samia había estado esperando a la puerta de su edificio, pálida y sería, con el pelo recogido en una coleta y vestida con vaqueros, camiseta de manga larga y chaqueta. Menos arreglada que los sirvientes que trabajaban para él en el castillo Hussein de B’harani.

Había tenido que contener su irritación y también un inquietante pinchazo de deseo. Los vaqueros moldeaban sus piernas esbeltas y redondo trasero. Y la fina camiseta dejaba claro que tenía los senos mejor formados y más generosos de lo que él había creído.

Se había dicho que sentía deseo por Samia porque su mente quería convencer a su cuerpo de que sintiera algo por la única mujer con la que iba a acostarse el resto de su vida. Pero su excitación al verla indicaba algo muy distinto.

Después de la cena, cuando le había propuesto matrimonio formalmente, había anhelado que Samia aceptara. Era la primera vez en mucho tiempo que sentía algo así, y no le había gustado.

Había decidido que la princesa Samia sería una buena esposa, libre de complicaciones; pero empezaba a tener la sensación de que le esperaban sorpresas inesperadas. Su cuerpo se tensó cuando oyó pasos que indicaban que su prometida volvía para mostrarle el primer modelo.

Samia deseó tirar de la túnica plateada hacia arriba para cubrir sus senos y hacia abajo para tapar sus rodillas, pero la intimidaba la estilista, que le recordaba a su madrastra. Al verla en ropa interior, la había mirado de arriba abajo y rezongado algo como «poco se puede hacer. Es muy baja para la mayoría de estos vestidos…»

Llevaba unos zapatos de tacón altísimo, y se sentía tan insegura como un potrillo recién nacido.

Batallando contra la trepidación de tener que exhibirse como una esclava en una subasta, Samia alzó la barbilla para no ver la expresión desilusionada de Sadiq. Ni siquiera se había mirado en los numerosos espejos.

Se le aceleró el pulso al ver a Sadiq recostado en un sofá color crema.

Sadiq vio a Samia salir de detrás de la lujosa cortina de terciopelo. La analizó de arriba abajo por reflejo, como había hecho con numerosas mujeres. Pero ninguna había tenido un efecto tan inmediato en él. Tan fuerte que tuvo que ladear el cuerpo para ocultar su respuesta física.

Samia seguía llevando el pelo recogido en la nuca y evitaba sus ojos, como si estuviera muy avergonzada. Vio el rubor que subía

desde su pecho hacia su rostro y se sintió mal por ella.

Era la visión más erótica que había contemplado en su vida. En vez de carecer de curvas, como había imaginado, tenía el cuerpo de una hurí. Libre de trajes angulosos, vaqueros y camisetas mal cortadas, era todo curvas y esbeltas extremidades. Tenía la piel sedosa, de un tono dorado pálido, e imaginó el contraste que haría con la suya cuando estuvieran juntos. La tensión de su entrepierna se acrecentó.

—Déjennos solos, por favor —dijo, autoritario.

La estilista y las dependientas desaparecieron de inmediato. Nunca antes había tenido que preocuparse de perder el control, siempre mantenía una barrera invisible con las mujeres, pero con Samia no la había, sentía el ardor de un adolescente descontrolado.

El vestido era totalmente inapropiado, pero revelaba una embriagadora mezcla de inocencia y vibrante sexualidad que Samia no era consciente de poseer. No esperaba que fuera inexperta, pero habría apostado allí mismo que los amantes que había tenido no habían despertado su sensualidad.

Samia seguía evitando su mirada. Era obvio que le disgustaba la escena. Sadiq recordó que su padre había obligado a su madre a desfilar ante él con los modelos que le compraba en París. Aunque la situación era muy distinta, el recuerdo tuvo el efecto de una ducha fría.

—Ese vestido es inapropiado —dijo con voz gélida. Está claro que no hemos venido al lugar adecuado. Ve a cambiarte. Nos vamos.

Sadiq vio que la mandíbula de Samia se tensaba y que cuadraba los hombros antes de cruzar la cortina. Tuvo que contener el impulso de detenerla y explicarle que… ¿Que por un segundo había temido haberse convertido en su padre? Ese padre obseso y dominante que había exhibido a sus amantes ante su hijo para alardear, y ante su estoica esposa para castigarla.

Disgustado por el recuerdo, caminó de un lado a otro con impaciencia mientras esperaba a Samia.

Al menos, él nunca la sometería a lo que su madre había tenido que soportar durante años. Sadiq siempre se había jurado ser distinto. Trataría a su esposa con respeto, y a sus herederos como seres humanos, no como peones de ajedrez.

Samia tomó aire y volvió a la sala. Seguía irritada por Sadiq y su fría condena de ella y del vestido. No le había hecho falta mirarlo para saber que la inspeccionaba de arriba abajo, analizando sus carencias. Había requerido toda su fuerza seguir allí de pie soportando la silenciosa pero negativa evaluación. Cuando entró, Sadiq miraba el suelo tan pensativo que una intensa sensación de déjà vú casi la llevó a preguntarle si algo iba mal. Estuvo a punto de reírse de sí misma. ¡Iba a casarse con ella! Eso era lo que iba más que mal, aunque él no lo admitiera.

Él se volvió hacia ella, que aferró la chaqueta. Se sentía desaliñada y más incompetente como futura reina que nunca.

—Ese vestido… no creo que… —empezó.

—No te favorecía porque era demasiado obvio —interrumpió él —. Tu belleza no es obvia, es sutil. Venir aquí fue un error. Tendremos que ir a París.

Samia se quedó boquiabierta. No había esperado oír eso. Su corazón se estremeció al oír que la consideraba bella, pero luego procesó el matiz «sutil». Era otra forma de decir que era normalita, sin interés.

Sadiq, hablando por teléfono en francés, la tomó del brazo y la guió fuera de la tienda. Cuando inició la tercera llamada, ella hervía de ira, pero como hablaba en árabe, sobre cuestiones políticas en Al-Omar, se cruzó de brazos y calló. Samia estaba acostumbrada a que su hermano se volviera inaccesible en momentos como ése.

Una hora después ascendían hacia el cielo azul desde una pista de despegue privada, en el centro de Londres. La familia de Samia contaba con su propia flota de aviones y helicópteros, pero su hermano y ella sólo los utilizaban en caso de absoluta necesidad. Ambos se preocupaban por el medio ambiente y por la impronta de carbono que dejaban en él; procuraban predicar con el ejemplo.

—¿Vas a ignorarme todo el vuelo? —farfulló Sadiq, que había acabado con sus llamadas.

Samia se volvió hacia él y quedó deslumbrada por lo guapo que estaba sin chaqueta y con el cuello de la camisa abierto. Le habría gustado ver qué aspecto tenía en vaqueros y camiseta.

—Podría preguntarte lo mismo —dijo, cáustica—. Te he dicho

desde el principio que no soy la mujer adecuada, así que no me gusta que me critiques cuando no me transformo en la esposa que deseas.

—Lo que dije en la tienda era en serio, Samia —estrechó los ojos —. No me disculpo ni hago halagos sin razón, no es mi estilo. Simplemente, admití que el establecimiento que había elegido no era adecuado para ti —la recorrió con la mirada—. Como dije, tu belleza es sutil y necesita un tratamiento… más delicado.

Samia seguía sin creer que hablara en serio. Era su forma de intentar aplacarla. Sin duda la llevaba a un sitio donde pudieran camuflar sus imperfecciones. Se puso rígida.

—Espero que el gasto y el impacto medioambiental de ir a París en avión privado sólo para vestirme merezcan la pena.

Los ojos de él chispearon con humor.

—No te preocupes, princesa. Te aseguro que nuestra impronta de carbono será mínima. Uno de mis equipos de científicos utiliza este avión para probar combustibles menos agresivos con el entorno. Así que el viaje servirá para algo.

—Tienes respuesta para todo, ¿verdad?

—Desde luego —él esbozó una sonrisa que le hizo parecer diez años más joven.

Samia giró la cabeza. Era demasiado atractivo y temía que él captara en su expresivo rostro la ambigüedad de sus sentimientos. Cualquier mujer se sentiría atraída por uno de los hombres más guapos y viriles del planeta. Pero rechazaba que la atracción pudiera ser más que física.

—Créeme —dijo él—, cuando anunciemos nuestro compromiso el lunes, te alegrarás de contar con ropa adecuada.

—El lunes… —Samia palideció. Si quería librarse de lo que estaba por llegar, era su última oportunidad. Sadiq adivinó lo que pensaba.

—Ni se te ocurra, Samia. Hemos ido demasiado lejos para dar marcha atrás. Ya ha habido especulaciones tras la publicación de esa foto. La prensa espera el anuncio oficial.

—Para ti es muy fácil, ¿no? —se quejó ella con amargura—. Has vivido tu libertad y hedonismo y ahora que has decidido casarte, todo se hará con el mínimo de problemas y la máxima rapidez.

—Tú también has tenido libertad, Samia. Eres una mujer

moderna de veinticinco años, ¿no esperarás que suponga que has llevado una vida de monja y que sigues siendo virgen?

—¿Quieres decir que no te molestará que tu esposa no sea pura e inmaculada en tu noche de bodas? —Samia sentía la necesidad visceral de protegerse de su tono burlón—. Considerando el cuidado con el que has escogido, pensé que lo habrías incluido en la lista de requisitos.

Sus miradas se encontraron. Samia tenía la respiración demasiado agitada, y la asombraba su propio descaro. Estaba llevándole a creer que había tenido multitud de amantes.

—No me molesta en absoluto —la sensual boca de Sadiq se curvó con una sonrisa cínica—. Claro que no esperaba una esposa pura. No soy ni tan anticuado ni tan hipócrita. Tengo un apetito sexual de lo más saludable, y la verdad es que no me atrae la idea de acostarme con una novata.

Samia sintió una punzada de dolor. Desde la desafortunada experiencia en la universidad había enterrado cualquier deseo romántico de entregarse a alguien que la apreciara por sí misma. Pero además iba a tener que enfrentarse al horror de Sadiq cuando descubriera que, efectivamente, había cargado con una esposa inocente y virgen.

Abrumada por emociones que no quería analizar y sintiéndose muy vulnerable, Samia se levantó. Masculló que estaba cansada y escapó a la parte trasera de la cabina, donde había un dormitorio. Aterrizarían pronto, pero Samia se tumbó en la cama e intentó borrar de su mente el atractivo rostro de Sadiq. Se preguntó cómo había podido creer que había en él siquiera un ápice de vulnerabilidad.

Sadiq dejó el teléfono y miró por la ventanilla ovalada. Sólo veía nubes sobre nubes y el rostro de Samia, con esos enormes ojos aguamarina, que destellaban más azules que verdes. No era la primera vez que notaba que su azul se intensificaba cuando ella se emocionaba.

Había parecido a punto de echarse a llorar, pero no sabía qué había dicho para herirla. Aparte de pedirle que se casara con él. Lo cierto era que nunca nadie se le había resistido tanto, y no le

desagradaba. Era aburrido estar rodeado de gente que siempre le daba la razón.

Repasó lo que había dicho, sin encontrar nada malo. Por supuesto, no había esperado que fuera pura e inmaculada. Era un hombre moderno. No tenía sentido comportarse de una manera y esperar que su esposa hubiera vivido como una monja. Lo importante era que, hubiera hecho lo que hubiera hecho Samia, no había visto evidencia de ello.

Apretó la mandíbula al pensar en las palabras «pura» e «inmaculada». Hacía mucho tiempo, una mujer le había lanzado esas palabras con voz hiriente. Analia Medena-González. Una bellísima europea de la alta sociedad, que había visitado Al-Omar con su padre, embajador, cuando Sadiq tenía dieciocho años. Él ya no era inocente, pero tampoco tenía mucha experiencia.

Analia, diez años mayor que él, lo había seducido y manipulado a su gusto, esclavizándolo con el poder de su sensualidad y sexualidad. Y Sadiq se había creído enamorado de ella.

—¿Amor? Sadiq, cariño, tú no me amas —le había dicho con desdén el día de su partida—. Sientes lujuria por mí, eso es todo.

Sadiq se había mordido los labios para no contradecirla. Su instinto de supervivencia al menos lo había librado de esa humillación.

—Cielo, tengo veintiocho años y busco a mi segundo marido — lo había mirado de arriba abajo con sus exóticos ojos verdes—. Tú eres un niño. Cuanto antes aprendas a endurecerte y a no enamorarte de las mujeres con las que te acuestes, mejor. Todas desearán tu cuerpo, sí, pero también te querrán por tu poder y riqueza. Créeme, Sadiq, no les importarás tú como hombre, igual que no me importas a mí. Para eso está tu madre. Un día elegirás a una chica pura e inmaculada como esposa y vivirás feliz para siempre.

Hacía mucho que la banal crueldad de esas palabras que no tenía el poder de herir a Sadiq. Había aprendido una valiosa lección, y esa profecía se había cumplido en gran medida.

Convertirse en sultán a los diecinueve años, tras la muerte de su padre, lo había catapultado a otra estratosfera. Había pasado un año centrado en asumir el control de un país corrupto y caótico, sin tiempo para amantes. Cuando se reincorporó a la sociedad, las

mujeres llegaron a miles.

Pronto se había convertido en un experto a la hora de elegir a las que estaban dispuestas a seguirle el juego, sin ataduras ni vínculos emocionales. Se había acostumbrado a ver el brillo avaricioso de su mirada cuando descubrían la extensión de su riqueza, y en cierto sentido eso lo reconfortaba. No quería volver a exponerse a que una mujer lo compadeciera y ridiculizara.

Había visto a Analia un par de veces a lo largo de los años, e incluso la había seducido una de ellas, para purgar el pasado de su mente y de su corazón. La mañana siguiente, al contemplar cómo se vestía, no había sentido nada. Lo consideraba un triunfo personal.

Convivir con la ira patológica de su padre porque su esposa no lo amaba tendría que haber sido suficiente lección para Sadiq, pero había necesitado otra. Y no iba a olvidar ninguna de ellas porque la mujer con la que había elegido casarse no se dejara impresionar por él, fuera vulnerable y exacerbara su instinto protector.

Samia estaba ante otra cortina de terciopelo, en otra exclusiva tienda, pero tres horas después y en París, el centro de la moda internacional.

—Vamos, chérie. Tienes que probarte muchos modelos —le dijo la amistosa estilista francesa.

Samia cerró los ojos un segundo y contuvo el aliento. La luz la deslumbró y no pudo ver la expresión inicial del rostro de Sadiq. Estaba junto a la ventana con el teléfono al oído.

Negándose a dejarse intimidar, alzó la barbilla y descubrió que Sadiq contemplaba sus senos. Samia apretó la mandíbula. Tenía que admitir que el largo vestido con adornos de gasa les daba un inesperado aspecto voluptuoso.

La estilista le había dicho que llevaba años utilizando sujetadores de la talla equivocada y le había dado uno que, para su sorpresa, le quedaba como una segunda piel.

—Mucho mejor —dijo Sadiq, por fin, con voz templada. Sus ojos azules brillaban—. Bien hecho, Simone. Sigue así.

Continuaron las pruebas de ropa de noche, de día, deportiva, de playa… Samia desfilaba como si la cosa no fuera con ella. Tras quitarse el último conjunto, salió y Sadiq ya no estaba allí. La

diminuta estilista francesa llegó con su abrigo.

—¿Dónde está…? —preguntó.

Simone sonrió y le dio el abrigo.

—Su prometido ha decidido dejarla en mis manos el resto del día. No querrá que vea el vestido de novia antes de la boda, ¿verdad? —agarró su brazo con complicidad femenina—. Además, la nueva lencería será una agradable sorpresa para él ¿non?

Hasta la caída del sol, Samia sufrió la humillación de probarse, ante un ejército de mujeres, lencería tan diminuta e indecente que no tenía intención de usarla en su vida.

Le tomaron medidas para el vestido de novia, que luciría el último día de celebración. Al día siguiente le harían las primeras pruebas y también pasaría unas horas en un salón de belleza. El vestido llegaría a Londres dos semanas después, para los retoques de última hora.

Iban a pasar la noche en París.

Simone la escoltó al coche que llevaban utilizando toda la tarde y le deseó las buenas noches. Le dijo que recibiría la ropa en Londres y le entregó un lujoso y pequeño bolso de viaje.

—Podrías necesitarlo esta noche —le dijo, guiñándole un ojo.

Samia no entendió lo que quería decir hasta que lo abrió en el coche. Contenía una selección de lencería de seda y pijamas, un neceser con exquisitos productos de aseo y una muda de ropa para el día siguiente. En algún momento del día había perdido de vista sus vaqueros favoritos, y en ese momento lucía unos pantalones de vestir y un suave suéter de cachemir sobre un sujetador de encaje. Se sentía casi decadente.

Para cuando el coche se detuvo ante una lujosa casa, en cuya entrada ondeaba la bandera de Al-Omar, Samia se sentía muy incómoda.

Capítulo 5

Samia entró en un lujoso vestíbulo. Una lámpara de araña iluminaba la enorme escalera que conducía a la primera planta. Los suelos de parqué estaban cubiertos por exquisitas alfombras orientales y sobre varias mesitas auxiliares había jarrones de la dinastía Ming. Primaba el diseño rococó y caras obras de arte decoraban las paredes. Un guardaespaldas cerró la puerta.

Ella tardó un momento en darse cuenta de que Sadiq estaba apoyado en una pared, con las manos en los bolsillos, medio escondido en la penumbra. Se llevó la mano al corazón.

—Me has dado un susto de muerte —protestó—. ¿Sueles sorprender así a la gente?

Sadiq fue hacia ella lentamente.

—Tuve que volver aquí para ocuparme de asuntos de despacho, pero te dejé en buenas manos —recorrió a Samia con la mirada—. La ropa te sienta bien; tendríamos que haber recurrido a Simone desde el principio.

A Samia la encolerizó que hablara de ella como si fuera un objeto. Apretó los puños.

—Mis vaqueros favoritos han desaparecido. ¿Sabes cuánto se tarda en domar unos vaqueros? La camiseta y la chaqueta estaban en buen estado. ¿Cómo voy a pasear por Hyde Park con esto? —movió un pie para mostrarle los bonitos pero poco prácticos botines de piel de tacón alto.

—Me temo que tus días de pasear sola por Hyde Park llegaron a su fin, Samia. ¿Puedes decirme qué te ocurre? Debes de ser la única mujer del mundo que pasa un día entero comprando sin límite de crédito y no vuelve estática de júbilo tras la experiencia.

—Disculpa —Samia, avergonzada, desvió la mirada—. No pretendo ser ingrata, pero no soy así —tocó el lujoso suéter que acariciaba su piel y lo miró suplicante—. Nunca he utilizado este tipo de prendas. Ya no sé quién soy. Me siento perdida.

Para su sorpresa, Sadiq puso las manos sobre sus hombros y la condujo a un espejo que había en una pared cercana. Samia desvió la mirada.

—Mírate, Samia —ordenó él.

Ella cerró los ojos y negó con la cabeza. No soportaba el

recuerdo de su madrastra situándola ante el espejo y señalando sus imperfecciones y carencias. Nunca se había sentido tan vulnerable. Sobre todo porque las manos de Sadiq le provocaban corrientes de sensación por todo el cuerpo. Sus senos se hincharon y sintió el picor del encaje del sujetador en los pezones erectos.

—Abre los ojos, Samia. No nos moveremos hasta que lo hagas —dijo él. Samia al oír el tono acerado de su voz, supo que no tenía elección y obedeció, a su pesar—. Ahora, mírate en el espejo.

Ella se preguntó por qué ese hombre, al que sólo conocía desde hacía una semana, tenía la habilidad inherente de obligarla a enfrentarse a sus demonios. Sabía más de ella que ninguna otra persona en el mundo.

Se volvió hacia él y miró los ojos azules, desafiante. Los tacones acortaban la diferencia de estatura entre ellos, pero aun así él le sacaba la cabeza y los hombros.

—Puedes mirarme a los ojos cuanto quieras, Samia, pero el objeto de este ejercicio es que te mires a ti —sonrió, burlón—. Claro que si prefieres mirarme a mí, entonces…

Con el rostro llameando, Samia se miró en el espejo. En algún momento se le había soltado el pelo y caía sobre sus hombros y espalda. Los ricitos sueltos que nunca conseguía controlar enmarcaban su rostro. Sus ojos brillaban, casi febriles, y tenía las mejillas rojas. Gruñó para sí, parecía que hubiera estado trabajando en el huerto. Imposible parecer menos sofisticada.

Entonces vio cómo el suave tejido del suéter se ajustaba a sus senos, que parecían enormes, marcando la forma de los pezones erectos. Los pantalones hacían que sus piernas parecieran muy largas y esbeltas. Una extraña languidez recorrió sus venas, era una mezcla de letargo y energía.

—Samia, se trata de encontrarte a ti misma, no de perderte. Ese espejo refleja la imagen de una mujer que va a ser reina, y cuanto antes lo veas, mejor. Yo lo veo, no dudes de ti misma.

Retiró las manos de sus hombros y Samia dejó de sentir el calor de su cuerpo tras ella.

—Helene te llevará a tu habitación. Cenaremos dentro de una hora —dijo, yendo hacia la puerta.

Como por arte de magia, apareció una mujer de mediana edad, con el bolso de Samia en la mano. Con una sonrisa, le indicó que la

siguiera.

Sadiq entró a su enorme despacho, se apoyó en la puerta y cerró los ojos un momento. Sólo podía ver los provocativos senos de Samia bajo el delicado suéter. Ni siquiera era ropa diseñada para volver a un hombre loco de deseo, ¿qué iba a hacer cuando apareciera con el escotado vestido de noche que se había probado unas horas antes?

Mientras Samia iba a cambiarse, había hecho el ridículo preguntándole a Simone si le parecía un vestido apropiado para los eventos a los que asistirían. Simone lo había mirado divertida.

—Chéri, ese vestido tiene unos cien metros más de tela que el que compraste la última vez que estuviste aquí, por supuesto que es apropiado.

Abrió los ojos, pero la imagen de Samia con los hombros desnudos, el excitante escote y una larga pierna asomando por la abertura lateral de la falda, estaba grabada en sus retinas. Se sirvió un vasito de whisky y fue a la ventana, que daba a los inmaculados jardines. Parecía que Samia llevaba toda la vida ocultando un cuerpo delicioso bajo trajes de corte masculino. Sin embargo, a pesar de su aparente timidez e inseguridad, empezaba a mostrar destellos de una personalidad mucho más batalladora.

Había sido una tortura verla desfilar para él y no entendía el porqué. Con cada nuevo modelo la tensión de Sadiq se había acrecentado, hasta el punto de que había tenido que irse para no quedar como un tonto ante la impecable Simone, que parecía estar notando su cambio de actitud.

Y allí estaba, preguntándose por qué se sentía amenazado al comprender que deseaba a su futura esposa. Tendría que haberle agradado saber que la noche de bodas no supondría ningún esfuerzo.

Maldijo al comprobar que su cuerpo se tensaba y endurecía sólo con pensarlo. ¡Era como si alguien controlara su excitación a distancia! Tomó un trago e hizo una mueca. No tenía nada que temer. Iba a embarcarse en un matrimonio de conveniencia y su mente le decía a su cuerpo que deseaba a su esposa: era pura biología, destinada a conseguir que engendrara herederos.

Un rato después, Sadiq se recostó en la silla e hizo girar la copa de vino entre las manos. Samia, hipnotizada por el movimiento de los músculos de su antebrazo, tuvo que esforzarse para recordar qué acababa de preguntarle.

—Mi padre volvió a casarse cuando cumplí dos años. Alesha era una prima lejana, del norte de Burquat —dijo, clavando la mirada en el plato.

—¿Eso es todo? —Sadiq estrechó los ojos.

Samia encogió los hombros levemente.

—No era… muy maternal. Creo que nos veía a mi hermano y a mí como una amenaza —miró a Sadiq—. Mi padre amaba a nuestra madre, aunque había sido un matrimonio concertado. Cuando ella murió… —hizo una pausa, recordando la insondable tristeza de su padre—, quedó devastado.

—¿Dijiste que murió al tenerte a ti?

Samia asintió y tragó saliva para controlar una intensa sensación de pérdida.

—Desarrolló pre-eclampsia, y para cuando comprendieron por qué se había adelantado el parto, era demasiado tarde. Entró en coma y murió unos días después —explicó—. ¿Tú no tuviste hermanos o hermanas? —preguntó, para desviar la atención de sí misma.

—No. Soy hijo único —esbozó una sonrisa tensa y vació la copa de un trago.

Ella comprendió que había tocado un punto sensible y eso la intrigó. Se sonrojó al ver que él había dejado la copa y la miraba atentamente.

Sadiq extendió el brazo y tomó su mano, blanca y diminuta sobre la palma de la de él. Cuando entrelazó los dedos con los suyos, Samia sintió una intensa pulsión entre las piernas. Apretó los muslos y deseó que él la soltara.

—Creo que nuestro matrimonio funcionará, Samia —Sadiq sonrió como si supiera el efecto que estaba teniendo en ella—. Subestimas tu atractivo.

Sus ojos se encontraron y ella se mordió el labio. Pensó en cómo la había mirado mientras se probaba innumerables modelos, como

si fuera una yegua. Una súbita ira la llevó a replicar.

—Quieres decir que debería agradecer que no me encuentres tan repulsiva como para tener que vendarte los ojos en nuestra noche de bodas.

Él sonrió y a Samia se le aceleró el pulso.

—En absoluto, princesa Samia. Será una suerte si aguantamos hasta la boda sin acostarnos. Al fin y al cabo, somos adultos con experiencia, y ha quedado claro que no nos motiva el ideal romántico de esperar a la noche de bodas. Incluir una venda para los ojos sin duda añadiría… algo… Pero la venda no sería para mí. Quiero ver cada reacción de tu expresivo rostro cuando nos acostemos juntos por primera vez.

Un millón de cosas estallaron en la cabeza de Samia, al tiempo que adquiría consciencia de que el pulgar de Sadiq acariciaba su muñeca. Pero sobre todas dominaba la idea de que esa potente virilidad se concentrara exclusivamente en ella.

—A mí me gusta la idea de seguir la tradición —dijo, con tono recatado. Liberó su mano.

Sadiq se echó hacia atrás y Samia se preguntó cómo era posible aparecer tan relajado y tan amenazador al mismo tiempo. Una sombra de barba endurecía la línea de su mandíbula; los profundos ojos azules y la nariz aguileña tendrían que haberle dado un aspecto cruel pero, sin embargo, era uno de los rostros más bellos que había visto en un hombre. Incluyendo a su hermano, que volvía locas a todas las mujeres.

—Creo que eres una provocadora, Samia —dijo él con voz ronca —. Dices una cosa y luego me miras como si quisieras subir por encima de la mesa y devorarme. ¿Es eso lo que haces? ¿Presentas a los hombres un aspecto inocente e ingenuo y luego te vas revelando poco a poco hasta que acaban suplicándote piedad?

Samia lo miró con el rostro en llamas. Él no tenía ni idea de que su reacción se debía a que era el primer hombre que había conseguido atravesar la barrera de control que había creído impenetrable. Él era la razón de que estuviera desmoronándose y revelando su personalidad.

—No estoy provocándote. Créeme.

—Entonces, ¿Tu actuación ante el espejo era real? ¿Vas a decirme quién te provocó esa aversión a tu imagen?

—No sé de qué hablas —a Samia casi se le heló la sangre en las venas. Él estaba escarbando demasiado rápido y profundo, dejando al aire sus inseguridades—. Siempre se me dio fatal actuar.

Se levantó con tanta gracia como pudo y observó que él clavaba la mirada en su pecho antes de volver a su rostro. «¡Tú eres el provocador!», deseó gritarle.

—Ha sido un día muy largo. Si no te molesta, me retiraré por hoy —dijo, pensando que sonaba como una ridícula heroína de la época victoriana.

Sadiq se levantó e inclinó la cabeza.

—Por supuesto, como quieras. El coche te recogerá a las diez de la mañana. Me temo que no estaré aquí para desayunar, tengo una conferencia telefónica con mis ministros que durará varias horas. Te veré para cenar.

Al día siguiente, Samia agradeció poder estar tumbada mientras le teñían las pestañas. Apenas había pegado ojo tras la conversación con Sadiq. Ya le habían hecho la prueba del vestido de novia y Simone acababa de dejarla en un opulento salón de belleza. Para alguien que nunca se había hecho una limpieza de cutis ni recibido un masaje, la experiencia, aunque placentera, asustaba un poco.

Se preguntó cuántas amantes de Sadiq habían estado allí y no pudo evitar sentir un pinchazo de algo muy parecido a los celos.

Un día de la semana anterior, Samia había aprovechado la hora del almuerzo para consultar artículos de prensa sobre Sadiq en los archivos de la biblioteca. De todas las mujeres asociadas con él, un nombre se repetía más que otros, el de una conocida y bella europea de la alta sociedad. La discontinua aventura parecía haberse iniciado cuando Sadiq era muy joven, y eso había hecho sonar campanas de alarma en la mente de Samia.

Había sido testigo de cómo su hermano se había endurecido tras el fracaso de una aventura amorosa cuando tenía diecinueve años. Sabía que los hombres como su hermano y Sadiq podían cerrarse al mundo tras sentirse expuestos. El recuerdo de Sadiq en la biblioteca del castillo había adquirido un nuevo significado.

Una foto reciente de Sadiq con la misma mujer se lo había dicho todo. Estaban entrando a un exclusivo hotel de París, y Sadiq la

miraba. La intensidad de su expresión le dejó claro que si ese hombre había tenido un corazón lo había perdido hacía mucho.

Esa noche, después de cenar, Samia miró a Sadiq y notó que parecía cansado.

—¿Cómo será este matrimonio? —barbotó, vehemente—. Es decir… ¿vas a tener amantes? —alzó la barbilla—. Porque no aceptaré que me ridiculices públicamente.

Samia había pasado de asumir que él tendría al menos una amante a odiar la idea con cada célula de su cuerpo.

—En primer lugar, nunca he tenido amantes —Sadiq esbozó una sonrisa tan burlona que ella deseó abofetearlo—. Soy hombre de una mujer. Una cada vez.

—Sabes a qué me refiero —dijo ella.

—Ahora no tengo amante, me parecería de muy mal gusto comprometerme con una mujer mientras estuviera divirtiéndome con otra. Y, en contra de lo que algunas personas creen, como por ejemplo las cotillas a las que has estado escuchando, tengo toda la intención de ser un marido fiel.

—No he estado escuchando a cotillas —se defendió Samia—. No es ningún secreto que has tenido muchas amantes.

—Mi padre exhibía a sus amantes delante de mi madre —Sadiq hizo un gesto de disgusto—. Siempre me juré no faltarle al respeto a una esposa de esa manera. Convirtió a mi madre en una reclusa.

«Una esposa». Impersonal. Samia se preguntó si la consideraba nada más «una esposa». Era obvio que sí, y eso no le gustaba nada.

—¿No te llevabas bien con tu padre? —preguntó.

Sadiq torció la boca y la miró con frialdad.

—No exactamente, no. Era un hombre airado gran parte del tiempo, por varias razones. Descargaba esa ira en mi madre, y en mí, cuando le convenía.

Samia imagino a un niño pequeño descuidado y odiado, y se le encogió el corazón. Se preguntó si esa ira había llegado a ser violencia física. Ella se había acostumbrado a evitar las manos de su madrastra, y percibía que Sadiq también había aprendido a escabullirse. Deseó preguntarle más sobre ese tema, pero él parecía arrepentido de haber contestado, así que prefirió no insistir.

—¿Tu madre vive contigo?

—Tiene sus propias dependencias en el castillo —afirmó Sadiq —. La conocerás cuando vengas a B'harani a instalarte, antes de la boda.

A Samia se le tensó el estómago. Desvió los ojos para evitar la mirada azul que parecía traspasarla, y jugueteó con el pesado anillo.

—¿Y si…? —su voz se apagó. Samia quería preguntar qué ocurriría si ella no le gustaba en la cama, si también en ese caso se abstendría de amantes, pero no lo hizo—. ¿Y si hay problemas para tener hijos… si no me quedo embarazada?

—Me divorciaría de ti y volvería a casarme.

La rapidez y brutalidad de la respuesta llevó a Samia a mirarlo de nuevo. Abrió y cerró la boca, sin saber qué sentía al respecto.

—¿Y si eres tú quien tiene el problema?

—No seré yo —dijo él, con una sonrisa prieta.

—Podrías serlo —Samia se enderezó en el asiento, atónita por su insufrible arrogancia—. No puedes predecir el futuro. Aunque seas el sultán…

—Lo sé —la cortó él—. Me he hecho pruebas médicas y no tiene por qué haber problemas.

—Pero… ¿por qué dudaste de tu capacidad de tener hijos? —preguntó ella.

—Si me dices quién alimentó tu falta de confianza en ti misma y por qué no puedes mirarte en un espejo, te diré por qué me pareció necesario hacerme pruebas de fertilidad —sentenció Sadiq.

Tablas. De ninguna manera iba Samia a dar pie a que la compadeciera o se burlara de ella.

—Ya lo suponía —serio, se puso en pie—. Tengo trabajo pendiente en el despacho, ¿me disculpas?

—Por supuesto… —Samia se levantó, con la mente hecha un lío. Él sonaba acusador, como si estuviera enfadado con ella por sacar el tema.

—Mañana, cuando lleguemos a Londres, habrá una conferencia de prensa para anunciar la boda, así que vístete de forma adecuada —dijo él desde la puerta. Curvó la boca al ver la expresión de terror de Samia—. No te preocupes. Hablaré yo. Tú sólo tienes que estar allí y procurar no dar la impresión de que temes ser devorada por

los tiburones.

La mañana siguiente, cuando se presentaron ante la prensa mundial, el brazo de Sadiq rodeaba la cintura de Samia. Las cámaras destellaban y los periodistas les lanzaban preguntas en cinco idiomas. Sadiq contestaba sin dudar y Samia se sentía bastante segura.

Por suerte, Simone había ido esa mañana a llevarle fotos de accesorios para la boda. De paso, la había ayudado a elegir un conjunto: un sencillo vestido azul marino con chaqueta a juego. Llevaba el pelo suelto por orden expresa de Sadiq.

—O te lo sueltas tú, o lo haré yo. Por algo le dije a la peluquera que no quería verlo recogido —le había comentado, ya en el jet privado.

Con alivio, Samia escuchó a Sadiq anunciar que contestaría a una última pregunta.

—¿Podría besarla? —se oyó al fondo de la sala.

Samia no procesó las palabras hasta que sintió las manos de Sadiq en los brazos, atrayéndola.

—Quieren una muestra de afecto pública, ¿crees que podrás soportarlo? —él le sonrió con expresión sardónica.

Samia tragó saliva, deseando negar con la cabeza. Le parecía menos amenazador enfrentarse a una jauría de reporteros que ver la cabeza de Sadiq acercarse más y más a la suya.

Sadiq, por su parte, pensaba en lo irónico que era, para alguien que odiaba las muestras públicas de afecto, estar deseando besar a esa mujer delante de una multitud de periodistas. La atrajo hacia su cuerpo y le pareció tan delicada y pequeña, que, instintivamente, se curvó a su alrededor como si quisiera protegerla. Ella lo miraba como un cervatillo deslumbrado por los faros de un coche.

Sintió una descarga de adrenalina en las venas, y el primer contacto con su boca fue tan dulce que gruñó para sí. Sus labios eran tan blandos como había imaginado. Gente y entorno parecieron difuminarse mientras apretaba los brazos para acercarla aún más.

Las manos de ella aferraban las solapas de su chaqueta mientras él se ahogaba en uno de los besos más castos que había

experimentado en su vida. Pero el efecto que estaba teniendo en su cuerpo, era todo menos casto. Todo él se tensaba y endurecía; supo que tenía que apartarse y recobrar la cordura. En ese momento, Samia abrió la boca y al sentir el roce tentativo, de su lengua, su cerebro entró en cortocircuito.

Samia tardó un momento en darse cuenta de que Sadiq había dejado de besarla y casi la empujaba para apartarla. Se sentía desorientada y le cosquilleaban los labios. Los gritos y silbidos consiguieron que volviera a tierra y, con las mejillas ardiendo, permitió que Sadiq la condujera al coche. Le temblaban las piernas.

La ayudó a subir al coche, pero no la siguió. Samia acababa de vivir un terremoto emocional; Sadiq parecía tan tranquilo que, por un instante, ella se preguntó si se habían besado o no.

—Voy a quedarme aquí para volar a Al-Omar. Tengo que ocuparme de asuntos de Estado, llevo demasiado tiempo fuera. Estarás bien protegida. Nos veremos dentro de dos semanas.

Samia miró el duro y bello rostro del poderoso dirigente que había entrado en su vida como un vendaval, cambiándolo todo.

—De acuerdo… —aceptó, mirando hacia delante para ocultarle su confusión. El beso la había conmocionado y se sentía abandonada.

—¿Tendrás tiempo de poner tus asuntos en orden?

Samia pensó que parecía la pregunta que le harían a alguien a punto de morir. Sin embargo, a su pesar, nunca se había sentido tan viva, se tragó la emoción que le atenazaba la garganta.

—Sí. Todo irá bien —asintió con vigor, deseando alejarse de esos ojos que todo lo veían.

Un instante después el coche se ponía en marcha. Samia no volvió la cabeza para mirar a Sadiq, que siguió allí parado largo rato.

La descarga eléctrica que había recorrido su cuerpo cuando su boca entró en contacto con la de Sadiq seguía afectándola. Lo que para ella había supuesto un cataclismo, para él no había sido sino un beso aburrido y poco erótico. Recordaba como la había apartado de él, delante de la prensa mundial.

Hasta ese momento Samia había controlado lo que sentía: había accedido al matrimonio porque tenía una responsabilidad y un destino que cumplir. Sin embargo, algo había cambiado dentro de

ella, dando paso a sentimientos y emociones reales. El beso había hecho que el deseo que había intentado negar saliera a la superficie y se desbordara como espuma.

En los últimos dos días había visto grietas en la coraza protectora del sultán. Había sido fácil considerarlo un hombre cínico y despiadado que siempre se salía con la suya. Sin embargo, había descubierto que una vez había estado enamorado, que su relación con su padre había distado de ser perfecta y que había crecido solo, sin hermanos. Samia no habría podido soportar el dolor que le causaba su madrastra si no hubiera tenido a su hermano y a sus hermanastras.

No pudo evitar que en su mente se formara la imagen de un niño de pelo oscuro corriendo a los brazos de Sadiq. Se llevó la mano a la boca, atónita por la idea y por el anhelo que le produjo. Nunca se había considerado maternal, y sería un suicidio emocional albergar esas fantasías cuando iba a casarse con un hombre que, en principio, vería a sus hijos como «herederos» y «reservas».

Puso freno a esos inquietantes pensamientos. Tenía que concentrarse en poner punto final a su vida en Londres. La mayoría de sus pertenencias sería trasladada a la casa de Sadiq en Londres, y el resto a Al-Omar. Pasados quince días, viajaría a su nuevo hogar, y su vida cambiaría para siempre. De todo ello, lo que más la impactaba era la idea de volver a ver a Sadiq.

Capítulo 6

Dos semanas después, al final de su tercer día en B'harani, Samia supo que no tendría que haberse preocupado por cómo la afectaría ver a Sadiq, ya que él le había dedicado cinco minutos.

El día de su llegada, mientras recorría su suite de habitaciones privadas, habían llamado a la puerta, que se había abierto sin esperar respuesta. Samia había sabido que sólo podía ser él, dado que todo el mundo la había tratado con una deferencia que rayaba en lo ridículo.

Sadiq, luciendo la tradicional túnica blanca y dorada de Al-Omar, había entrado y dominado el espacio con su presencia, quitándole el aliento.

—Espero que hayas tenido un buen viaje y que la suite sea de tu agrado —había dicho él, brusco y breve, clavando en ella sus ojos azules.

Samia había asentido, abrumada por su majestuosa virilidad y por esa fría recepción.

—Todo está bien. Gracias.

—Bien. Me temo que no tendré mucho tiempo para pasarlo contigo, porque estoy intentando liberar mi agenda para la boda y la luna de miel.

Parecía cansado y Samia había sentido un absurdo pinchazo de preocupación por él.

—No tiene importancia. Lo entiendo —había dicho, aliviada por librarse durante unos días más de ser el foco de su atención.

—No hace falta que te alegres tanto —había dicho él con voz grave y sonrisa tersa—. Haré que te enseñen el castillo y uno de mis ayudantes te mostrará B'harani. El jueves por la noche asistiremos a un evento público, antes de dar inicio a las festividades de la boda. El domingo seremos marido y mujer, y tú serás reina.

Samia volvió a la realidad. Acababa de llegar a su habitación tras cenar con Yasmeena, la madre de Sadiq, de quien él había heredado sus inusuales ojos azules. La elegante mujer la había tomado bajo su ala y le había enseñado el castillo. Era amistosa, aunque reservada, y parecía envuelta por un aire de profunda tristeza que a Samia le recordaba a su padre.

Salió a la terraza privada, en la que había una pequeña piscina

decorada con coloridos mosaicos, y caminó hacia la pared de rejillas emparradas. Samia, al sentir la caricia del aire cálido en la piel, comprendió cuánto había echado de menos el calor, los espacios abiertos y el cielo inmenso y tachonado de estrellas.

Ante sus ojos se extendía la resplandeciente ciudad de B'harani, una joya de la corona de Oriente Medio, un antiguo puerto que se había convertido en una de las ciudades más desarrolladas de la región. Los rascacielos se alzaban al cielo color malva del ocaso, triunfantes ejemplos de la ambición y el éxito.

De niña, a veces había ido allí de visita y, aunque su padre fuera huésped del sultán, sus hermanos y ella se habían alojado fuera del castillo.

Siempre le había encantado B'harani, que en aquella época estaba mucho más desarrollada que Burquat. Eso no había cambiado. Si acaso la ciudad era aún más bella y fantástica. Seguían gustándole los amplios paseos arbolados y la multitud de espacios verdes en los que los niños jugaban. Sabía que Sadiq, arquitecto amateur, opinaba e influía en el diseño de cada edificio.

Sin embargo, tenía preferencia por los sucios muelles de la parte más antigua de la ciudad, rebosante de historia, mercados y olores. Barcos crujiendo bajo su carga entraban y salían del puerto día y noche. En los últimos años habían construido un moderno embarcadero dentro del viejo puerto, que Samia se había prometido visitar en cuanto tuviera tiempo.

Había paseado por la ciudad vestida con ropa discreta y ocultando su distintivo cabello bajo un pañuelo, para no llamar la atención. Aun así, sabía que pasada una semana sería uno de los rostros más conocidos del país. Sería la reina. Mientras contemplaba la ciudad sintió temor, pero también cierta sensación de responsabilidad. Desde que le había dicho que sí a Sadiq, el miedo había ido dando paso a la emoción de saber que podría hacer algo útil por el país. Algo que no había esperado sentir.

Intentó imaginar cómo sería su matrimonio con Sadiq. Cómo sería compartir dormitorio y cama. Sintió una oleada de calor en el bajo vientre. Tal vez él no querría compartir habitación, sino que iría a visitarla para cumplir sus obligaciones matrimoniales y luego se iría.

Le dio un vuelco el corazón al plantearse esa posibilidad, pero se

negó a investigar por qué. Siempre había jurado que no se enamoraría, porque el amor sólo hacía daño; tendría que estar contenta por el hecho de que Sadiq quisiera mantener una relación lo más impersonal posible.

Sólo tenía que pensar en el perfume que le había llevado Alia, su ayuda de cámara. Los perfumes de Al-Omar tenían fama mundial, algunos costaban miles de dólares. Alia le había dicho que era un regalo del sultán, creado especialmente para celebrar su compromiso.

Samia casi se había mareado al olerlo. Era demasiado fuerte y almizclado para ella, que prefería los aromas delicados. Era el resumen perfecto de su situación y demostraba la falta de interés del sultán, una vez conseguida esposa.

Sadiq soltó el aire lentamente para controlar los erráticos latidos de su corazón. Aceptaba que la ambición, el peligro del desierto y las carreras de vela le acelerasen el pulso, no que lo hiciera ver a su futura esposa. Estaba en el balcón de su despacho cuando había captado un movimiento y visto a Samia, de perfil, junto a la pared que rodeaba su terraza privada.

El día estaba dando paso a la noche, pero la belleza del momento palidecía en comparación con el brillo dorado del cabello de Samia, que caía en cascada por su espalda. Llevaba unos pantalones capri y una rebeca que moldeaba su pecho. El deseo tensó su cuerpo y ardió en sus venas. Lo desconcertaba que la atracción que sentía por su prometida aumentara día a día.

Tal vez se debiera a que evocaba algo en él que no había evocado ninguna otra mujer. Algo salvajemente primitivo al tiempo que protector. Ni siquiera Analia lo había afectado así. Torció la boca con amargura. Lo de ella había sido cruel y directo, le había pisoteado el corazón; y eso no volvería a ocurrir nunca.

Según se aproximaba el día de la llegada de Samia, la irritación de Sadiq se había ido incrementando. No le gustaba anhelar el verla y por eso había sido tan brusco al darle la bienvenida. Aunque no había mentido al decirle que estaba ocupado, sabía que en parte era una excusa conveniente, y eso lo incomodaba.

El día que se había despedido de ella en Londres, después del

beso, al captar su frialdad había deseado sacarla del coche, llevarla al jet privado y hacer que volara con él a Al-Omar. Se había sentido como un nómada del desierto, impulsivo y poco refinado.

Se había dicho que era por temor a que cambiase de opinión. Por eso había encargado a los guardaespaldas que vigilaran cada uno de sus movimientos, cada vez más obsesionado con ella.

Una noche había asistido a una cena con sus compañeros de trabajo, en un restaurante de Mayfair, luciendo uno de sus nuevos vestidos. Sadiq lo sabía porque el guardaespaldas le había enviado fotos. Era un vestido modesto: negro, con escote de pico, media manga y largo hasta la rodilla. Pero Samia llevaba el cabello suelto y lucía las curvas que había ocultado durante años. Por primera vez en su vida, Sadiq había sentido celos. Él había propiciado ese cambio y le molestaba que lo estuvieran viendo otros.

De repente, la figura que había abajo se apartó de la pared y entró en la casa. Sadiq, notó que estaba aferrando la barandilla de metal e hizo un esfuerzo consciente por relajarse. Su futura esposa estaba resultando ser una distracción monumental, algo que no tendría que ocurrir. Ese matrimonio era el siguiente paso para el desarrollo de su país, ni más ni menos.

Sólo tenía que conseguir que su mente dejara de volver una y otra vez a su prometida…

Al día siguiente, Sadiq miraba por la ventana del despacho cuando soltó una maldición de tal calibre que su ayudante, Kamil, enrojeció.

—¿Qué está haciendo? —farfulló, contemplando la escena que tenía lugar junto a los establos. Antes de que Kamil pudiera intervenir, se dio la vuelta—. La reunión ha terminado. Haz que ensillen a mi caballo de inmediato —salió de la habitación para ir a cambiarse de ropa.

—Pero, señor, tiene una reunión con el comité dentro de dos horas —dijo Kamil, corriendo tras él.

—Para entonces habré vuelto —replicó Sadiq.

Samia se sentía levemente culpable por haber convencido al

joven mozo de cuadra de que le dejara sacar un caballo sin pedirle permiso a Sadiq. Pero empezaba a sentirse claustrofóbica y no quería molestarlo con un detalle tan nimio. Aunque el castillo Hussein era tan impresionante como vasto, con cientos de jardines escondidos y laberínticos pasillos, que se tardaría semanas en explorar, sus paredes parecían estar cerrándose sobre Samia. Fuera adonde fuera, aparecía alguien para preguntarle si necesitaba algo.

Anhelaba espacio y libertad, consciente de que cuando estuviera casada se incrementaría la sensación de claustrofobia. Tendría que dar cuenta de cada uno de sus movimientos y los largos días de agenda apretada se convertirían en la norma.

Había sentido una extraña emoción al ver los establos unos días antes. Le había encantado montar a caballo de niña, hasta que su maliciosa madrastra, dándose cuenta, había dicho que era poco femenino y le había prohibido montar.

Su hermano Kaden la había llevado con él en excursiones a caballo, a escondidas, así que no había perdido su destreza. El poderoso semental se movía inquieto bajo ella, y Samia, jubilosa, sentía la fuerza de sus enormes músculos. A partir de allí las verjas se abrían al desierto, que se extendía kilómetros y kilómetros hacia el norte, hasta Burquat, de hecho. Samia sintió un pinchazo de añoranza por su tierra. Aguijoneó al caballo y dejó el castillo atrás.

Sadiq la veía en la distancia, entre las nubes de arena que levantaban los cascos del caballo. Samia, con el cabello al viento, parecía diminuta sobre el enorme animal negro. Ni siquiera llevaba sombrero, y a Sadiq le bullía la sangre en las venas mientras empezaba a acortar distancias. Sin duda, era buena jinete, pero eso no aplacó su ira.

Samia no percibió su presencia hasta que oyó un ruido atronador a su espalda. Volvió la cabeza y vio un semental, de tamaño casi mítico, y el rostro lívido de Sadiq. Comprender que la seguía la llevó a cabalgar más rápido. Sabía que era una reacción profunda y primitiva, debida al efecto que ese hombre tenía en ella.

Sin embargo, Sadiq no tardó en alcanzarla y agarrar las riendas de su caballo para detenerlo. Segundos después, saltaba al suelo y hacía desmontar a Samia. A ella le temblaban tanto las piernas que

sólo se mantenía en pie gracias a que él agarraba su cintura con sus enormes manos. Sadiq estaba espectacular. La brisa hacia que la larga túnica se pegara a su cuerpo, y se había arrancado el turbante que había protegido sus ojos y boca de la arena. Los ojos azules, diamantes de hielo, resaltaban contra su piel. Podría haber sido un nómada del desierto.

Samia sintió una oleada de deseo. Esa reacción la irritó y se libró de sus manos de un tirón.

—¿En qué estabas pensando? Podrías habernos matado a los dos. Habría parado yo sola.

—¿Por qué espoleaste al caballo al verme? —estaba muy serio—. ¿Quién te dijo que podías sacar a uno de los caballos más peligrosos de los establos?

Samia recordó que el joven mozo de cuadra le había suplicado que esperase a su superior antes de elegir un caballo, pero ella le había asegurado que podía manejar a cualquiera de ellos.

—Soy buena jinete —se defendió.

—Galopar hacia el desierto sobre un caballo poderoso requiere mucha destreza. ¿Qué habrías hecho si se hubiera negado a parar? No conoces el terreno. A un kilómetro de aquí el desierto termina al borde de un acantilado.

Samia palideció. La aterrorizaba pensar que había estado galopando hacia un precipicio. Por eso Sadiq había ido tras ella, lívido.

—No sabía que podía ser peligroso.

En ese momento, Samia temió que Sadiq fuera a ser como su madrastra, negándole todo placer en la vida, limitándola hasta que su personalidad se difuminara de nuevo. Comprendió que en esas últimas semanas una parte de ella, que le habían negado mucho tiempo, había empezado a despertar, y no quería volver a perderla.

—Siento haber salido sin pensar en el riesgo, pero no quiero estar en el castillo como un pájaro enjaulado —le dijo con un tinte de desesperación—. No puedes impedirme que haga lo que quiero.

Sadiq miró a la mujer que tenía ante él. La descarga de adrenalina empezaba a convertirse en algo más ardiente y peligroso. El cabello de Samia, recogido con una cinta, caía sobre su hombro como una cascada de oro rojizo. La blusa de seda se había salido de los ajustados pantalones de montar, embutidos en botas de

cuero.

La blusa, húmeda de sudor, se pegaba a sus pechos, que subían y bajaban con su respiración agitada. Estaba lo bastante cerca como para captar su delicado aroma, y eso le hizo recordar el perfume que había aprobado para ella como regalo. Supo de inmediato que había cometido un error. Era apropiado para otro tipo de mujer.

—No tengo intención de impedirte que hagas nada, si estás a salvo. Pero puedo impedir que me vuelvas loco —dijo, llevando la mano hacia ella.

—¿Qué quieres…? —Samia no pudo decir más. Sadiq la había atraído hacia su cuerpo y bajaba la cabeza para buscar su boca.

El desierto y los caballos desaparecieron para ser sustituidos por el deseo de fundirse con ese hombre, de perderse en él y olvidar la realidad. Comprendió que desde el beso de Londres, había estado deseando tocarlo de nuevo.

Se aferró a la túnica de Sadiq, sintiendo los músculos de su pecho bajo las manos. La lengua de Sadiq acarició el borde de sus labios y ella abrió la boca con un gemido de necesidad. Él demostró que era un maestro en el arte de besar.

Puso una mano en su nuca, haciéndola cautiva de su ataque erótico, y deslizó la otra desde su cintura hacia sus nalgas, alzándola hacia él. Samia se quedó inmóvil al sentir la dureza de su erección en el vientre. Sus alientos se fundieron. Llevada por un impulso incontrolable, se arqueó hacia Sadiq anhelante de deseo. Aplastó los senos contra su pecho y rodeó su cuello con los brazos. El beso siguió y siguió, tan ardiente que Samia creyó qué la consumiría allí mismo.

Cuando Sadiq empezó a apartarse, ella emitió un gemido de protesta involuntario. Él echó la cabeza hacia atrás y, lentamente, el oxígeno y la cordura volvieron al cerebro de Samia. Le pareció que tardaba una eternidad en poder abrir los ojos, para encontrarse con dos tormentosos océanos azules. Seguía agarrada a su cuello y notó que la erección de él no había disminuido; tuvo que controlar el deseo de restregarse contra su pelvis.

La neblina de su cerebro dio paso a la incredulidad. La había besado como un hombre que, perdido en el desierto, hubiera encontrado agua y deseara ahogarse en ella. O tal vez había sido ella quien buscaba ahogarse en él.

Al darse cuenta de que aún lo aferraba como un pulpo, lo soltó. Sintió la absurda necesidad de pedirle disculpas mientras se preguntaba si se había lanzado sobre él rindiéndose a un deseo del que no había sido consciente.

Él alzó su barbilla, obligándola a mirarlo. Estaba tan guapo que el vientre de Samia se tensó de deseo.

—Veo que cuestionas lo que acaba de ocurrir —Sadiq sonrió—. Te he besado porque apenas he pensado en otra cosa desde la última vez que lo hice. Quería besarte porque sólo puedo pensar en tu cara, tus ojos, tu boca miró sus labios.

Samia tragó saliva y se preguntó si estaba soñando. Veía los caballos a unos pasos y sentía el calor del sol. Frunció el ceño, intentando encontrar sentido al cambio de situación.

—Pero… ¿por qué no has querido pasar tiempo conmigo?

—Precisamente por lo que acaba de ocurrir —Sadiq hizo una mueca, soltó su barbilla y se dio la vuelta—. Pierdo el control cuando estoy contigo.

Samia parpadeó, atónita por lo que había oído. Buscando clarificación, le tocó el brazo para que la mirara de nuevo.

—No sé… Lo que dices me parece una locura —dijo, convencida de que tenía que estar mintiendo o burlándose de ella—. No te creo.

Un hombre tan guapo y poderoso no podía estar diciendo que ella le hacía perder el control.

—Yo tampoco lo creía —dijo él con amargura.

Samia se sonrojó. Esa frase la convenció de que él pensaba que la esposa fea y aburrida que había elegido le estaba fallando. Alzó la barbilla, con un nudo en la garganta. Empezaba a ser ella misma de nuevo y eso irritaba a Sadiq porque no encajaba con sus planes.

—Es obvio que no lo esperabas, pero como vamos a casarnos supongo que… —hizo acopio de valor para seguir—…que facilitará las cosas, ¿no?

—¿En la cama, quieres decir? —enarcó una ceja. Samia, roja, asintió con la cabeza—. Sin duda hará que todo sea más placentero —afirmó él con voz seductora—. El único problema será concentrarme en los asuntos de Estado en vez de en el delicioso cuerpo de mi esposa. No había contado con eso.

Samia recordaba muy bien la conversación con el abogado que había oído, y las razones por las que quería una esposa anodina:

porque su país era lo primero y quería evitar distracciones.

—No voy a pedirte disculpas por tu fracaso a la hora de elegir una esposa que te librara de los inconvenientes de la atracción —le escupió, molesta—. Está claro que el problema reside en tu exceso de libido. Estoy segura de que cualquier mujer te causaría el mismo efecto.

Samia caminó hacia el caballo, agarró las riendas y montó con agilidad. Emprendió el camino de vuelta, sin molestarse en comprobar si Sadiq la seguía. Tensó la espalda y contuvo el deseo de huir al galope al oírlo detrás de ella.

Sadiq había estado a punto de detenerla. Pero si hubiera seguido besándola habría acabado haciéndole el amor sobre la arena, sin duda.

Ella se equivocaba. Ninguna otra mujer habría podido excitarlo tanto. Había rechazado a algunas de las mujeres más bellas del mundo y, si le interesaban, le costaba muy poco olvidarlas. Nunca se había perdido en un beso como acababa de hacer con Samia. Su mezcla de inocencia y sensualidad le habían derretido el cerebro.

Había creído que su capacidad de control con sus amantes se debía a la dura lección aprendida cuando había sido tan joven e ingenuo. Pero empezaba a creer que no había perdido el control porque no había sentido un deseo tan intenso que lo arrasaba todo a su paso. Como el que lo llevaba a querer sentir el cuerpo de Samia junto al suyo.

Para no analizar esas incómodas revelaciones, decidió actuar. Alcanzó a Samia y, a pesar de sus protestas, la arrancó de su silla y la sentó ante él, entre sus piernas. Tomó las riendas de su caballo con una mano mientras ella maldecía, rígida.

—Relájate, Samia —le susurró al oído—. Te equivocas. En este momento no existe otra mujer en el planeta capaz de hacerme perder la cabeza con un simple beso.

Rodeó su cintura con un brazo y, triunfal, sintió que se relajaba contra él. Tuvo que apretar los dientes para no introducir la mano en los pantalones de montar y comprobar si el contacto de erección y nalgas estaba teniendo en ella un efecto tan incendiario como en él. El resto de la cabalgata de vuelta fue una extraña mezcla de excitación y tortura.

Unas horas después Samia, secándose tras una larga ducha, no podía dejar de pensar en la imponente erección de Sadiq presionando su trasero. Para cuando habían llegado al castillo se había sentido débil como un gatito.

—No olvides el evento público de esta noche. Iré a buscarte a las siete —le había recordado Sadiq, antes de dirigirse a una importante reunión.

En ese momento llamaron a la puerta del cuarto de baño. Samia abrió, envuelta en una toalla. Alia, de blanco impecable, como todos los sirvientes de Sadiq, le mostró un vestido largo.

—Vengo a ayudarla a vestirse, Alteza.

—Bien, saldré enseguida —Samia, aunque nerviosa por la velada que tenía ante sí, le sonrió.

Capítulo 7

Una hora después, nerviosa, Samia esperaba a Sadiq. Cuando llamaron a la puerta, Alia abrió y dio un paso atrás haciendo una reverencia, después salió de la habitación y cerró la puerta. Sadiq estaba impresionante con esmoquin, y Samia recordó el día que lo había visto en la biblioteca, besando a una mujer. Él, con las manos en los bolsillos, la miró largamente.

—Alia dijo que era el peinado apropiado para este vestido —se excusó ella, llevándose la mano al cabello, recogido en un complicado moño.

—¿Aún no te has mirado al espejo? —preguntó él con una sonrisa. Ella se ruborizó y negó con la cabeza—. Ven aquí —musitó él.

Ella obedeció, sintiendo el roce de la seda del vestido en las piernas. Tenía los nervios a flor de piel. Él, igual que la vez anterior, puso las manos sobre sus hombros y la hizo girar para enfrentarla al espejo. Samia desvió la mirada instintivamente.

Al oír un suspiro a su espalda, se obligó a mirar su imagen. Ante el espejo vio a una persona que no reconocía. Una mujer con el pelo recogido en ondas sueltas que hacían que su cuello pareciera largo y elegante. El maquillaje daba a sus ojos un tono azul ahumado, enmarcado por pestañas largas y oscuras. Tenía las mejillas rosadas y labios jugosos. Los hombros desnudos y blancos conducían la mirada hacia el generoso y sensual escote del corpiño del vestido gris plata.

Alzó la vista y se tapó el pecho con las manos.

—No sabía que…

—¿Qué tenías pechos? —él sonrió y le dio la vuelta—. Pues los tienes… Y estás bellísima.

Samia abrió la boca, pero Sadiq se la tapó con una mano, para impedirle hablar.

—No. Nada de dudas. Esta noche será nuestra presentación al mundo y tienes que empezar a creer en ti misma. Si notan la más mínima inseguridad, saltarán como fieras —retiró la mano.

Samia no había esperado nada similar. Se preguntó si él intentaba imbuirle confianza antes de su presentación pública. Pero el leve deje incrédulo de la voz de Sadiq le hacía pensar que tal vez

halagara su belleza en serio. Al fin y al cabo, ni ella misma se reconocía.

El sacó del bolsillo una bolsita de terciopelo que vació en la palma de su mano. Eran unos fabulosos pendientes de platino y diamantes, largos y elaborados, que le entregó a Samia. Ella se volvió hacia el espejo y se los puso.

—Gracias. Tendré cuidado con ellos esta velada —le dijo. Él la miró, asombrado por su reacción.

—Son tuyos, Samia. Todo lo que te dé a partir de ahora es tuyo para siempre —agarró su mano para conducirla fuera de la habitación.

—También te agradezco el perfume —dijo, al verlo mirar el frasco que había en la mesa.

—Pues no te lo has puesto —dijo él, seco.

—Es fantástico…, pero un poco fuerte —se excusó ella, maldiciendo su sentido del olfato.

—Hoy me di cuenta que no era adecuado para ti —admitió él con una mueca—. Ya he encargado otro, que estará listo para nuestra boda.

—Gracias —musitó Samia mientras salían al pasillo. La había sorprendido que admitiera su error. Supo que si el siguiente perfume le gustaba, tendría problemas emocionales, y no pocos.

A la luz de las farolas, caminaron en silencio hacia la zona principal del castillo.

—¿Preparada? —preguntó Sadiq cuando llegaron a la escalinata que descendía a la zona de recepción y el salón de banquetes.

«No, y no creo que lo esté nunca», estuvo a punto de decir Samia, pero se contuvo.

—Preparada —dijo. Tenía el corazón desbocado.

—Buena chica —Sadiq se llevó su mano a los labios y depositó un beso en la palma.

Abajo había mucha gente. Mujeres como aves del paraíso, con vestidos y joyas deslumbrantes, y hombres elegantes luciendo esmoquin oscuro o túnica tradicional. Sadiq agarró su brazo e iniciaron el descenso. Samia intentó sonreír, aunque se sentía como si estuviera entrando en la guarida de una manada de leones.

Dos horas más tarde, a Samia le dolían los pies, la cabeza y hasta el rostro, de sonreír. Había cenado sentada junto a Sadiq, y en ese momento socializaban con lo mejor de la sociedad de Al-Omar y los jefes de Estado visitantes, como el jeque Nadim y su esposa, de Merkazad.

El resto de los invitados llegaría al día siguiente, al igual que el hermano y las hermanastras de Samia.

De repente, alguien se llevó a Sadiq y ella sintió una punzada de pánico. Por suerte, apareció Yasmeena y la agarró del brazo. Samia sonrió.

—Estás deslumbrante —le dijo.

—Gracias —Samia contuvo el impulso de negar el cumplido—. Tú también, Yasmeena.

—Vas a ser muy buena para mi hijo. Lo presiento —dijo la mujer, sonriente.

—Espero no defraudarlo —Samia se sonrojó al darse cuenta de que lo decía en serio. En algún momento, había entregado su lealtad a Sadiq, y se sentía responsable ante él y su país.

—No lo harás —Yasmeena le apretó el brazo—. Todo el mundo está cautivado contigo, Samia.

—Yo no diría tanto —Samia sonrió débilmente. En ese momento, vio a Sadiq por el rabillo del ojo. Alto e imponente, estaba guapísimo.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó Yasmeena. Samia se volvió hacia ella.

—Bueno… sí, claro que sí… pero es un matrimonio de conveniencia. Ya lo sabes —dijo, a la defensiva, sintiéndose expuesta. Yasmeena no pareció notarlo; se había sumergido en un espacio interno de profunda tristeza.

—Siempre he deseado más para Sadiq. No quería que tuviese un matrimonio estéril, como el que tuve yo con su padre. Pero él será bueno contigo. Su padre no era… un hombre bondadoso. Sadiq no es blando, pero sí compasivo. Me temo que no estamos muy unidos. Su padre lo envió a un internado cuando era muy pequeño…

—¿Cuántos años tenía? —preguntó Samia.

—Ocho —Yasmeena sonrió con tristeza—. Lo envió a Inglaterra; le dijo que eso lo endurecería.

Samia miró a Sadiq. Parecía muy compuesto y seguro de sí

mismo. Él sonrió al captar su mirada, pero al ver a su madre la sonrisa se apagó. Samia sintió un escalofrío interno.

—Eres una chica sensata. Ojalá yo lo hubiera sido tanto a tu edad —la madre de Sadiq le dio una palmadita en la mano—. Quiero lo mejor para ti y para mi hijo —hizo una pausa—. Pero desearía que él no fuera tan cínico…

—Madre —intervino Sadiq con voz fría—. Necesito robarte a mi prometida —rodeó la cintura de Samia con un brazo firme como el acero.

Yasmeena sonrió levemente, como si la frialdad de su hijo no la afectara. Samia se preguntó por qué Sadiq parecía rechazarla, pero él empezó a presentarle a los miembros de su gobierno y tuvo que centrarse en sobrevivir.

Samia suspiró con alivio cuando, mucho después, Sadiq presentó sus excusas y la sacó de allí. Esa vez no le dio la mano. Ella intentó no molestarse, ni pensar que había sido amable antes del evento para conseguir que diera la impresión de estar encandilada con él. Aunque los presentes supieran que se trataba de un matrimonio de conveniencia, Sadiq era orgulloso y no le habría gustado que su prometida pareciera enfurruñada.

Sadiq se había detenido al final de la escalera y Samia, que no se había dado cuenta, chocó contra él y estuvo a punto de caer hacia atrás. Sadiq la atrapó y la estrechó contra su pecho.

—Lo siento —Samia alzó la vista. Tenía el corazón desbocado—. No miraba por dónde iba.

—Primero sales a cabalgar al desierto y ahora intentas tirarte escalera abajo… —Sadiq movió la cabeza con severidad simulada —. Se podría pensar que aún intentas librarte de esta boda.

Samia negó con la cabeza, hipnotizada por las motas de color azul oscuro que salpicaban el iris de los ojos de Sadiq. La estaba apretando tanto que sentía la dureza de su pecho y de su abdomen. Sus senos se hincharon bajo el corpiño. Dio un paso atrás y gimió al sentir un tirón de pelo.

—¿Te he hecho daño? —Sadiq se tensó.

—No. Se me ha enganchado el pelo.

—Ven aquí —Sadiq avanzó por el pasillo y la apoyó en la pared.

Después, empezó a quitarle las horquillas hasta que el pelo cayó suelto sobre sus hombros—. Llevo toda la noche deseando hacer esto —dijo, con voz ronca.

Samia sintió las manos de Sadiq masajearle el cuero cabelludo. La invadió una deliciosa languidez y se inclinó hacia él. Las manos enmarcaron su rostro.

Abrió los ojos y sintió júbilo al ver que la cabeza de él descendía. Esperó su beso con la boca entreabierta, anhelando saborearlo.

Sadiq abrazó a Samia mientras bebía su dulzura. Le había costado un gran esfuerzo no sacarla antes de la fiesta. Había tenido que contenerse para no interrumpir las conversaciones banales que había mantenido con multitud de hombres empeñados en presentarle sus respetos. Por primera vez en su vida había sido consciente de una sola mujer en toda la sala. De ella.

Cuando la había visto hablar con su madre, se había sentido muy expuesto. Igual que siempre que su madre lo miraba con esos ojos tan tristes.

De repente, Sadiq se dio cuenta de que estaba a punto de bajar la cremallera del vestido de Samia en uno de los pasillos principales del castillo. Campanas de alarma rasgaron la neblina de deseo que lo había desorientado.

Samia percibió su cambio de humor cuando él se echó hacia atrás. La miraba casi acusador, así que se recompuso rápidamente, ocultándole su horror por el hecho de que habían estado besándose como adolescentes. Volvió a tener la terrible sensación de haberse abalanzado sobre él.

—Te escoltaré a tu habitación —dijo Sadiq con calma, como si no hubiera ocurrido nada.

Samia sacudió la cabeza e intentó protestar. Al ver las horquillas en el suelo se puso roja como la grana. Sadiq tensó la mandíbula al ver que se agachaba para recogerlas.

—Déjalas.

—Pero…

—He dicho que las dejes. Alguien las recogerá.

Un instante después se cruzaron con un sirviente y Sadiq le dio una orden. Samia se sonrojó, avergonzada por lo que podía pensar.

Cuando llegaron a su puerta, Sadiq la abrió y le cedió el paso.

Samia entró conteniendo la respiración para no inhalar su aroma viril.

—Buenas noches, Samia. Hoy te has defendido muy bien.

Ella lo miró y vio su habitual expresión inescrutable. Era un hombre distinto del que la había besado dos minutos antes. Le sonrió.

—No ha sido tan terrible como temía.

—¿Ves? Ya te dije que no tenías de qué preocuparte.

Nada de lo que preocuparse. Samia se recolocó para facilitar el acceso a las mujeres que estaban pintándole tatuajes de henna en las manos y los pies. Era la víspera de la boda y había sido lavada, depilada y mimada de arriba abajo. Había pasado una hora estudiando la etiqueta de boda de Al-Omar, y el secretario de Sadiq había repasado con ella los eventos que tendrían lugar los tres días siguientes. Todo era muy complicado.

Empezarían con la ceremonia civil, presidida por un oficial. Tradicionalmente, Samia y Sadiq tendrían que dar su consentimiento a la boda por separado, pero él le había dicho que lo harían juntos, y ella agradecía ese guiño a la modernidad. Después habría un banquete de celebración.

El segundo día habría varias apariciones públicas y cócteles y aperitivos para dar la bienvenida a los invitados. El tercero se casaría con Sadiq públicamente, vestida de novia y observada por medio mundo. La ceremonia iría seguida de otro suntuoso banquete y un baile.

Nada de lo que preocuparse. Samia tenía que admitir que su aprensión había disminuido mucho tras el evento de la noche anterior. Se estremeció al recordar el beso que habían compartido.

Horas después, ya de noche, Sadiq estaba ante su escritorio intentando cerrar asuntos pendientes antes de la boda y la luna de miel. Pero no podía dejar de pensar en una persona.

Tenía que admitir que Samia tenía aptitudes para ser una reina dinámica. La había visto en acción la noche anterior. Tras soltarse de su brazo, había circulado por el salón con una facilidad innata

que sólo podía provenir de su sangre y su educación. Más de una persona lo había felicitado por su elección, y había causado cierta sorpresa que hubiera elegido a una mujer tan aparentemente modesta y poco pretenciosa.

Había observado cómo hacía que la gente se sintiera cómoda con un mero comentario, y se había enorgullecido de que su instinto no le hubiera fallado. Pero, sobre todo, se había sentido orgulloso de ella, a la par que protector, porque era consciente de su nerviosismo. Sin embargo, al final ella había estado cómoda sin él, y casi le había molestado que no lo necesitara.

Suspiró y se pasó la mano por el pelo. Sabía que Samia llevaba todo el día preparándose para la boda e imaginó su cuerpo desnudo a la salida de un humeante baño perfumado. Maldiciéndose por volver a pensar en ella, se levantó para irse. Pero vio una caja sobre el escritorio y, diciéndose que sabía lo que hacía, la agarró y puso rumbo a los aposentos de Samia.

Samia estaba atándose la bata cuando llamaron a la puerta. Alia acababa de irse, tras dejarlo todo listo para el día siguiente, así que Samia abrió con una sonrisa, suponiendo que era ella.

—¿Has olvidado alguna…? Oh, eres tú —su piel se perló de sudor al ver a Sadiq. Se sentía semidesnuda con la vaporosa ropa de noche.

Al ver su atuendo y cómo la seda acariciaba la curva de su cintura y de sus pechos, Sadiq se maldijo en silencio por haber ido a verla. La excitación fue inmediata. Se había engañado al pensar que podía ir allí, darle lo que llevaba y marcharse de nuevo.

Mentalmente, saltó una línea invisible. Ya no había marcha atrás. No podía alejarse de ella.

Samia vio una expresión enigmática en su rostro y sintió un cosquilleo en el estómago.

—¿Puedo entrar?

Samia sabía que lo conecto, por muchas razones, sería decirle que no y cerrar la puerta. No lo hizo, por muchas razones. Se apartó para dejarle entrar, hechizada por el brillo de sus ojos.

Sadiq cerró la puerta y le ofreció una exclusiva caja rojo y oro. El nuevo perfume. Ella tuvo miedo de abrirlo. Llevó la mano hacia

la caja, deseando que él no esperase a ver su reacción, pero Sadiq lo alzó para que no lo alcanzara.

—Sadiq, ¿qué quieres? —le preguntó, desconcertada—. En teoría no está permitido que nos veamos la noche antes de la boda.

—Esas nociones románticas no son aplicables en nuestro caso —dijo él con una sonrisa burlona.

—No, desde luego —Samia no necesitaba que se lo recordara. Bajó la vista un instante, ocultándole un pinchazo de dolor, y luego lo miró a los ojos, desafiante—. No te preocupes, no creo en el amor. He visto la amargura y destrucción que causa.

—Bien. En esto estamos totalmente de acuerdo —contestó Sadiq con ligereza—. Quería darte este perfume antes de mañana.

—¿Y por qué no me lo das? —preguntó ella, intentando controlar su respiración.

—Porque quiero enseñarte dónde ponerlo para conseguir el efecto más potente —respondió él con voz sensual y aterciopelada.

—Sadiq… —protestó ella, al ver que llevaba las manos al cinturón de la bata. Él siguió adelante.

Desató el cinturón e hizo que la bata cayera al suelo. Samia estaba ante él cubierta por una negligé que era como una segunda piel. Habría dado igual que estuviera desnuda. Recorrió su cuerpo con la mirada y vio como sus pezones se henchían contra el encaje de la prenda.

Sadiq sacó la botella de perfume de la caja y, sin dejar de mirarla, quitó el tapón dorado y apoyó la boca de la botella en la cara anterior de una de sus muñecas. Ella sintió una gota diminuta e imaginó cómo se vaporizaba al entrar en contacto con su piel ardiente.

—Es tan potente que basta con una gota.

Casi antes de olerlo supo que esa vez él había acertado. El perfume era tan ligero que apenas se percibía, pero a los pocos segundos de mezclarse con su piel notó un leve aroma a rosas frescas. Era como Inglaterra a final de verano, cuando el aire se saturaba de aroma. Samia gimió de placer.

—Creo que éste es más tú, ¿no?

Samia sólo fue capaz de asentir, temblorosa. Sadiq se había puesto unas gotas de perfume en la punta del dedo, lo había posado en la base de su cuello y descendía por su esternón hasta el escote.

Ella puso la mano sobre la de él, deseosa pero al mismo tiempo insegura.

—Sadiq, espera, no deberíamos…

—¿Quién lo dice? —él enarcó una ceja—. Somos reyes, Samia. Nadie puede decirnos qué hacer. Y te deseo tanto que siento dolor —con ojos febriles, agarró la mano que cubría la suya y la colocó sobre su pulsante erección. Samia bajó la vista, el tatuaje de henna resaltaba en el dorso en su mano y parecía gritarle «Haz tuyo a este hombre».

Lo miró a los ojos y supo que nada importaba excepto el calor que los abrasaba en ese momento.

—No quiero parar… —dijo con voz ronca—. Yo también te deseo.

—Bien. Porque creo que no habría tenido fuerza para darme la vuelta y salir de la habitación.

El perfume que había pedido que crearan para ella parecía dar fuerza al momento. Samia vio a Sadiq dejar la botella sobre una mesa. En la penumbra, su piel tenía un tono moreno dorado. Era tan guapo que la dejaba sin respiración. Instintivamente, llevó la mano a su mandíbula y acarició la piel rasposa por la barba. Notó que un músculo se tensaba bajo su palma.

—Basta —dijo él. Se llevó su mano a los labios y la besó con tanta intensidad que ella temió derretirse allí mismo.

Capítulo 8

Sadiq le hizo bajar la mano. Samia lo vio inspirar profundamente y la alegró saber que tenía que esforzarse para mantener el control. Él introdujo los dedos bajo los tirantes de la negligé y los deslizó hombros abajo.

La fina seda descendió hasta detenerse en la zona más prominente de sus senos. Sadiq colocó un dedo en el valle de su escote y tiró del material hacia abajo. Le brillaban los ojos.

—Eres bellísima —dijo, con voz ronca.

Por primera vez, Samia no tuvo una reacción negativa refleja. Pero la expresión de Sadiq le hizo comprender que tenía que ser sincera con él antes de ir más lejos.

—Hay algo que necesito decirte.

—¿Sí?

—No tengo experiencia —confesó ella.

—Ya lo supuse cuando estábamos en Londres —Sadiq esbozó una sonrisa.

Ella negó con la cabeza, algo molesta por haberle parecido inexperta a pesar de sus esfuerzos.

—Lo que intento decirte es que no tengo ninguna experiencia. En absoluto.

—¿Qué insinúas? —Sadiq arrugó la frente.

—Soy virgen, Sadiq —dijo ella con amargura—. Una virgen de veinticinco años de edad. Por asombroso que te parezca, tu análisis sobre mi existencia monjil no iba mal encaminado.

Avergonzada, subió el camisón para taparse los pechos y se dio la vuelta.

Sadiq, atónito, miró su espalda. ¿Era posible que fuera virgen? Al recordar cómo había vestido cuando la conoció, supo que sí. Sospechó que la culpa era de algún idiota que había reforzado el destrozo emocional inflingido por la persona que había conseguido que odiara mirarse al espejo.

—¿Quién tiene la culpa de eso? —preguntó.

—Un tipo de la universidad que había apostado con los amigos que podría seducir a la princesa.

Sadiq sintió rabia y cólera, seguidas de algo primitivo, casi triunfal. Ella era suya y no sería de ningún otro. Nunca. Puso las

manos sobre sus hombros, la volvió hacia él y alzó su barbilla.

Su mirada, defensiva y desafiante al tiempo, exacerbó su instinto protector. Era como un gatito que mostraba las uñas, afiladas pero inofensivas. La atrajo hacia sí.

—Menudo idiota. A ver… ¿por dónde íbamos?

Sadiq volvió a bajar los tirantes del camisón, desnudando sus perfectos pechos. Se alegró de que le hubiera confesado que era virgen, porque estaba tan excitado que podría haberle hecho daño si no lo hubiera sabido.

Que Sadiq aceptara su inocencia sin protestas dio mucha seguridad a Samia. Le gustaba que la estuviera mirando como si fuera la única mujer en el mundo, así que acalló a la vocecita insidiosa que argüía que seguramente había mirado así a todas las mujeres que habían estado con él.

Un leve tirón y el camisón cayó hasta la cintura. Sadiq moldeó sus pechos, probando su firmeza y peso, acariciando los duros pezones con los pulgares. Samia se mordió el labio.

Sadiq tomó su mano y la llevó a la cama. Se sentó y la colocó entre sus piernas. Atrapó un pecho con la boca y después el otro, provocándole gemidos de placer. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás mientras él succionaba sus pezones.

Notó que tiraba del camisón hasta conseguir que cayera al suelo. Con un movimiento rápido y fluido, Sadiq la tumbó de espaldas en la cama y empezó a desvestirse. Primero se quitó la camisa y luego llevó las manos al cinturón. Samia se sentó y miró la incitante hilera de vello oscuro que se perdía bajo el pantalón. El se quedó inmóvil.

—Quiero que lo hagas tú —le dijo.

Sintiéndose inexperta y nerviosa, Samia se puso de rodillas y estiró los brazos, muy consciente de los tatuajes que serpenteaban por ellos. Lo que estaba haciendo le parecía ilícito, decadente y muy excitante.

Temblorosa, tardó lo suyo en desabrochar cinturón, botones y cremallera, pero por fin se encontró bajándole el pantalón y la ropa interior, liberando su impresionante erección. Samia palideció, insegura y dubitativa.

—Sadiq, yo… —empezó, preocupada.

—Shh, calla —le puso un dedo en los labios.

Terminó de desvestirse y se tumbó junto a ella. Samia sentía la fuerza de su erección contra el vientre. Instintivamente, se movió buscando la fricción para calmar el ardor que sentía entre las piernas. Le gustaba sentir ese cuerpo duro y musculoso junto a la suavidad del suyo.

Él la besó larga y pausadamente, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Después deslizó la mano dentro de las bragas de seda y sus dedos descubrieron ese lugar húmedo y ardiente.

Ella se deshizo de deseo mientras los dedos presionaban, a veces rápido, haciéndole arquear la espalda hacia su mano, a veces lento, obligándola a gemir con desesperación y anhelo.

Le bajó las bragas y Samia se liberó de ellas de una patada. Después Sadiq abrió sus piernas y ella se dejó hacer. La vergüenza y la timidez eran cosa del pasado, se había convertido en su esclava.

Descendió por su cuerpo besándola, hasta que llegó a su sexo. Samia dejó de respirar cuando la expuso con los dedos y empezó a lamer y succionar la parte más íntima de su cuerpo. Sentía un placer indescriptible.

—Sadiq, por favor… No puedo… —Samia, incoherente, movía las caderas buscando liberar la placentera tensión, hasta que Sadiq colocó una mano sobre su vientre para sujetarla. Introdujo un dedo en su interior y ella se sintió a punto de estallar. Las oleadas se sucedieron cada vez más rápido y el cuerpo de Samia se tensó antes de lanzarse a un océano de exquisitas sensaciones.

Sadiq tenía la frente perlada de sudor. Había necesitado todo su control para no dejarse llevar. En especial cuando había sentido las primeras contracciones del orgasmo de Samia. Nunca había conocido a una mujer tan receptiva. Se enorgullecía de ser un buen amante, pero siempre había tenido la impresión de que las mujeres se reservaban algo, como si no pudieran rendirse del todo. No era el caso de Samia: su entrega era salvaje y total.

Contemplando sus deliciosas curvas, los pezones rosados y el glorioso cabello que orlaba su cabeza, le parecía increíble haberla considerado poco atractiva. Su piel resplandecía bajo una fina capa de sudor y sus ojos lo miraban enormes y dulces. Se estiró y besó sus deliciosos labios, disfrutando cuando ella buscó su lengua y exploró su boca como si le fuera la vida en ello.

Rezando para no perder el control, se situó entre sus muslos y,

con cuidado exquisito, colocó la punta de su erección entre los húmedos pliegues. Samia alzó las caderas, facilitándole la entrada, y él apretó los dientes.

—Espera… tengo que ir despacio… No quiero hacerte daño.

—No importa… —Samia sólo sabía que quería unirse a él de la forma más básica y primitiva.

Con un gruñido, Sadiq la penetró y Samia se preguntó a qué venía tanto misterio. Pero con la segunda embestida sintió un dolor intenso y cegador, como si un rayo devastara su cerebro.

Instintivamente, intentó apartarse de Sadiq. Emitió un gemido agónico.

—Lo sé… —la tranquilizó él—. Lo siento. Dolerá sólo unos minutos.

—Sadiq… —sollozó Samia, aferrándose a sus brazos al comprobar que el dolor se intensificaba—. No sé si puedo…

—Sé que te duele. Pero confía en mí, ¿vale? —Samia lo miró con los ojos llenos de lágrimas, y asintió, mordiéndose el labio.

—Intenta relajarte, habibti… estás muy tensa.

A Samia la emocionó que utilizara ese término cariñoso. Inspiró profundamente y se concentró en relajar los músculos que aferraban el miembro de Sadiq como unas tenazas. Sintió que penetraba un poco más, como si algo hubiera cedido. Como por arte de magia, el dolor empezó a disminuir y ella soltó el aire poco a poco.

—¿Estás bien? —preguntó Sadiq.

Samia asintió y él siguió profundizando, centímetro a centímetro, hasta llenarla por completo. Después se retiró casi del todo. La siguiente penetración fue más fácil y Samia sintió un escalofrío de placer que la relajó aún más.

Dobló las piernas y Sadiq se hundió en ella con un gruñido. Besó su boca e inició un rítmico movimiento de entrada y salida que hizo que Samia olvidara por completo el dolor.

Temblorosa de placer, se arqueaba hacia él, buscando la mayor proximidad. Él incrementó el ritmo, su respiración se aceleró y el color de sus mejillas se hizo más oscuro.

Instintivamente, Samia lo rodeó con las piernas y dejó escapar un gemido al sentir una deliciosa y placentera tensión que crecía en oleadas. Sentir el poderoso cuerpo de Sadiq moviéndose en su interior, rítmico y preciso, llevó esa tensión al límite. Samia

contrajo los muslos y, entregándose al placer, notó la cálida descarga de la semilla de Sadiq.

Mientras los temblores de éxtasis remitían, sólo se oyeron jadeos y tronar de corazones. Las piernas de Samia aferraban a Sadiq contra su cuerpo, adorando la sensación de su peso, encima y dentro de ella.

Finalmente, Sadiq se movió y Samia, a su pesar, permitió que se separara. Él se tumbó de espaldas y ella, vulnerable en su desnudez, sintió la necesidad de buscar algo para taparse.

—¿Estás bien? ¿Has sangrado? —preguntó él.

El tono casi indiferente de su voz fue como un dardo para el corazón de Samia. Ella comprobó que, efectivamente, había sangre sobre la exquisita colcha. Sintió una irracional sensación de culpabilidad y vergüenza. Sadiq parecía frío y ella deseaba quedarse sola para entender lo sucedido. Había estado a punto de acostarse sola y minutos después… ya no era virgen.

—Sí, hay sangre —musitó con voz queda—. Voy por algo para limpiarla.

—Yo lo haré —Sadiq la detuvo con un brazo.

Se levantó, fue al cuarto de baño y encendió la luz, que resaltó la suprema perfección de su físico. Momentos después, el cuarto de baño se llenó de vapor. Obviamente, había abierto la ducha.

Samia se levantó y, con una mueca dolorida, recogió la bata del suelo. Se la puso y ató el cinturón con manos temblorosas. Después recogió el camisón y las bragas, sin saber qué hacer.

Sadiq salió del baño tan gloriosamente desnudo como el día de su nacimiento.

—¿Podrías ponerte algo de ropa? —Samia, absurdamente avergonzada, desvió la mirada.

—Es un poco tarde para eso, ¿no te parece? —respondió él con voz seca.

Ella suspiró con alivio al oír una cremallera. Lo miró de reojo y comprobó que ya se había puesto los pantalones y estaba terminando de abrocharse la camisa. Después, agarró una toalla húmeda, supuso que para limpiar la sangre.

—Por favor, yo lo haré —estiró el brazo hacia la toalla—. Deberías irte. Estoy segura de que sería incorrecto que te encontraran en mi dormitorio la mañana del día de boda —aligeró

el tono de voz—. El libro de etiqueta no lo mencionaba.

Sadiq la miró y tuvo la sensación de que por fin recuperaba el sentido. Se había sentido conmocionado, con el cerebro paralizado tras un exceso… de placer.

Deseó levantar a Samia en brazos, llevarla a la ducha y lavarla de pies a cabeza él mismo. Después la llevaría a la cama y le daría placer hasta que no pudiera mover un músculo. Pero la rigidez de su postura lo detuvo. Aunque había sentido las poderosas contracciones de su orgasmo, era inevitable que estuviera dolorida.

Se dijo que la intensidad de sus sentimientos tenía que deberse a que ella había sido virgen. Llevado por el deseo, ni siquiera se había detenido para ponerse protección. De repente, se sintió expuesto y vulnerable.

—Te iría bien darte una ducha. Estarás dolorida —dijo, dejando la toalla.

—Sí… lo haré —Samia se sonrojó y rezó en silencio para que Sadiq se marchara de una vez. Percibió que se acercaba y su cuerpo respondió de inmediato.

Él le alzó la barbilla para que no pudiera evitar su mirada. Tenía los ojos tormentosos y a ella se le contrajo el estómago.

—Temo no haberlo hecho nada bien —admitió Sadiq, curvando los labios con cierta tristeza.

Samia parpadeó. Dudaba que le hubiera dicho algo similar a otra mujer en toda su vida.

—¿Qué quieres decir? Ha sido… —se puso roja como la grana—. Ha estado bien.

Había estado mucho mejor que bien. El sexo con Sadiq había sido una explosión que la había llevado a rozar las puertas del paraíso.

—Me refería a después… —tensó la mandíbula—. No soy de los que hacen arrumacos, Samia. Siento que sangraras y espero que no estés demasiado dolorida. Pero no me arrepiento de lo que hemos hecho. Cuando volvamos de la luna de miel, te trasladarás a mi suite de habitaciones.

Samia se ruborizó y Sadiq estuvo a punto de llevarla de nuevo a la cama. Pero sabía que tenía que dejar que se recuperara.

—Yo tampoco me arrepiento… —musitó ella. Se mordió el labio —. Y el dolor… no ha sido tanto.

Sadiq recordó cómo sus ojos se habían llenado de lágrimas y tuvo que contenerse para no besar sus labios hinchados. Tenía que salir de allí, porque empezaba a plantearse pasar la noche durmiendo con ella.

—Descansa, Samia. Te hará falta para mañana.

Hasta que Sadiq no cerró la puerta, no fue consciente de que nunca había tenido la intención de compartir sus habitaciones con su esposa. Había planeado preservar su espacio privado, suponiendo que el lecho matrimonial sería un mero trámite. Pero, de repente, le parecía impensable que Samia no durmiera con él. Ya iba a resultar bastante difícil aguantar los festejos nupciales sin tocarla.

Lo tranquilizó pensar que una vez que el deseo inicial disminuyera, podrían renegociar las cuestiones de dormitorio.

Mientras el agua caliente caía por su cuerpo, Samia vio que el tatuaje de henna se había desdibujado en algunas zonas. Por la mañana tendría que pedir a Alia que lo perfilara. Se preguntó si adivinaría lo ocurrido.

Estaba hecha un lío, sin saber qué sentir o qué pensar. La idea de instalarse en las habitaciones de Sadiq y repetir noche tras noche lo que acababa de experimentar, la abrumaba.

La anatomía de ese matrimonio cambiaba minuto a minuto; ya no se parecía nada a lo que había imaginado en Londres. Se llevó las manos al vientre al recordar la descarga del orgasmo de Sadiq. Que ninguno de los dos hubiera pensado en utilizar protección anticonceptiva lo decía todo. Habían perdido el control.

Samia apoyó la frente en la pared de mármol, preguntándose si ya estaría embarazada. Para él no sería más que otro objetivo cumplido de su lista, tras el matrimonio de conveniencia, pero ella no lo veía tan claro. Tenía la horrible sensación de que sus ideas preconcebidas sobre el amor iban a sufrir un intenso varapalo.

Capítulo 9

Para cuando llegó la velada final de las celebraciones nupciales, Samia se sentía agotada y nerviosa. Estaba disfrutando de un momento a solas, en el salón de banquetes en el que Sadiq y ella habían dicho sus votos por segunda vez, ante una gran multitud. La alianza le pesaba en el dedo. Estaba casada con Sadiq. Él era su esposo.

De espaldas a ella, a unos pocos metros, él hablaba con su hermano. Samia recordó lo que había sido clavar los dedos en esas musculosas nalgas unas noches antes.

Suspiró profundamente, preguntándose si había sido un sueño. Sadiq no había vuelto a su cama y no podía negar que llevaba tres días recordando momentos de esa noche, oyendo sus corazones latir al unísono y reviviendo la sensación de sentirlo en su interior.

Sadiq parecía empeñado en mantener las distancias y se apartaba cuando ella lo tocaba, incluso las raras veces que habían estado a solas. En consecuencia, se sentía frustrada, dolida y sensible. Sobre todo tras ver la multitud de bellas invitadas que hacían fila para ofrecérsele en bandeja. No podía evitar preguntarse cuáles habían sido amantes suyas.

Para empeorar las cosas, su hermano había llegado con la última mujer con la que Samia habría esperado verlo. La inglesa que le había roto el corazón años atrás. Samia había enarcado una ceja interrogante cuando Kaden le presentaba a Julia a Sadiq, pero él la había silenciado con una mirada fiera, y no había tenido oportunidad de hablar con él en privado.

La primera ceremonia había sido la más sencilla: ellos dos solos en una sala con un puñado de oficiales que habían sido testigos de sus votos. El lenguaje directo y sin adornos le había parecido más significativo de lo que esperaba. Ése había sido el inicio de las setenta y dos horas más frenéticas de su vida, ya como mujer casada.

En ese momento, todo le parecía irreal, borroso. Hacía unas horas, había dicho sus votos por segunda vez, en una grandiosa ceremonia de estilo occidental. Por suerte, no se había emocionado tanto como la primera vez, pues habría odiado revelar sus sentimientos, que ni siquiera ella aceptaba, ante una multitud.

Los primeros dos días había vestido con discreción: una selección de caftanes tradicionales de Al-Omar y velos diseñados en París, que había cambiado por vestidos de alta costura para las veladas. Samia se había alegrado mucho de que Sadiq pidiera a Simone que asistiera a la boda. La competente francesa la había asistido en los innumerables cambios de ropa del fin de semana, y acababa de ayudarla a quitarse el vestido de novia y ponerse otro de noche azul oscuro.

Su esposo se dio la vuelta y la traspasó con la mirada. Samia sabía que su estado de ánimo era peligroso; pasar tres días bajo constante escrutinio la había llevado al límite de su paciencia. Sadiq, resplandeciente con el uniforme militar de Al-Omar, con espada incluida, fue hacia donde estaba sentada. Le ofreció la mano y Samia puso la suya sobre su palma. Había llegado la hora de su primer baile en público.

Temblando de pies a cabeza, por una mezcla de cansancio y algo más volátil e indefinible, permitió que la condujera a la pista de baile.

—Si no es demasiado esfuerzo, ¿podrías al menos simular una sonrisa? —le susurró él con voz irritada—. Quinientas personas observan nuestros movimientos. Sé que te disgusta todo esto, pero ya falta poco para que acabe.

Eran casi las primeras palabras que le decía desde que habían intercambiado los votos. Samia sintió que las lágrimas le quemaban los ojos. Había creído que estaba representando con éxito el papel de su vida, sonriendo y simulando que la multitud no la aterrorizaba. Pero Sadiq acababa de hacerle saber que su incomodidad había resultado evidente. Eso hizo que la intimidad que habían compartido le pareciera un sueño distante.

—Sospecho que trescientas de esas quinientas lamentan la pérdida de un amante —dijo ella, cortante. Odiaba la montaña rusa de emociones que la asolaba y estaba de muy mal humor.

—¿Celosa, Samia? —una sonrisa peligrosa curvó su boca—. Aquí sólo hay doscientas mujeres, ¿estás incluyendo a parte de los hombres entre mis conquistas?

Su arrogancia hizo que ella deseara librarse de sus brazos y abandonar la pista de baile. Él murmuró algo en un dialecto que Samia no conocía y la besó. Ella no oyó el tumultuoso aplauso. Sólo

era consciente de que había anhelado que Sadiq volviera a besarla de verdad. Los castos roces de labios tras decir los votos habían sido una especie de tortura.

Cuando puso fin al beso, ella estaba rendida en sus brazos y lo miraba embobada.

—¿De veras crees que sería tan grosero como para invitar a mis examantes a nuestra boda y ponerte en una situación que diera lugar a rumores o burlas? La única mujer que me interesa de la sala está delante de mí —aseveró él, muy serio.

Samia se quedó sin palabras. A pesar de la reprimenda sintió que el júbilo burbujeaba en su interior. Siguieron bailando como si no hubiera ocurrido nada. De alguna manera, Samia consiguió aguantar el resto de la velada, animada por las palabras de Sadiq y por su continua presencia junto a ella,

Más tarde, cuando él la acompañó a su habitación, Samia sintió remordimientos. Sabía que los últimos días también habían sido difíciles para él. Además, la aterrorizaba que malinterpretara sus celos.

—Siento lo de antes —le dijo, ya en la puerta—. No sé qué me pasó. Es sólo que… estoy cansada.

Sadiq tenía la mandíbula tensa, pero después de oírla, suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Yo también lo siento. No pretendía ser crítico. Sé lo difícil que habrá sido soportar que todos te observaran como si fueras un animalito en el zoo. Has estado maravillosa.

—¿En serio? —Samia sintió que una calidez luminosa la envolvía.

—Sí. En serio —afirmó Sadiq, tenso de nuevo.

Samia pensó que iba a besarla, pero él dio un paso atrás y se despidió.

—Por la mañana, temprano, saldremos hacia Nazirat. Estate preparada.

Sadiq se quedó un rato ante la puerta cerrada del dormitorio de Samia, mientras su cuerpo se debatía entre oleadas de deseo. Nunca había deseado tanto a una mujer. Sin embargo, una mezcla de sentimientos ambiguos lo inquietaba. Los últimos tres días no

habían sido el tedioso ritual que había esperado. En la primera ceremonia, mientras decía sus votos había mirado a Samia y lo había embargado una inesperada emoción. Lo había achacado a su agradecimiento por haber encontrado una esposa adecuada.

Y ella había estado impresionante. Serena, relajada y digna; la esposa perfecta. Nada que ver con la mujer torpe que había conocido en Londres. Cada molécula de su ser reflejaba su linaje y su educación. No habría creído la transformación si no la hubiera visto con sus propios ojos.

Sólo había dejado traslucir su tensión esa tarde y se maldijo por haber sido tan duro con ella. Pero al verla pálida y seria había pensado en lo reacia que había sido a casarse con él y se había sentido culpable. Eso le había recordado el matrimonio de sus padres: la reticencia de su madre y la ira vitriólica de su padre.

Sadiq no dejaba de decirse que su caso era distinto porque él no estaba obsesionado como su padre lo había estado con su madre. Sin embargo, sabía que la pasión que sentía por Samia casi rayaba en lo obsesivo. La diferencia estribaba en que él la respetaba y seguiría haciéndolo.

A juzgar por su comentario en la pista de baile, estaba celosa. Normalmente eso le habría llevado a correr en dirección opuesta. Pero con Samia, le había gustado, excitado incluso. Y la había besado ante una multitud, como un hombre hambriento al que ofrecieran un festejo.

Sonrió al pensar en la luna de miel que tenían por delante. Una semana solos en un paradisíaco oasis del desierto. Una semana para sacársela del sistema y volver a B'harani con el deseo bajo control para dedicarse plenamente a su trabajo.

Samia comprendió que Sadiq había hablado muy en serio cuando Alia la despertó a las cinco de la mañana. Estaba vestida y esperando cuando Sadiq llegó a recogerla en un jeep, espectacular vestido con vaqueros y suéter.

Sin apenas mirarla, la saludó con brusquedad y condujeron a una pequeña pista de aterrizaje, donde esperaba un helicóptero. Tras sobrevolar el desierto durante treinta minutos, en silencio, aterrizaron junto a un castillo de tamaño modesto.

Samia había llegado a la conclusión de que el mal humor de Sadiq se debía a que lo horrorizaba la idea de pasar una semana en el desierto a solas con ella. Era muy inexperta y él un hombre muy sexual. Seguramente lo había decepcionado.

Se maldijo por haberle demostrado sus celos. Había dejado que el cansancio y la tensión le hicieran mella, y eso no podía repetirse.

Pero en cuanto estuvieron solos en el enorme y precioso dormitorio que parecía abrirse al desierto, se volvió hacia ella con ojos feroces.

—Ven aquí —ordenó con voz ronca.

Samia fue hacia él como si estuviera soñando, entre excitada y temerosa. En cuanto estuvo lo bastante cerca, él la atrajo, mirándola como si no la hubiera visto nunca antes. Una de sus manos se ocupó de soltarle el pelo para que cayera en cascada por su espalda.

—Así está mejor. Cuando veníamos hacia aquí me daba miedo hablar, por si empezaba a besarte y no podía parar. Los últimos tres días han sido los más largos de mi vida —alzó su barbilla—. ¿Tienes idea de lo difícil que ha sido verte con esos bonitos vestidos y no arrastrarte detrás de una columna para arrancártelos y hacerte el amor hasta que gritaras mi nombre?

Un destello de esperanza iluminó el corazón confuso de Samia.

—Pero… anoche tú no… —balbució. Se mordió el labio y se lanzó—. Quería que me hicieras el amor. Pero no quería… pedírtelo.

—No sé cómo conseguí dejarte sola, pero quería darte tiempo para que te recuperaras. Porque no pienso dejarte salir de la cama en toda la semana. Empezando ahora mismo…

Tomó su rostro entre las manos y la besó hasta hacerle perder el sentido. Cuando la levantó en brazos y la llevó a la cama, Samia temblaba por la anticipación y tensión que había acumulado los últimos tres días.

Más tarde, sin saber cuánto tiempo había pasado, Samia se despertó. Estaba desnuda, boca abajo sobre la blanda cama, y nunca se había sentido tan completamente…

—Buenas tardes, habibti, ¿cómo te sientes?

—Me siento como si no fuera a poder moverme jamás —su voz sonó indecentemente ronca y sexy.

Oyó una risa grave y sintió un beso ardiente en el hombro. Después, Sadiq salió de la cama. Samia contempló a su impresionante marido cruzar desnudo la lujosa habitación, camino del cuarto de baño. Todo lo que había experimentado con Sadiq la primera noche había sido superado con creces, y sabía que mejoraría aún más. Ni en sus mejores sueños había imaginado que el sexo pudiera ser tan fantástico.

Se tumbó de espaldas y vio el sol ponerse sobre las lejanas dunas. Llevaban en la cama todo el día. Estaban solos y aislados. No había allí nadie excepto ellos, los discretos empleados y algunos miembros del equipo de seguridad de Sadiq, que se alojaban en otro edificio. Inmersos en el desierto interior de Al-Omar, el enclave civilizado más cercano era el oasis de Nazirat, a unos treinta kilómetros de allí.

El antiguo castillo fortín había sido construido hacia trescientos años, pero Sadiq lo había reformado hasta convertirlo en un lujoso escondite. Alia le había contado a Samia que uno de sus antepasados lo había construido para una esposa favorita.

A través de la puerta del patio se veía la piscina privada y divanes rebosantes de cojines. Las velas parpadeaban suavemente, bajo campanas de cristal. La brisa era cálida. Samia experimentó una sensación nueva para ella, que no sabía definir. De repente, comprendió que era satisfacción. Y paz.

Se preguntó si estaría soñando, pero la leve irritación que sentía entre las piernas le indicó que no era así. En ese momento Sadiq regresó del baño y fue hacia la cama con un brillo malvado en los ojos. Si era un sueño, Samia estaba segura de no querer despertarse de momento.

Sin darle tiempo a protestar, él la alzó en brazos y volvió al baño. El vapor de la enorme ducha los envolvió como cálida niebla. Minutos después, Sadiq la enjabonaba con tanto esmero que Samia le suplicó que la tomara allí mismo.

—Créeme, me gustaría, habiba, pero tenemos que usar protección. No te preocupes… no siempre seré tan considerado.

Samia se dio cuenta de que Sadiq había tenido cuidado y usado protección desde que estaban allí. Iba a comentarlo, pero él le dio la

vuelta para aclarar su espalda y se puso rígido.

—Tienes un tatuaje —exclamó, atónito.

Ella casi ni se acordaba del tatuaje que tenía justo encima de las nalgas. Pero el tono de voz de Sadiq incitó su rebeldía y se enfrentó a él.

—Sí, tengo un tatuaje. ¿Tanto te extraña? —le hizo gracia la expresión indignada de su rostro. Suponía que cuando había analizado su idoneidad como esposa ni se le había pasado por la cabeza que pudiera estar tatuada.

—¿Dónde te lo hiciste? —casi ladró él.

—En Nueva York, con mis amigas, antes de iniciar la travesía del Atlántico. Cada una eligió uno distinto, que tuviera un significado personal.

Sadiq cerró la ducha y envolvió a Samia en una toalla con brusquedad.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, titubeante—. ¿De verdad estás molesto?

Sadiq intentó controlar su expresión mientras secaba a Samia. Era ridículo, pero en cierto sentido se sentía traicionado… ¡por un tatuaje! Samia lo miraba expectante, con la piel resplandeciente y más seductora de lo que ella podría imaginar.

—Nunca habría asociado un tatuaje con el ratoncito que llegó a mi despacho de Londres aquel primer día —dijo él, obligándose a recuperar la racionalidad.

Samia se ruborizó y desvió la mirada. Sin saber por qué, Sadiq se sintió reconfortado por el gesto y alzó su barbilla para inspeccionar sus ojos. Controló el deseo de arrancarle la toalla y seducirla allí mismo, como le había pedido.

—¿Qué significa? —preguntó.

—Es el símbolo chino de la fuerza.

Sadiq captó un destello de vulnerabilidad en las profundidades aguamarina de sus ojos.

—Vamos a cenar. Podrás contarme por qué quisiste que tatuaran el símbolo de la fuerza en tu piel —su voz sonó más hosca de lo que pretendía.

Contempló a Samia volver al dormitorio y ponerse el caftán que habían preparado para ella, sin quitarse la toalla hasta el último segundo. Era obvio que no estaba acostumbrada a ese tipo de

intimidades. Y era evidente que Sadiq estaba harto de mujeres ansiosas por exhibir su desnudez, porque observar a Samia era como asistir a un espectáculo de un erotismo insuperable.

Volvió a ver el tatuaje justo antes de que el caftán lo cubriera y tuvo que admitir que resultaba sexy, justo encima de las nalgas, donde muy poca gente lo vería.

Mientras se vestía e intentaba controlar su insaciable libido, tuvo que admitir que se sentía desorientado. Samia se estaba convirtiendo en un enigma, y Sadiq no había contado con eso. Tampoco estaba seguro de que le gustara.

Una hora después estaban sentados en una terraza situada un nivel por debajo de su dormitorio. Sobre la mesa, antigua y con incrustaciones de madreperla, había velas encendidas y dos copas de vino blanco frío. La discreta servidumbre, que vestía la ropa blanca que era el sello característico del castillo de Hussein, iba y venía con deliciosos manjares.

Para Samia el roce de la seda del caftán en la piel era como una caricia erótica y tenía que contenerse para no retorcerse en el asiento; estaba deseando volver a estar en la enorme cama sin nada que se interpusiera entre sus cuerpos.

Tenía la esperanza de que Sadiq hubiera olvidado el asunto del tatuaje. En ese momento, como si le hubiera leído el pensamiento, la miró.

—Dime… ¿Para qué necesitabas esa fuerza?

Samia se limpió los labios con la servilleta y miró a Sadiq. Había estado evitando hacerlo porque a la luz de las velas y con una sombra de barba en la mandíbula estaba espectacular… Suspiró. El esperaba su respuesta.

—¿Te he hablado de mi madrastra? —dijo, retorciendo la servilleta entre los dedos.

—Dijiste que no os llevabais bien.

Samia asintió y tomó un sorbo de vino.

—Elegí el símbolo de la fuerza porque al embarcarme en ese viaje me sentí fuerte por primera vez en mi vida tras años de debilidad.

Esbozó una tensa sonrisa, odiando sentirse tan vulnerable ante

él.

—Alesha me despreció desde el primer día por muchas razones, pero sobre todo porque me parecía a mi madre. Todo el mundo sabía que mis padres habían compartido un gran amor. Él visitó la tumba de mi madre a diario, hasta que falleció.

Samia hizo una leve mueca de dolor.

—Alesha me decía que a mi padre le costaba estar conmigo porque me parecía a mi madre y había sido la causa de su muerte.

—Samia…

—Su fuerte era encontrar el punto débil de cada uno —siguió ella, ignorando la interrupción—. Solía minar mi confianza haciendo hincapié en mis diferencias con los demás. Las cosas empeoraron cuando tuvo hijas, pero ningún varón que contrarrestara la supremacía de Kaden y la mía —la voz de Samia se volvió monótona, como si eso pudiera esconder su emoción—. Si descubría que me gustaba hacer algo, me lo prohibía. Era una guerra constante, y yo no podía luchar contra ella.

—Suena absolutamente encantadora —dijo Sadiq con tono acerado. A Samia la alivió no ver compasión en sus ojos.

—Lo era, para cualquiera que la viese desde fuera. Era una manipuladora consumada, cargada de ira y amargura porque sabía que mi padre no la amaba. Un día yo tenía que dar un recital de piano en el salón de banquetes, para mi padre y unos invitados… —Samia calló, avergonzada.

—Sigue, Samia. Quiero oírlo —la animó él.

—Había practicado durante semanas en el piano de mi madre. Ella había estado a punto de convertirse en concertista de piano cuando conoció a mi padre, y al tocar me sentía… cerca de ella. Aunque no tenía la mitad de su talento —se sonrojó.

Al ver que Sadiq la animaba con los ojos, tomó aire y siguió con la historia.

—Justo antes de empezar, Alesha me llevó a un lado y habló conmigo. No recuerdo lo que me dijo, pero cuando me senté ante el piano me quedé paralizada. Había olvidado las notas y no podía moverme. Sólo recuerdo la sensación de terror. Kaden tuvo que salir a levantarme y sacarme allí. Le fallé a mi padre delante de sus invitados y, lo que es peor, deshonré la memoria de mi madre. No he vuelto a tocar un piano desde ese día.

Hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Es banal, lo sé. Mi infancia no fue peor que otras. Alesha era una tirana, pero aparte de eso nuestro entorno era estable y seguro.

—No es banal —contradijo Sadiq—. Nada lo es cuando eres un niño y tu mundo se siente amenazado, por seguro que sea el entorno.

—¿Por qué dices eso? —Samia agrandó los ojos.

—Porque es verdad. Mi mundo se veía amenazado a diario, cuando mi padre descargaba su ira en mi madre o en mí. En quien estuviera más cerca. Una vez vi a mi padre darle una patada en el vientre y dejarla allí tirada, sangrado. Intenté ayudarla, pero él me lo impidió de un golpe.

—¿Cómo pudo hacer algo así? Y delante de ti… —Samia, horrorizada, tragó aire.

—Para enseñarme cómo tratar a una mujer desobediente, que no le daba más hijos.

—Tú no serías capaz de hacer eso —asqueada, Samia movió la cabeza—. ¿Cuántos años tenías?

—Cinco, creo —Sadiq encogió los hombros. Lo había emocionado que Samia estuviera tan segura de que no era como su padre.

—Es horrible. ¿Por eso no tuvo más hijos?

—No tuvo más hijos porque mi padre tuvo relaciones con otras mujeres cuando ella estaba embarazada de mí y le transmitió una enfermedad sexual. Ella se negó a volver a acostarse con él, y mi padre, que no buscó tratamiento para la enfermedad por orgullo, se quedó estéril.

El disgusto que sentía cada vez que pensaba en su padre creció como la espuma. Era un tema que nunca comentaba con nadie.

—¿Ésa es la razón de que dudaras de tu propia fertilidad? ¿De que no mires a tu madre? ¿Te sientes culpable por no haber podido protegerla?

Las preguntas de Samia fueron como un puñetazo en el estómago para Sadiq.

—Creo que ya hemos hablado bastante por esta noche —dijo, dejando la servilleta sobre la mesa y poniéndose en pie.

Samia lo observó con dolor de corazón. Parecía remoto y orgulloso; disgustado consigo mismo por haber revelado tanto.

Pero ella también había sido sincera, como si le hubiera inyectado una especie de suero de la verdad. Sadiq le ofreció la mano y la aceptó agradecida, tan deseosa como él por cambiar de tema.

Sadiq acababa de hacerle el amor con tanta pasión que seguía flotando en un limbo de satisfacción. La entristeció pensar que eso no duraría. Si él no se había cansado aún de su limitado rango de reacciones, lo haría pronto. Recordó un detalle y alzó la cabeza, que apoyaba en el pecho desnudo de él.

—Ahora estás utilizando protección…

Él se quedó inmóvil y luego la miró con la mandíbula tensa y ojos inescrutables. Maniobró de modo que Samia quedara tumbada de espaldas y él apoyado sobre un codo.

A ella casi la intimidaba la impresionante belleza del hombre que la miraba atentamente.

—Me pareció buena idea darnos tiempo para conocernos mejor antes de buscar el embarazo.

—Oh… —balbució Samia.

—Pero como ya podrías estar embarazada y uno de los requisitos de este matrimonio es tener herederos, ya no veo ventajas a esa idea.

Antes de que ella pudiera contestar, Sadiq la había colocado sobre sus caderas, haciéndole sentir la potencia de su erección.

Samia tuvo la impresión de que estaba airado y se estaba descargando con ella, pero la sensación de piel contra piel era demasiado intensa. Con un gemido de deseo se deslizó sobre él y olvidó todo menos esa deliciosa locura.

Sadiq no podía dormir, y no le extrañaba. Acababa de comportarse como un cavernícola, descargando su ira consigo mismo en Samia que, desde luego, no se había quejado. Nunca había estado con una mujer tan apasionada, receptiva y entregada. Se apoyó en un codo y la miró. Largas pestañas acariciaban las mejillas sonrosadas.

La recordó sentada a horcajadas sobre él, radiante tras

comprender que podía dictar el ritmo del encuentro sexual. Se había deleitado torturándolo hasta llevarlo a un clímax tan fuerte que él había perdido la consciencia un segundo.

Se levantó, se puso la bata y salió a la terraza privada, protegida por enredaderas. El desierto se extendía ante él. Maldijo para sí y golpeó la pared con el puño. Era verdad que había tenido la intención de hablar con Samia sobre el control de natalidad y había pensado que sería buena idea esperar unos meses, hasta que ella se acostumbrara a su nueva vida.

Sin embargo, su decisión había llegado después de esa primera noche. Después de haber apagado el fuego de su cuerpo sin pensar en las consecuencias. Durante la boda se había dado cuenta del riesgo que había corrido.

El comentario de Samia le había recordado su irresponsabilidad. Sintiéndose culpable, había recordado que esa velada había compartido con ella secretos personales y eso lo había llevado a pensar que suponía una amenaza para el equilibrio de su vida, que no tendría que verse alterada por el matrimonio.

Sin embargo, veía ante él una tormenta sin precedentes. Ese matrimonio no era de la clase que había buscado. Se le contrajo el estómago al recordar la cena. Cuando ella le había hablado de la bruja de su madrastra, había deseado romper algo y maldecir a la mujer que había hecho a Samia dudar de sí misma. Habría apostado a que de niña tocaba el piano de maravilla.

Volvió a mirar a la mujer que había sobre la cama. Nunca había sentido tanta lujuria por alguien, y eso lo desconcertaba y atemorizaba al mismo tiempo. Tenía la primitiva necesidad de marcarla como suya, de asegurarse de que nunca deseara mirar a otro hombre.

Regresó a la cama y, en silencio, maldijo a Samia por no ser la esposa, plácida, aburrida y conveniente i que él había esperado.

La mañana siguiente, con el sol ya alto, Sadiq se despertó y vio a Samia salir de la ducha, poniéndose la bata. Se sintió incómodo. No estaba acostumbrado a dormir en compañía de una mujer, porque eso hacía que se sintiera vulnerable. Otra cosa que añadir a la creciente lista de experiencias no deseadas que le debía a su esposa.

—Estás demasiado vestida —extendió el brazo—. Ven aquí para que lo arregle.

Ella se mordió el labio y se ruborizó. Se sentía nerviosa y débil tras una larga noche sometida a la deliciosa tortura de Sadiq. Pero había recordado su arrogancia la noche anterior y quería aclarar las cosas. Alzó la barbilla.

—Mira, me habría gustado que habláramos sobre medidas anticonceptivas antes de… antes de hacer el amor. Si ya estoy embarazada no tardaremos en saberlo, pero si no es el caso preferiría tomar precauciones durante unos meses.

Sadiq se levantó de la cama con expresión avergonzada y fue hacia ella.

—Te debo una disculpa —dijo—. No debí comportarme así. Fui increíblemente arrogante e irrespetuoso contigo. Y, como te dije, sí había pensado en hablar del tema contigo.

La disculpa hizo que Samia se derritiera por dentro. Recordó cómo se había sentido cabalgando sobre él, piel contra piel, y su sexo se humedeció de deseo.

—No importa. No estabas solo, si hubiera insistido en que parases para ponerte protección, lo habrías hecho.

—Me halagas al achacarme un control que no tengo cuando estás cerca de mí —dijo Sadiq, abriéndole la bata.

Con el corazón desbocado, ella le dejó hacer.

Capítulo 10

Al día siguiente, Sadiq supo que estaba en peligro, literal y metafóricamente hablando. Samia, al volante del jeep, lo miraba con una sonrisa traviesa. Estaban en la cima de una duna muy pronunciada y, con un pinchazo de miedo, se maldijo por haber cedido y haberle dejado conducir.

—¿Eres consciente de que si me ocurre algo el linaje Hussein se extinguirá?

—¿Tienes miedo? —su sonrisa se ensanchó.

—En absoluto —mintió, aterrorizado.

—Agárrate fuerte —recomendó ella, mirando hacia delante, que venía a ser más bien abajo.

Fue cuanto pudo hacer Sadiq mientras se lanzaban por la pared de arena. Cuando llegaron abajo y comprobó que seguía entero y respirando, abrió un ojo. Samia ya emprendía el ascenso por el otro lado de la duna

—¿Ves? Facilísimo —le dijo—. La próxima vez puedes bajar con los ojos abiertos.

—Me parece que no —Sadiq la levantó del asiento del conductor a pulso y le cambió el sitio. Sonrió con educación al ver la expresión indignada de Samia—. Ya has demostrado tu destreza. Si alguna vez quedara incapacitado en el desierto, requeriría tus servicios como conductora.

Condujo duna arriba con pericia mientras Samia rezongaba por lo bajo.

La verdad era que ver a Samia conducir por las dunas casi tan bien como él lo había descentrado. Se preguntaba cuántos secretos más le había ocultado. Fue un placer borrarle la sonrisa de la cara lanzando el coche duna abajo por un ángulo aún más peligroso.

La tarde siguiente, cuando Samia salió del cuarto de baño Sadiq la estaba esperando. Se sentía algo mareada. Habían pasado casi todo el tiempo en la cama, exceptuando un par de incursiones al desierto. Ella no había conducido en las dunas desde su adolescencia y había sido fantástico sorprender a Sadiq con su eficacia. Había olvidado el júbilo que podía llegarse a sentir en la

silenciosa inmensidad del desierto. Allí había descubierto a un Sadiq muy distinto, más relajado y divertido.

En ese momento, lucía túnica tradicional y turbante, y estaba guapísimo, como siempre. Samia sonrió al recordar la destreza con la que había manejado a su halcón peregrino esa tarde, mientras la enseñaba a sujetarlo.

Al ver cómo la miraba, deseó atreverse a dejar caer la toalla que la envolvía y seducirlo, pero él señaló una caja que había sobre la cama.

—Ponte esa ropa y reúnete conmigo abajo. Voy a llevarte a un sitio especial esta noche —le dijo.

Samia fue hacia la cama y abrió la caja. Dentro había un maravilloso vestido de satén de color rojo oscuro y ropa interior fina como una telaraña de seda. Sintiendo una excitación deliciosa, Samia se vistió. El vestido parecía pecaminoso en contraste con la palidez de su piel y se pegaba a cada una de sus curvas antes de caer al suelo.

En la caja había unos zapatos a juego, de tacones altísimos. Se los puso, inspiró con fuerza y salió de la habitación. Sadiq la esperaba en el enorme vestíbulo iluminado con arañas de cristal. Mientras bajaba la escalera, vio cómo los ojos de él se agrandaban de admiración.

Tomó su mano y la condujo al exterior, sin decir palabra. De repente, ella recordó algo y se detuvo, avergonzada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sadiq, impaciente.

—No me he arreglado el pelo, ni me he maquillado —Samia deseó que la tierra se abriera bajo sus pies. Alia había llenado un maletín con productos cosméticos y accesorios para el pelo.

Sadiq tomó su rostro entre las manos.

—Estás deslumbrante tal y como estás. No quiero que cambies nada. No necesitas maquillaje.

La besó con tanta pasión que Samia supo que si se hubiera pintado, ya no le quedaría una gota de carmín en los labios. Hechizada, lo siguió a un jeep más lujoso que el que habían utilizado en las dunas. Samia sabía que los guardaespaldas les seguirían discretamente en el jeep de seguridad. Sadiq llevaba unos quince minutos conduciendo cuando ella vio luces destellar en la oscuridad.

Se quedó boquiabierta al ver una tienda beduina junto a una palmera y una pequeña piscina, iluminada por la luna llena y antorchas. Era una escena preciosa, digna de una fantasía.

—Probablemente sea el oasis más pequeño del mundo —dijo Sadiq, deteniendo el coche.

—Es perfecto —susurró ella, bajando del jeep. Se quitó los zapatos para andar por la arena y soltó un gritito cuando Sadiq la alzó en brazos.

—Tonta. ¿Has olvidado lo peligroso que es andar descalza en la arena por la noche?

—Has sido tú quien ha elegido unos zapatos de doce centímetros de tacón. ¿Cómo quieres que ande con ellos?

—Tienes razón. Fue una estupidez —hizo una mueca—. Tendría que haberte comprado botas.

Samia se rió al pensar en la incongruencia de unas botas con ese vestido. Ladeó la cabeza.

—No, creo que prefiero que me lleves en brazos. Es mucho más satisfactorio —le dijo.

Sadiq le dedicó una mirada tórrida y entró en la tienda.

La lujosa opulencia que tenía ante sí dejó a Samia sin aliento. El corazón le martilleó en el pecho. Parecía una escena sacada de uno de sus libros de cuentos infantiles. De uno ilustrado con sultanes y jeques reclinados en almohadones degustando manjares, en compañía de bellas y exóticas mujeres tumbadas en divanes.

No había sido consciente de esconder en su cabeza esa visión. Era como si Sadiq hubiera accedido a un lugar secreto de su ser con el fin de recrear la fantasía romántica que se alojaba en él.

Se tensó contra la necesidad de creer que lo que tenía ante sí era real. No podía serlo, al menos no en la medida en la que ella lo deseaba. Darse cuenta de eso la asustó como si cayera al vacío desde una gran altura.

En los últimos días Samia se había dejado atrapar por la intimidad y se había acostumbrado a despertarse enroscada a Sadiq, disfrutando de su abrazo posesivo. Pero él le había advertido que no era hombre de arrumacos. Lo estaba haciendo para contentarla durante la luna de miel; era puro disimulo. Era un seductor

consumado y sabía lo que les gustaba a las mujeres. Se preguntó si se había dado cuenta de que se estaba enamorando patéticamente de él.

Cuando la dejó en el suelo, se sentía algo revuelta y mareada. Antes de quedar como una auténtica tonta, o de que él hiciera algún comentario sarcástico, decidió adelantarse.

—¿Por qué estás haciendo esto, Sadiq? No hace falta —musitó con voz queda—. Estamos casados. No necesitas seducirme así.

No necesitas seducirme así.

Sadiq se sintió como si lo hubiera abofeteado.

Durante los últimos días la intimidad que compartían lo había seducido. Nunca había experimentado algo igual. Se había descubierto deseando adentrarse en el desierto con Samia, experimentar su grandiosidad con ella. Y, sin pensarlo apenas, había hecho que levantaran esa tienda.

Y se sentía estúpido y expuesto al darse cuenta de la imagen que daba. Era comprensible que ella se preguntara qué le ocurría. No era una amante que esperara gestos grandiosos. Ni siquiera había pensado en maquillarse esa tarde porque no tenía necesidad de seducir a Sadiq. Estaban casados.

De repente, Sadiq se sintió absurdamente enfadado consigo mismo.

—Vámonos. Ha sido una idea estúpida —se daba la vuelta cuando ella le agarró el brazo.

—No, espera, lo siento. Es precioso. Es sólo que estoy confusa… nada más. No sé a qué viene esto. Es lo que harías para conquistar y seducir a una amante, ¿qué sentido tiene, Sadiq?

Sadiq apretó la mandíbula. Nunca actuaba sólo por instinto, siempre analizaba conscientemente sus actos. Al procesar la enormidad de lo que había hecho, sintió la necesidad de protegerse. La apretó contra su cuerpo para que sintiera la dureza de su erección.

—Tiene este sentido —farfulló, apretándola con más fuerza—. Por si te hace sentirte mejor, te diré que he traído aquí a todas mis amantes, así que no me ha supuesto ninguna molestia. Me apetecía un cambio de escenario, nada más.

—Acertaste, ahora me siento mucho mejor —dijo Samia, cáustica—. Odiaría que te hubieras esforzado tanto por mí.

Segundos después se besaban con furia. Samia oyó que su vestido se desgarraba, pero le dio igual. Lo único importante era que esa locura de pasión la distraía de algo muy doloroso.

Se amaron con rapidez y furia, sobre uno de los suntuosos divanes. Cuando terminaron, Sadiq se apartó y Samia vio que ni siquiera se había desvestido de todo. Sintió el impulso de pedirle disculpas, pero no pudo. Había tenido tanto miedo a creer que esa fantasía hecha realidad significaba algo, que había querido probar que no era así. Y lo había conseguido, de forma espectacular.

—Hay una zona de aseo detrás del biombo —dijo Sadiq, sin mirarla—. Cuando estés lista volveremos al castillo. Esto ha sido un error.

Samia volvió a desear decir algo, pero no sabía qué. Fue detrás del biombo con el vestido. Estaba tan rasgado que tuvo que ponerse una túnica. Cuando salió, Sadiq estaba a la entrada de la tienda. Yendo hacia él, Samia vio la cubitera de hielo con una botella de champán, dos copas y una bandeja de canapés.

Se maldijo por no haber callado a tiempo. Todo aquello no significaba nada, pero insistir en oírlo de boca de Sadiq había sido innecesario.

Al día siguiente, junto a la ventana, Sadiq contemplaba el amanecer, un espectáculo que siempre le había dejado sin respiración. Pero esa mañana el desierto haber perdido su atractivo y le parecía plano y carente de color.

Cerró los ojos, pero eso no lo ayudó. Sólo veía la imagen de Samia con el vestido rasgado en las manos, entrando en el castillo con gesto altivo. Eso no le había impedido seguirla a la ducha y hacerle el amor. Sabía que su ira era ilógica, si acaso, Samia le había hecho un favor al cuestionar sus motivos y recordarle que lo que había entre ellos era un matrimonio de conveniencia.

No sabía en qué había estado pensando para montar la tienda. Por lo visto, conducir por las dunas y practicar sexo a todas horas le había desmadejado el cerebro.

Lo irónico era que durante años había pensado en crear para sus

amantes un escenario de seducción en el desierto. Más de una le había preguntado cuándo iba a llevarla a un oasis secreto. No lo había hecho porque ninguna le parecía digna de su bello desierto. Y la primera mujer a la que había llevado a un oasis secreto, había rechazado el gesto con desprecio.

Oyó un movimiento a su espalda y se volvió lentamente hacia su esposa.

Samia se despertó y vio a Sadiq de pie, contemplando el desierto, ya vestido con túnica tradicional. Durante un momento contempló su impresionante espalda, odiando el sabor amargo de lágrimas no vertidas. Aún se encolerizaba cuando pensaba en la tienda y en el hecho de que Sadiq hubiera seducido a cientos de mujeres allí. Lo peor era que no había sido capaz de mantener su actitud de helado desdén en el castillo. Sadiq había interrumpido su ducha y había tardado segundos en hacerla esclava de sus caricias.

Como si hubiera percibido su mirada, Sadiq se dio la vuelta. Intentando parecer compuesta e indiferente, se apoyó en un codo y se echó el pelo hacia atrás. Sin embargo, no pudo contener el impulso de subir la sábana para taparse los pechos. Él sonrió con sorna al ver el gesto.

—Ha surgido algo en B'harani que requiere mi atención, me temo que tenemos que volver.

«Sorpresa, sorpresa», pensó ella.

—Tendrías que haberme despertado —le dijo.

—Estaba disfrutando demasiado de la vista —Sadiq cruzó los brazos y se apoyó en la pared.

Samia, recordando que había estado destapada al despertarse, se envolvió en la sábana para ir al cuarto de baño. Sadiq soltó una risotada y le dijo que la esperaría abajo.

Realizaron el viaje de vuelta a B'harani en silencio, lo que Samia agradeció. Se sentía demasiado sensible. En cuanto llegaron al castillo, un ejército de ayudantes y consejeros descendió sobre Sadiq, que ya parecía más distante.

—Trabajaré hasta tarde esta noche, no me esperes —le dijo él.

—No te preocupes, Sadiq —dijo ella con desparpajo—. No espero que me entretengas. La luna de miel ha llegado a su fin —le dio la espalda y fue hacia la entrada, pero él la llamó. Cuando se dio la vuelta, él estaba muy cerca y la miraba con un brillo feral en los ojos. Ella se estremeció.

—He pedido que trasladen tus cosas a mi suite de habitaciones, Samia, así que comprueba que tienes todo lo que necesitas.

Ella se sintió amenazada. La agobiaba la idea de pasar cada noche con Sadiq, sobre todo en su estado emocional, que distaba del equilibrio.

—La verdad, no estoy segura de que…

—No es negociable, Samia —dijo él con tono acerado, poniéndole un dedo sobre los labios. Se dio la vuelta y sus ayudantes lo rodearon.

Sadiq, alejándose por el largo pasillo, era muy consciente de la mirada de Samia quemándole la espalda. Tuvo que controlar el deseo de darse la vuelta, alzarla en brazos y llevarla a la cama. Tenía que poner fin a sus ganas de castigarla por hacerle sentir. Lo asustaba la pasión que había inspirado en él, que le llevaba a comportarse de forma irracional e impulsiva. Se preguntó si acabaría siendo igual que su padre y rechazó la idea por ridícula, pero aceleró el paso.

Una semana después, Samia estaba animada y llena de entusiasmo. Tenía el empeño de obviar que la distancia existente entre Sadiq y ella desde su retomo de Nazirat parecía estar convirtiéndose en una brecha insalvable. Se decía que él estaba muy ocupado, poniéndose al día con el trabajo que se había acumulado desde el inicio de los festejos nupciales. Además, no podía esperar cenas románticas para dos cada noche. Ya le había dicho en Nazirat que no eran necesarias.

Sin embargo, en el dormitorio no había distancia. Se sonrojó al recordar lo apasionado que había sido Sadiq la noche anterior. Ella había estado medio dormida cuando llegó, pero se había despejado al sentir su cuerpo duro y firme rodearla. La asustaba la radiante calidez que sentía cada vez que él estaba cerca o la tocaba. En su ausencia todo le parecía oscuro y frío.

Intentaba convencerse de que no echaba de menos su forma de abrazarla después de hacer el amor cuando habían estado en Nazirat. Intentaba convencerse de que no le dolía que hubiera sido una actuación de luna de miel. Desde que habían regresado, Sadiq se apartaba en cuanto terminaban de hacer el amor, y ella anhelaba acurrucarse contra él, sentir sus brazos rodeándola. Lo maldecía por haberle permitido esa experiencia y luego negársela. Algunas mañanas se despertaba con la sensación de que él la había abrazado durante la noche, pero Sadiq ya había abandonado la cama, y eso le recordaba que habían entrado en la parte de «conveniencia» de su matrimonio.

Decidida a poner coto a su obsesión por Sadiq, Samia se había levantado con la intención de comentarle algunas ideas que quería desarrollar. Cuando llegó a la antesala de sus oficinas y su secretaria le sonrió, Samia deseó poder entrar en su despacho porque sí, segura de que él estaría encantado de verla en cualquier momento.

Le devolvió la sonrisa a la eficiente secretaria, que lucía una túnica blanca y un colorido velo.

—Entre, reina Samia. Tiene unos minutos libres entre reunión y reunión.

Samia golpeó la puerta con los nudillos y sintió un aleteo de mariposas al oír la respuesta de su voz grave. Abrió la puerta y la sorprendió no ver a Sadiq tras una montaña de papel. Estaba junto a la ventana con expresión meditabunda.

—Siento molestarte. Quería comentar un par de cosas contigo —le dijo, sintiéndose insegura.

Sadiq miró su reloj y para ella fue como si la abofeteara. Estaba tan distante que se preguntó si podía ser el mismo hombre que le había hecho llorar de placer la noche anterior y había limpiado sus lágrimas con los pulgares cuando aún estaban unidos íntimamente.

La intensidad del recuerdo le hizo perder el equilibrio un segundo. De inmediato, Sadiq estuvo a su lado, con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

—Sí… —horrorizada por la fuerza de su imaginación, Samia fue hacia una silla—. Estoy bien. Sé que estás ocupado.

Sadiq, de nuevo frío y distante, se sentó tras su escritorio. Ella

sintió pánico al pensar que su vida en común sería siempre así.

—Tengo diez minutos —comentó él.

—Me gustaría tener un despacho —barbotó ella.

—Tienes uno.

Samia pensó en la pequeña y agradable habitación diseñada para que ella utilizara internet y hablara por teléfono. Negó con la cabeza.

—No, me refiero a un despacho de verdad, como éste. Donde pueda poner mis libros y trabajar en proyectos —señaló las paredes de la amplia habitación, cubiertas de estanterías.

—¿Proyectos? —Sadiq arqueó una ceja y se recostó en la silla.

—Sí. Me hablaste de tus proyectos medioambientales. Me gustaría ayudar. Y quiero crear algún programa de alfabetización. La educación gratuita se instauró en Al-Omar recientemente, cuando te convertiste en sultán. Mi hermano hizo lo mismo en Burquat. Las generaciones anteriores no contaron con esa ventaja y me gustaría organizar talleres para animar a la gente a volver a la escuela —aunque Sadiq la miraba con una expresión extraña, se decidió seguir hasta el final—. Y quiero montar una guardería en el castillo, para que las mujeres que tengan hijos puedan seguir trabajando. En el castillo hay más empleadas que empleados.

—¿Algo más? —Sadiq apretó la mandíbula.

—Bastantes cosas… —Samia encogió los hombros—. Pero me gustaría empezar con ésas.

Sadiq se puso a la defensiva al oírle mencionar cosas de las que era consciente, pero no había tenido tiempo de solucionar. Samia estaba dejando claro que no se amoldaría al papel que había imaginado para ella: siempre en un segundo plano, limitándose a darle prestancia y a asistir a algún que otro evento social en su lugar. En ningún momento se había planteado su matrimonio como una sociedad de trabajo.

—En B’harani el circuito benéfico es una máquina sofisticada y bien engrasada; tras la boda te habrán nombrado presidenta de varios comités. Si consultas la agenda, comprobarás que vas a estar bastante ocupada.

Por desgracia, Samia había visto esa agenda a principios de semana. Eso la había llevado a ponerse en acción e investigar por su cuenta.

—No quiero pasarme el día sentada hablando de cosas sin ponerlas en práctica. El circuito benéfico y sus comités son muy valiosos, pero yo quiero hacer algo útil, no ser una figura decorativa mientras los demás hacen el trabajo. Me dejaré ver, por supuesto, pero no es suficiente para mí.

—Éste no es el momento ni el lugar para hablar de esto, Samia, pero hay una cuestión que considerar: ¿qué ocurrirá cuanto tengamos hijos?

Samia apretó los dientes, decepcionada al ver por primera vez ese aspecto tradicional de Sadiq.

—Cuando tengamos hijos, si los tenemos, espero poder utilizar la guardería del castillo, y así demostrar que aunque seamos dirigentes de un pueblo no somos inaccesibles. Y seguiría trabajando en proyectos importantes, igual que tú.

En cualquier otro lugar y con cualquier otra persona, Sadiq habría estado completamente de acuerdo con esas palabras. Pero con ella se había cerrado en banda, lo afectaba demasiado.

—Dime, ¿ya has buscado una zona para la supuesta guardería? —preguntó, con voz gélida.

—De hecho, sí. Hay un sitio perfecto cerca de la entrada de servicio. Una zona verde, que podría transformarse en zona de juegos, y una luminosa habitación que ahora se usa como almacén.

Sadiq supo de inmediato de qué área hablaba, y tenía potencial. Pero su reacción visceral fue tirar la idea por tierra. Quería relegar a Samia a un lugar invisible para él, como había hecho toda la semana. Evitar el contacto durante el día y perder el control por la noche.

Cada mañana despertaba con la esperanza de haber recuperado la claridad, o de que ella hubiera perdido el poder sensual que tenía sobre él, pero temía que le esperaba una larga espera.

—Llevo más de una década dirigiendo este país solo, Samia. Tu papel es ser mi reina. No necesito una esposa con una agenda más ajetreada que la mía. No quiero que empieces algo y cuando te aburras lo dejes en manos de empleados que ya tienen trabajo más que suficiente.

—No haría eso —Samia temblaba de cólera—. Tú me elegiste como esposa y no voy a contentarme con una vida de pose y pavoneo —la horrorizó sentirse al borde de las lágrimas—. Sabes

que no soy así. Te lo dije desde el principio y te negaste a escuchar. Puedo ser útil y pretendo serlo.

Temiendo echarse a llorar delante de él, se dio la vuelta y salió del despacho. Con los ojos nublados por las lágrimas, caminó hasta encontrar un lugar donde refugiarse. Sabía por qué estaba tan disgustada: se había enamorado de su marido.

Estaba disgustada porque había ido a verlo con la esperanza de… no sabía qué. ¿De que le dijera que era una mujer brillante? ¿De que alabara sus ideas? Había sido una ingenua al creer que le daría rienda suelta para hacer su voluntad.

Él tenía razón, llevaba años dirigiendo el país solo y con éxito. Era lógico que cuestionara la solidez de un par de buenas ideas y una dosis de entusiasmo. Pero le dolía que la conociera tan poco como para pensar que era capaz de empezar algo y dejarlo a medias por aburrimiento.

Tras recuperar la compostura, Samia fue a buscar a Yasmeena, con quien iba a almorzar. Esperaba que la astuta mujer no notase su estado.

Samia se dijo que no podía haberse enamorado de Sadiq. Había sido un error pensarlo. Sin embargo, casi tropezó cuando pensó en la guardería y vio la imagen de Sadiq agachándose para alzar en brazos a un bebé de pelo oscuro.

Un par de días después, Samia estaba en su despacho consultando la agenda. La semana siguiente empezarían sus deberes oficiales y los festejos nupciales y la luna de miel se darían por terminados. La agenda sólo incluía eventos que tenían lugar durante el día, a los que asistiría sin Sadiq. Se estremeció al imaginarse a las mujeres que orquestaban ese tipo de actos sociales y benéficos. En cuanto la viesen evaluarían sus carencias.

En ese momento se abrió la puerta y los hombros de Sadiq llenaron el umbral, bloqueando la luz. Samia seguía enfadada con él. Las últimas noches había deseado rechazarlo cuando llegaba a la cama pero, predeciblemente, a los pocos minutos había sido incapaz de recordar su propio nombre y más aún de decirle que no a Sadiq.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó con desinterés.

Sadiq torció la boca levemente y ella se sonrojó. Sabía que se

estaba riendo de ella. Él le quitó la hoja de papel que estaba mirando y, tras echarle una ojeada, la rasgó en dos.

—¿Por qué has hecho eso? —lo miró boquiabierta.

—Porque tu secretaria te preparará una agenda que incluirá sólo los eventos a los que quieras asistir.

—¿Secretaria? Yo no tengo secretaria.

—Ahora sí —hizo un gesto para que lo siguiera—. Vas a estar tan ocupada que necesitarás una.

Atónita, Samia siguió a Sadiq hasta otra habitación, más grande y luminosa. Unos obreros estaban poniendo estanterías en las paredes.

—Dejadnos un momento, por favor —dijo Sadiq.

Los hombres salieron y Samia miró a su alrededor. Había un escritorio enorme con ordenador, impresora y fax. Una pequeña antecámara parecía destinada a la secretaria.

—¿Por qué has hecho esto? —casi temía mirar a Sadiq, por lo que él pudiera leer en su rostro.

Él suspiró con expresión inescrutable.

—La verdad es que tenía una idea preconcebida del papel que cumpliría mi esposa; realzaría el mío sin interferir —apretó los labios—. Tendría que haber sabido que no estarías de acuerdo con eso. Me gustan tus ideas. Y lamento haber dudado de tu capacidad de empezarlas y seguir hasta al final. Vi a mi padre hacer eso durante años; cuando falleció tuve que hacerme cargo de la destrucción y los proyectos abandonados que había ido dejando por doquier. Me juré que no permitiría que eso volviera a ocurrir. Llevo tanto tiempo al mando que me cuesta mucho delegar tareas.

—Pensé que este matrimonio sería una sociedad… aparte de todo lo demás —musitó ella, más emocionada de lo que quería mostrar.

—Lo es, Samia. Quiero que seas feliz aquí.

Su actitud y sus palabras reconfortaron a Samia. No sería feliz hasta que un milagro derritiera el bloque de hielo que aprisionaba el corazón de Sadiq, pero era un buen principio. Sonrió y vio que los ojos de él destellaban. Tenían química de sobra, eso también era una buena base.

—Gracias —Samia se sentía optimista por primera vez en muchos días—. No te fallaré.

Sadiq sintió un pinchazo en el pecho al ver la felicidad del rostro de Samia. Llevaba días con un peso encima y su conciencia lo había obligado a rectificar su injusticia. Antes de que Samia notase cómo lo afectaba verla feliz, agarró dos cascos que había sobre el escritorio y le dio uno.

—Ven. Tengo otra cosa que enseñarte.

Unos minutos después, las lágrimas quemaron los ojos de Samia. Había ido a la parte trasera del castillo, donde ya había empezado la construcción de la zona de juegos y de la guardería. La imagen de Sadiq con un niño moreno ocupó su mente.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Sadiq, al ver sus ojos brillantes. Samia se justificó diciéndole que le había entrado arenilla en el ojo.

Para su sorpresa, Sadiq la alzó en brazos y, a pesar de sus protestas, la llevó a que la viera la enfermera del castillo. Samia, roja como la grana, estaba segura de que la enfermera adivinaría que había mentido. Para su alivio, tras decirle que tenía una reunión y que trabajaría hasta tarde, Sadiq la dejó sola.

Esa noche, sola en la cama, pensó que Sadiq había hecho algo maravilloso al cambiar de golpe la estructura del matrimonio y el papel de Samia. Aparte de eso, seguían distanciados.

Sadiq no parecía ni remotamente interesado en involucrar a Samia en su vida, excepto para el sexo y las obligaciones oficiales. No había sugerido que cenaran o almorzaran juntos. De hecho no había relación. Se dijo que no tenía por qué haberla. Era ella quien deseaba más. Él había obtenido cuando quería de ese matrimonio.

Samia no podía evitar recordar la breve luna de miel, cuando había sentido que empezaban a conocerse. Había disfrutado hablando y pasando tiempo con él. Pero desde la noche que Sadiq le habló de su padre no habían mantenido otra conversación profunda. Era obvio que para él había sido una aberración que no pensaba repetir.

Por fin, el sueño la rindió mientras intentaba no irritarse por desconocer el paradero de Sadiq.

Capítulo 11

Tres semanas después, Sadiq estaba sentado en su estudio con un vaso de whisky en la mano.

Algo que se estaba convirtiendo en una costumbre. Trabajar hasta que se le nublaban los ojos, esperar un rato e irse a la cama. Cuando Samia estaba dormida o al menos medio dormida.

Cada noche se decía que tendría la fuerza suficiente para resistir su atractivo, que no era un animal esclavo de sus instintos básicos, pero cuando alzaba las sabanas y veía las delicadas curvas, el largo cabello… el fuego lo consumía. Y ella se entregaba con un abandono al que era adicto.

Su antes tímida esposa había empezado a dormir desnuda. Al imaginársela en la cama, apretó el vaso con tanta fuerza que se rompió y le cortó la palma de la mano. Sadiq vio el hilillo de sangre caer sobre la túnica y, por un instante, comprendió que la gente pudiera buscar el dolor como anestesia para olvidar otras cosas.

Se levantó y fue a curarse el corte. El buen humor que había sentido tras enseñarle a Samia su nueva oficina y decirle que tenía carta blanca para hacer lo que quisiera empezaba a desvanecerse y ser sustituido por algo más oscuro e insidioso.

No lo ayudaba saber que estaba haciendo todo lo posible para evitar pasar tiempo con su esposa. Porque cuando estaba a solas con ella era incapaz de pensar a derechas. Sentía anhelos que no tenían nada que ver con la omnipresente lujuria, y sí con algo mucho más intangible y urgente.

Sus cambios de humor le recordaban demasiado a los que había visto en su padre. Que fuera capaz de romper un vaso sólo con pensar en Samia dejaba claro que era peligrosa.

Tras vendarse la mano, vio su rostro en el espejo. Le brillaban los ojos como si tuviera fiebre y la barba de un día oscurecía su mentón. Tenía un aspecto algo salvaje. De repente comprendió que su situación era insostenible y, airado con Samia que estaría durmiendo, apagó la luz y salió.

La tarde siguiente Samia contemplaba su cara sonrosada en el espejo empañado del cuarto de baño. Sabía que era una locura

sentir decepción, pues el abismo que existía entre Sadiq y ella no era lugar adecuado para un bebé. Sadiq se distanciaba más día a día. Se puso la mano en el vientre y se mordió el labio. Una mancha acababa de indicarle que no estaba embarazada.

Oyó a su esposo moverse en el dormitorio y se tensó. Esa velada iban a asistir a una función que se celebraba en el castillo. Inspiró profundamente, se abrochó la bata y salió. Sadiq estaba quitándose la camisa. A Samia se le aceleró el pulso al verlo.

—No me mires así, habiba. No tenemos tiempo —dijo él, curvando la boca.

Samia se sonrojó. Su rubor se intensificó al recordar que la noche anterior habían practicado sexo casi con desesperación. No había visto el vendaje improvisado de la mano de Sadiq, y la mancha de sangre, hasta después.

—¿Qué te ha pasado? —había preguntado.

—Nada. Un vaso se rompió —había contestado él, brusco, escondiendo la mano. Tras saltar de la cama y decirle que tenía que preparar un discurso, se había vestido y regresado al despacho. Suponía que había dormido allí, porque no había vuelto por la mañana, para ducharse.

—Hay algo que tengo que decirte —Samia tragó saliva—. No estoy embarazada.

Sadiq se quedó en silencio un momento y después siguió vistiéndose con calma.

—Bien. Eso es bueno. Gracias por decírmelo —la miró de arriba abajo—. Bajaremos dentro de veinte minutos.

—Estaré lista —dijo Samia alzando a barbilla.

Su rostro no dio ninguna pista de su reacción ante la indiferente reacción de Sadiq a la noticia.

Una hora después, Sadiq seguía intentando entender por qué lo había decepcionado saber que Samia no estaba embarazada. Al oírlo había sentido el impulso de hacerle el amor para garantizar un embarazo inmediato, a pesar de que ella había dicho que no lo deseaba aún.

Se sentía débil, a merced de algo que no podía controlar. La noche anterior, cuando ella acarició su mano herida, había deseado

apoyar la cabeza en el pecho de Samia y pedirle que lo abrazara. Eso lo había asustado tanto que había huido. Había dormido en el sofá de su despacho, despertándose de un humor de perros que empeoraba por momentos.

Samia, al otro lado del salón, charlaba y reía con un hombre muy guapo, uno de los científicos del proyecto de investigación medioambiental. Sadiq sabía que Samia se había reunido con ellos la semana anterior, pero la idea de que eso pudiera dar pie a una relación con ese hombre, por inocente que fuera, bastó para que cruzara el salón en unos segundos. Ya allí, agarró el brazo de Samia. Ella era suya. El otro hombre retrocedió rápidamente, como si Sadiq le hubiera rugido.

—¿Sadiq? ¿Va todo bien? —le preguntó Samia.

—No —escupió él con amargura—. En absoluto.

Samia lo observó cerrar la puerta con cerrojo. La había llevado a una antesala vacía y la asustaba un poco la fiereza de su mirada.

—¿Qué ocurre, Sadiq?

—Lo que ocurre es que te dejo sola dos minutos y empiezas a flirtear con otro hombre.

—¿Flirtear? —lo miró atónita—. Puedo asegurarte que no flirteaba. Para que lo sepas, Hamad me estaba hablando sobre su hijo de dos años.

Sadiq, con las manos en los bolsillos, basculó sobre los talones.

—Cuando te conocí me hiciste creer que temblarías de pies a cabeza en una situación como ésa. Sin embargo, pareces deseosa de apartarte de mí y hablar con gente relativamente desconocida.

Samia se sintió herida. No iba a decirle lo vulnerable que se sentía en ese tipo de situaciones, ni que las soportaba porque sabía que él estaba cerca. Le bastaba con verlo en la habitación.

—¿Insinúas que mentí, Sadiq? ¿Que simulé ser tímida e insegura? —alzó la cabeza, sabiendo que jugaba con fuego—. ¿No se supone que debo socializar? Creía que entre mis obligaciones como reina de conveniencia se incluía trabajar. Porque este matrimonio no es más que un trabajo con algo de sexo. Ni siquiera te has molestado en disimularlo cenando conmigo alguna vez.

—Sin duda me has mostrado intrigantes facetas de tu

personalidad que no eran evidentes cuando nos conocimos —dijo él con dureza. Sus ojos brillaron al mirar el escote que revelaba el sencillo vestido de seda.

Ella dio un paso atrás, rebelándose ante la evidencia de que a él le disgustara el carácter que empezaba a emerger tras una larga hibernación.

—Quieres una esposa diseñada a tu gusto y yo no lo soy —su voz sonó amarga—. Es obvio que me preferías tímida y carente de aplomo, pero tú me has animado a superar la timidez. No puedes tener las dos cosas, Sadiq. Si no puedes ver eso, tal vez este matrimonio no tenga sentido.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quieres separarte?

Samia parpadeó, sintiéndose como si hubiera saltado al vacío. Por primera vez en muchos años, tartamudeó al hablar.

—No. Es decir, no… no lo sé. Es sólo que no tenemos nada… —se sonrojó—…excepto sexo.

Para Sadiq el tartamudeo, la muestra de su vulnerabilidad, fue como un puñetazo en el estómago. Su ira se evaporó al darse cuenta de cuánto se estaba esforzando ella por recuperar la fuerza que había reprimido durante largos años.

Era la mujer que seguía aferrando su mano cuando entraban en una sala llena, hasta que se sentía lo bastante cómoda para separarse de él. Era la mujer que tenía un tatuaje sobre las nalgas, que conducía por las dunas y que se entregaba a la creación de una guardería con tanto entusiasmo que unos días antes la había visto polvorienta, sirviendo té a los obreros y riendo con ellos.

Y era la única mujer que había deseado llevar al desierto para seducirla en una tienda beduina erigida en su honor. Sadiq sintió pánico y una opresión tan intensas que tuvo que contener el impulso de quitarse la pajarita.

—Si quieres romper este matrimonio, te concederé el divorcio —dijo con voz ronca.

—Si yo quiero separarme, ¿me concederás el divorcio? —Samia lo miró, paralizada por el shock.

Él asintió con expresión inescrutable. Samia deseó darle una bofetada.

—Me he comprometido con este matrimonio y contigo. Estoy aprendiendo… Soy feliz aquí.

«¿En serio? ¿Eres feliz en esta relación con un hombre que no te ama y nunca te amará?» La voz resonó en su cerebro y se sintió muy insegura.

—Tú quieres divorciarte de mí —dijo, obligándose a mirar a Sadiq a los ojos.

—No he dicho eso —negó él—. Te ofrezco la opción. Me parece bien seguir casado, pero no creo que seas feliz —«Mentiroso. Te estás volviendo loco», le recriminó su conciencia.

—¿Por qué? —inquirió ella, deseando sentarse.

Sadiq suspiró intensamente y se mesó el pelo.

—Porque nunca quisiste este matrimonio y te forcé a aceptarlo. No me gusta la idea de tener una esposa resentida porque se siente atrapada. Vi a mi madre pasar por eso y no quiero ser responsable de que se repita. Si quieres dejarlo, mi relación con Burquat seguirá igual.

—Has pensado mucho sobre esto —musitó Samia, tan dolida que le habría gustado acurrucarse en algún sitio.

Sadiq controló el deseo de contradecirla. En su cabeza la ecuación era sencilla: si le daba a Samia las herramientas y razones que necesitaba para irse, se iría. Y el recuperaría la cordura.

—¿Y si no quiero irme?

El tono desafiante de su voz hizo que Sadiq sintiera pánico y después euforia. Lo irritó que volviera a confundirlo de esa manera.

—Tendrás que aceptar lo que es esta unión, Samia. A no ser que algo haya cambiado para ti, sigue siendo un matrimonio de conveniencia; estamos juntos por muchas razones, pero no por amor. Así que no puedo asegurar que vaya a dedicarte más tiempo que hasta ahora.

Cada palabra cayó como una bomba sobre Samia, que decidió evitar la humillación final.

—Conozco los parámetros de este matrimonio, Sadiq, pero tenía la esperanza de que pudiéramos encontrar un equilibrio que al menos nos permitiera comunicarnos fuera del dormitorio.

—Ahora nos estamos comunicando —dijo él.

—Sí, con mucha claridad. ¿Puedes darme algo de tiempo para que piense sobre esto?

—Por supuesto —a Sadiq lo desconcertó la compostura de Samia —. No es algo que haya que decidir de inmediato.

—Me alegra saber que no hay presión —dijo ella con voz cargada de sarcasmo. Fue hacia la puerta, giró la llave y salió de la habitación.

Sadiq sintió un pinchazo de pánico, como si estuviera a punto de perder un bien precioso.

Sin embargo, cuando regresó al salón de baile, Samia hablaba con el mismo hombre con el que había estado antes. Se maldijo por haberle dado la opción de elegir. Tendría que divorciarse de ella sin más: era la única solución para su locura.

Capítulo 12

Sadiq consultó su reloj con impaciencia, preguntándose dónde estaba su esposa. Por la mañana, Samia le había dicho que iría a hablar con él a su despacho. La semana anterior ella había seguido dedicándose a sus asuntos con serenidad, como si no hubieran hablado. Él en cambio, había ido perdiendo el control y tenía los nervios deshechos.

Las noches en vela que se había obligado a pasar en el sofá de su estudio habían provocado una introspección muy necesaria. Al principio había intentado bloquearla con alcohol, pero al final, asqueado consigo mismo, había pensado en lo que haría si Samia quería el divorcio y en la razón de habérselo ofrecido como opción.

Harto de intentar controlar su frustración sexual en el despacho, una mañana había salido en busca de espacio y aire fresco y había encontrado a su madre sentada a la sombra en uno de los patios. Ella le había pedido que la acompañara y, a pesar de que solía evitarla, había aceptado.

—Este lugar está cambiando día a día, ¿no lo sientes? —le había dicho su madre—. Tu Samia es una brisa de aire fresco. Justo lo que hemos necesitado durante mucho tiempo.

Tu Samia. Esas palabras habían sido como un bloque de piedra que cayera sobre su pecho.

—Es posible sentir pasión por una persona y que eso no sea algo negativo que haya que controlar. La diferencia está en el amor. Yo lo tuve una vez, antes de conocer a tu padre. Recordarlo fue lo que me ayudó a mantener la cordura. Eso y tú, claro.

Tras esas enigmáticas palabras, se había levantado y tras depositar un beso en su cabeza, lo había dejado allí solo, reflexionando.

El teléfono sonó sobre el escritorio y contestó.

—¿Sí? —aunque estaba impaciente, pronto se quedó paralizado —. Sí… gracias… lo haré —dijo, tras un breve intervalo. Colgó el aparato.

Se sentía mareado por una mezcla de emociones, entre las que predominaba el alivio. Samia ya no podía dejarlo, aunque quisiera hacerlo. Decidió ir a buscarla.

Hacía un buen rato que Samia tendría que haber estado en el estudio de Sadiq, pero no podía verlo temblorosa y sollozando. Desde que había descubierto la razón de sus náuseas durante toda la semana, no había podido dejar de llorar.

Gimió y se sonó la nariz. Necesitaba serenidad para no derrumbarse ante el frío y sardónico Sadiq. Había sido muy fuerte toda la semana, alternando entre pensar que se quedaría con Sadiq porque no soportaba la idea de no verlo y jurarse que no tenía más opción que divorciarse antes de que su corazón se rompiera en mil pedazos.

Él incluso había dejado de dormir con ella. Era evidente que estaba retomando su vida de soltero. Esa idea provocó un nuevo ataque de llanto.

Oyó un ruido a su espalda y se dio la vuelta. Sadiq estaba apoyado en la puerta de la biblioteca.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

—He supuesto que aquí te sentirías segura.

Samia se sonrojó, preguntándose por qué le había contado tantas cosas sobre sí misma.

—Si has venido a acusarme de ser algo que…

—Estás llorando —interrumpió él acercándose.

—No —mintió ella, desviando la mirada.

Sadiq le alzó la barbilla para escrutar su rostro. Ella apretó los dientes, molesta por su arrogancia. Pero el distintivo aroma masculino la envolvió y tuvo que hacer un esfuerzo para no cerrar los ojos e inhalar profundamente.

Odiándose por el efecto que tenía en ella, se levantó y se abrazó el cuerpo. Llevaba una larga túnica y unos ajustados pantalones a juego.

—¿Estás disgustada por el embarazo? —preguntó Sadiq, sorprendiéndola.

—¿Cómo lo has sabido?

—El médico creyó que habrías corrido a verme para darme la noticia, y llamó para felicitarme.

—Oh… —Samia se mordió el labio.

Él ya sabía que el divorcio era impensable. Temiendo ver en sus ojos que se sentía atrapado, dirigió la vista al suelo.

—No estoy disgustada por el embarazo —alzó la vista—. Cuando el doctor me lo dijo, me alegré. Por lo visto es normal manchar un poco al principio. Siempre he tenido periodos irregulares… por eso supuse que no estaba embarazada.

—Pero lo estás. Y eso lo cambia todo.

Samia asintió con tristeza.

—¿Estás disgustada porque esto significa que no puedes romper el matrimonio?

Samia parpadeó para evitar las lágrimas. Encogió los hombros, asintió y luego negó.

—No… es decir… sí. Pero no por lo que crees.

La enormidad de descubrir lo del embarazo había hecho que Samia desnudara su alma. Tenía que ser sincera consigo misma y soportar la indiferencia de Sadiq lo mejor que pudiera. Había un bebé en camino y eso era lo más importante. Su instinto le decía que Sadiq sería un buen padre.

—Estoy molesta, Sadiq, porque me he enamorado de ti. No sé qué te habría dicho hoy, pero habría elegido la opción que me pareciera menos dolorosa. Aún no había analizado las consecuencias de irme o quedarme. Pero ahora… —se puso la mano en el vientre—, no hay opción posible. Vas a tener que asumir que, a pesar de tu empeño en desagradarme, te quiero.

Samia vio una sucesión de expresiones en el rostro de Sadiq: incredulidad, impresión, sorpresa y algo que fue como el sol rasgando las nubes tras una tormenta. Se le aceleró el corazón.

Sadiq fue hacia ella, que retrocedió hasta topar con una pared llena de libros. Sonriente, él puso las manos a los lados de su cabeza y se inclinó hacia ella. Samia recordó el día en que lo había visto en esa misma habitación besando a una mujer, muchos años antes.

—Lo estás recordando, ¿verdad? —dijo él.

—¿Recordando qué? —Samia ensanchó los ojos. Él no podía estar refiriéndose a…

—La noche de mi fiesta. Estabas aquí, a oscuras, como un ratoncito asustado.

—Yo…—Samia se sentía acalorada—. Ya estaba aquí cuando entraste. Y luego llegó esa mujer.

—No me lo recuerdes —Sadiq hizo una mueca.

A Samia le costaba concentrarse. Le había dicho a Sadiq que lo

amaba y él no había respondido. Notaba la presión de su pelvis contra la suya. Y él la recordaba de aquella noche.

Le pareció que nunca había visto sus ojos de un azul tan intenso y sus rasgos se habían suavizado. La recordó a cómo había sonreído, alegre, cuando conducían por las dunas.

—Sadiq…

—¿Sabes por qué recuerdo ese momento ahora?

Ella negó con la cabeza. Él le acarició el pelo.

—Aquella noche vi tu reacción avergonzada cuando volcaste la mesita de bebidas; en un segundo demostraste más emoción de la que yo había visto en años. Eso hizo que me sintiera inquieto, insatisfecho. Buscaba algo elusivo que no había encontrado en ninguna mujer: pasión y sentimientos profundos. La única persona con quien he encontrado eso eres tú. En cuanto entré aquí y vi tus ojos, recordé que habías sido el testigo silencioso de mi aislamiento aquella noche… —su sonrisa se apagó—. Y su catalizador.

—Iba a decirte algo, pero entonces entró ella.

—Yo me sentía como si alguien me estuviera observando; me di la vuelta y la vi a ella. Después cuando te oímos… vi tus enormes ojos antes de que huyeras y supe que habías sido tú. Sentí un vínculo, una extraña conexión contigo.

—No es cierto —Samia se preguntó si estaba soñando—. No hace falta que digas eso.

—Sí que lo es. Y tengo que decirlo porque esa conexión reapareció el día que entraste en mi oficina de Londres —alzó su barbilla con suavidad—. He hecho todo lo posible por no admitirlo. Me centré en la explosiva química que hay entre nosotros para no admitir que también había sentimientos profundos.

—¿Qué estás diciendo, Sadiq? —Samia se sentía temblorosa y vulnerable.

—Lo que estoy diciendo, mi amor, habibti, es que llevo semanas enamorado de ti, pero tenía miedo de admitirlo. Cuanto más te conocía, más me enamoraba y más amenazado me sentía. Cuanto más me atraías, más te rechazaba.

—No hace falta que digas todo esto por lo del bebé —Samia no se atrevía a creer en la realidad del momento, era demasiado importante.

—Cuando el doctor me dijo lo del embarazo, mis ideas

preconcebidas se desvanecieron —puso una mano sobre su vientre —. Nunca había sentido tanto júbilo. Quiero que este niño crezca rodeado de amor. Será mi heredero, sí, pero ante todo será nuestro y tendrá libertad para hacer lo que desee. Al verte llorando he supuesto que te disgustaba estar atrapada conmigo para siempre.

Movió la cabeza de lado a lado.

—Perdóname por lo de la semana pasada. Estaba tan confuso que llegué a creer que animarte a divorciarte de mí era la solución. Pero cuando me obligué a alejarme de ti comprendí lo horrible que sería no tenerte a mi lado.

—Sadiq, te quiero muchísimo —los ojos de Samia se llenaron de lágrimas—. No creo que pudiera soportarlo si estás diciendo esto para consolarme.

—Samia, no puedo vivir sin ti —la miró a los ojos—. Es así de sencillo. Creía que se trataba sólo de pasión física y había visto el efecto que tuvo en mi padre. Temía volverme tan posesivo y destructivo como él. Pero él no amaba a mi madre de verdad. El amor es la diferencia.

Sadiq vio en su rostro que no había conseguido derrumbar todas sus barreras, que se resistía a creer. Agarró su mano y tiró de ella.

—Te enseñaré algo. Tal vez entonces me creas.

Samia, secándose las mejillas húmedas, siguió a Sadiq. El se detuvo ante una puerta situada en ese mismo pasillo y tomó aire antes de abrirla.

Era una habitación preciosa, empapelada en tonos azules y verdes y con suntuosos divanes cargados de cojines. Una puerta de cristal daba a una pequeña terraza privada y la ciudad de B'harani destellaba en la distancia. Pero lo más importante estaba en el centro de la habitación.

Samia soltó la mano de Sadiq y fue hacia el piano. Acarició la madera con reverencia y se volvió hacia su esposo.

—El piano de mi madre. Lo has traído aquí.

—Le pedí a tu hermano que lo enviara el día después de que me contaras lo que te había ocurrido —la miró con aire inseguro—. Quería hacer algo… Pero si no lo quieres…

Eso derrumbó la última defensa de Samia. Se acercó a él y se puso de puntillas para besarlo.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Unas dos semanas —Sadiq sonrió avergonzado—. Pero cada vez que pensaba en decírtelo se me ocurría una excusa para no hacerlo. Sabía que cuando lo vieras adivinarías lo que sentía por ti…

—Eres un idiota, pero te quiero —Samia, jubilosa, lo besó de nuevo.

Después, Sadiq agarró su mano y tiró de ella.

—Ya volverás —le dijo, al ver que se resistía—. Pero quiero llevarte a un sitio más.

Samia flotaba en una nube de felicidad. Habría ido con Sadiq al fin del mundo. Así que, obediente, subió con él al jeep y luego al helicóptero. Se le aceleró el corazón al reconocer la silueta del castillo de Nazirat. Pero cuando lo dejaron atrás y aterrizaron, sintió un pinchazo de dolor. Si había un sitio en el mundo que habría preferido evitar, era la tienda beduina.

Sadiq, captando su tensión, le dio la mano cuando bajaron del helicóptero.

—Confía en mí, ¿quieres? —le pidió.

Samia asintió y se mordió el labio. Odiaba recordar aquella noche y pensar que él había estado allí con muchas otras mujeres.

El sol se estaba poniendo y teñía el cielo de oro bruñido cuando entraron en la tienda. Soltó una exclamación de asombro al ver que había sido redecorada por completo.

—Samia, nunca he traído a ninguna mujer aquí. Sólo a ti. Hice que levantaran esta tienda cuando estábamos en el castillo. Pero aquella noche… —movió la cabeza, asqueado consigo mismo—. Creo que entonces empezó todo. Te traje aquí y empezaste a hacerme preguntas. Y me di cuenta del por qué de mis actos, tan transparentes.

—Yo pensé que lo mejor sería hacerte saber que no lo consideraba un gesto romántico, pero anhelaba creer que habías hecho esto sólo para mí —Samia sonrió con júbilo.

Sadiq la abrazó y ella sintió cuánto la deseaba. Ambos sintieron el fuego abrasador que habían contenido las noches pasadas, separados el uno del otro. Cayeron en la cama e hicieron el amor con tanta intensidad y pasión que Samia gritó una y otra vez.

—Ahora sé por qué me desquició tanto ver a Nadim y Salman casarse —murmuró Sadiq mucho después, cuando eran un lío de

extremidades, de piel morena y piel blanca.

—¿Qué quieres decir? —Samia alzó la cabeza y se apoyó en un codo para mirarlo.

Samia le apartó el cabello del rostro y la miró con una ternura extraordinaria.

—Porque supe que me aterrorizaba estar tan expuesto emocionalmente como ellos. Pero cuando llegaste tú, cualquier esperanza de evitar un destino similar se disolvió en la nada.

—Tardaste bastante en hacerte a la idea… —gruñó ella, de buen humor.

—Y voy a dedicar el resto de nuestra vida a compensarte por haber tardado tanto en aceptar lo que decía mi corazón —Samia se situó sobre ella, sonriente—. Será un proceso lento, largo e infinito.

Samia rodeó su cuello con los brazos y arqueó el cuerpo hacia él, excitada.

—Me gusta cómo suena eso de largo y lento, sultán… ¿a qué estás esperando?